

17249

R

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

ELOY LUIS ANDRÉ

EL

HISTRIONISMO ESPAÑOL

ENSAYO
DE PSICOLOGÍA POLÍTICA



XI-5

BARCELONA — 1906

IMPRENTA DE HENRICH Y CA — EDITORES

Calle de Córcega, 348

29020

Biblioteca Nacional de España

EL HISTRIONISMO ESPAÑOL

138



3809

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

ELOY LUIS ANDRÉ

EL
HISTRIONISMO ESPAÑOL

ENSAYO
DE PSICOLOGÍA POLÍTICA



Eloy Luis André

BARCELONA — 1506

IMPRESA DE HENRICH Y C[^]A — EDITORES
Calle de Córcega, 348

ES PROPIEDAD

INTRODUCCIÓN

EL RÉGIMEN DE LA MENTIRA

Bueno es recordar y más que bueno, oportuno, las diatribas de Schopenhauer contra los *filósofos de la cátedra*, en España, donde tantas cátedras de Filosofía existen sin filósofos. Yo quiero imitar á Schopenhauer en su rebeldía, al concederme el Estado honores de filósofo profesional; pero mi filosofía rebosa del programa. Tal vez serán pujos de liberalismo juvenil, ilusiones de mis veintiocho años, no lo sé. Al confesarme con el público, he de ser ante todo sincero, he de comunicarle la verdad, mi verdad, la de mis entrañas, estas cosas que extrañas á él hoy, quiero que llame tuyas mañana, porque de él son, si algo son, desde que las conoce. Esta filosofía, que de la cosecha de mi espíritu te ofrezco, lector, no es *curso*, ni *manual*, ni *ensayo*, ni *suma*, no es construcción, ni destrucción, es agua de manantial alumbrado en las profundidades de mi alma. Bébela si tienes sed; pero bébela con fe de apagarla, no con

paladar crítico, que el agua pura, no sabe más que á agua pura. Estas páginas no son más que mi primera ofrenda á la verdad, que sale del corazón por ella enardecido. Son atisbos de la realidad nacional, mirada á través del disfraz que la falsea. ¡Verdad! ¡Verdad! ¿Qué eres? Lo que yo creo que eres, eso eres para mí. Mi creencia de ti brota, sobre ti se asienta firmemente. Es chispa que arrancamos al pedernal en noche de ignorancia, con el entendimiento convertido en eslabón por la voluntad perseverante y atenta; es chispa que sale del pedernal al choque del eslabón y que nos deja ver el eslabón y el pedernal. ¡Verdad! eres mi verdad, la que mi espíritu fraguó en su tenaz empeño de poseerte, la que engendró paternalmente en sus ansias de pervivir, la que arrancó al mundo y sus misterios, por medio de la investigación. Y si eres verdad para mí solo ¿qué me importa? Y si para mí lo eres un momento tan sólo ¿qué me apena? Lo que yo amo en ti es tu espíritu, que es mi espíritu; lo que me encanta y enamora en ti es el haberte prohibido, poniéndote el sello de mi personalidad ignorada, humilde y exponiéndola á ella y á ti, á la voracidad de los hombres convencionales, de los *histriones* incapaces de engendrar verdad, de los que no pueden depositar en la realidad simiente de su propio espíritu, ó entrojarse en sus entrañas substancia ó apariencia de realidad extraespiritual. Un libro, una creación, son estimables tanto por lo que muestran como por lo que ocultan, y á mi ver más aún por esto último, que por lo primero. El amor, la fe, el empeño, que nosotros ponemos en prohiar los vástagos del espíritu ó los del cuerpo, son iguales para cada instinto paternal.

La fe en que su descendencia ha de ser viable, la puede hacer viable, aun cuando la crítica la hiera de muerte, con razón ó sin ella. Yo tengo fe en que el esfuerzo y el calor de mi primer libro enardecerán la glacialidad de mis críticos. La ingenuidad con que escribo es imagen de la ingenuidad con que pienso. Estas páginas salen del alma porque en el alma están ya escritas. El *verbo* de la mente es *verbo también del corazón*. Mente y corazón, lector mío, te hablan convencidos, que sólo estándolo ellos lograrán en ti convencimiento. Sin fe interior en mi pensar y en mi sentir, sin fe en que este pensar y este sentir son algo, que en la inconciencia nacional late con ansias de revelarse, para ser útil en su revelación y ostentación, las horas y los días que consagré yo á *El Histrionismo español* fueran mejor dedicados á perezosa siesta, á cháchara de casino, ó polémica de tertulia. Yo tengo fe en la verdad, en esta parte de verdad, que en estas páginas condenso. Yo tengo fe en tus ansias de fe, yo creo en tu hambre de progreso. ¡Patria mía! yo espero en tu juventud. Para ella, á quien dedico la ofrenda de mi enseñanza en labor profesional, convertida en culto laborioso, escribo estos ensayos; para desviarla de este ambiente de mentira, que le envenena el sentido y le aturde la conciencia, llevando á su apetito de saber el desgano prematuro; para ella es *El Histrionismo español*. Educándola en un régimen de verdad, detestará la mentira y al odiarla, acabará con ella y con su régimen. Los que somos jóvenes hoy podemos dar fuerte poder al árbol. ¿Impediremos que salgan de él nuevos brotes? Enseñando á los adolescentes y á los niños

de hoy, á ser hombres desde hoy, llegará muy pronto su *hoy* de jóvenes, el que ahora es nuestro, y no contentos con podar añejismos y antiguallas de convención, echarán al suelo el árbol, arrancando del suelo sus raíces y haciendo en él leña de su tronco caduco, leña para alimentar el calor de sus amores, leña para hacer inextinguible la luz de verdad, que alumbre sus espíritus.

Encendiendo en las generaciones nuevas el sentimiento de la verdad, llegarán ellas á hacer verdadero el sentimiento mismo. Haciéndolo vivo y perdurable, fúlgido y tenaz, será rebelde á plasmarse en convención, se asfixiará en ignorancia, odiará la mentira, que envenena su existencia. Si la filosofía es el amor de la sabiduría, como reza la vieja concepción pitagórica, no hay sabiduría posible sin amor que la procee, ni amor á la verdad, que no pueda engendrar saber; pero siempre será primero el amor al saber, que el saber mismo, aunque una vez agrandado, realce el saber al amor, como los hijos realzan la persona de sus padres. Pero ¿cómo amar lo que se ignora? ¿Cómo querer lo que no se conoce? Por instinto de conservación, para conocer lo que se quiere, por sed de inmortalidad, para vivir eternamente en memoria, conocimiento y afecto de nuestro público, después de muertos. El alma de la juventud española, fraguada en el amor de la verdad podrá conocerla mejor. Para el que ama no hay misterios. Para el que quiere de veras, los imposibles no lo son. Sólo amando la verdad, podemos infundir este amor á nuestros jóvenes, y el odio, el odio entrañable, el odio por amor á los envejecidos por la mentira. Sólo concibo una intolerancia: la que

va contra la indiferencia. Cabe pensar en la armonización de creencias de contenido mental y moral distinto. Un mismo sol da gratuitamente su luz á los ojos del pensador, que al ver la fábrica del mundo piensa en un artífice y al pensarlo cree en Él, y al que, por el contrario, ve en el mundo la obra del mundo mismo y del mundo solamente. Un mismo fuego devora la encina secular, que chisporrotea bajo la chimenea de su señor, para librarle de los fríos invernales, y los humildes brezos que rapó en el monte el pobre agricultor para su modesto hogar. La verdad tiene un coeficiente de personalismo. Sören Kierkegaard, Pascal, Rousseau, Carlyle, Jacobi, Pablo Möller y Höfding, lo defienden con calor. Según Sören Kierkegaard, una verdad es verdad, según la forma que se siente y el grado en que se vive. Deja de serlo, al dejar de ser vivida, ó norma ó germen de lo que por ella vivimos. Deja de serlo, al hacérsenos insensible, al no arraigar en el corazón, al no brotar del fondo de la existencia. Una verdad, no sentida ni vivida, ya no es verdad para nosotros. Nuestra verdad sólo vive alimentándose intermitentemente en la duda y en la fe, en la duda para la fe, que sólo así puede librarse de otorgar premio á la tontería, pues si toda fe pura es simple, no toda simplicidad es santa.

Es la verdad flor de la mente, como la bondad flor de la voluntad y la belleza fragancia de estas dos flores juntas, esencia destilada al calor del corazón. En el jardín del alma hay una planta, cuyas raíces se asientan firmemente en el mundo, se entreveran en él, recibiendo de él su savia, y cuya copa ofrece

en sus verdes hojas, abundante *clorofila*, para que la luz mental que arde adentro, lo alimente también. Podad el árbol, ó arrancadle las raíces, y éste se secará. Dadle luz artificial, ó poca luz, luz que no sea combustión de vida total, luz que no nos enardezca el corazón y lo derrita en entusiasmo, y la planta morirá clorótica.

Por encima de la verdad lógica y de la verdad ontológica, que son relativismos de verdad, está lo absoluto de ella, que según la concepción hegeliana es nebulosa primordial de la idea; y según mi concepción es realidad ideo-substancial, es la misma substancia apercibiéndose á sí misma como absoluta y apercibiendo en sí el fundamento de los relativismos todos.

El espíritu de verdad es en la conciencia humana, atmósfera, ambiente de verdad. Y este ambiente no está forjado tan sólo por el entendimiento, sino también por la voluntad y el corazón. ¡Cuántas veces las borrascas de la pasión, ó la obstinada resolución de una voluntad egoísta lo destruyen! Si el espíritu de justicia es buena disposición para sentirla adentro y practicarla afuera, el espíritu de verdad es rectitud intelectual, que del amor de la verdad arranca y que supone tres adecuaciones: la del hablar (interior, ó exterior) con el pensar, la del pensar con el vivir personal y la del vivir personal con la del vivir social y cósmico.

Se nos impone el espíritu de verdad, ya que se nos impone la verdad para la vida. Se nos impone la obligación de pensar con escrupulosidad y corregir las inexactitudes del lenguaje, y se nos impone también

la obligación de conformar nuestros actos á nuestras *verdades*, no ideas, ya que las verdades más íntimas de los actos más hondos brotan; y además, un sano *escepticismo*, nacido del deseo de ver más y más allá. Que nuestra vida mental sea capital acumulado, que descansa en creencias como contenido de fe, por el pasado capitalizadas y una perenne interrogación al porvenir, basada en fe de verdad capitalizable, pero no capitalizada aún y esperanza de poseerla. El espíritu de verdad no es pasiva disposición, para que en nuestro mundo penetre. Es diligente inquisición de ella, con iguales ansias, á las que impulsan al viajero del desierto á buscar en él un manantial, para apagar su sed.

¿Tenemos en nuestra conciencia individual y en nuestra conciencia social, nosotros los españoles, espíritu de verdad? ¿Hay en nuestra patria un ambiente de verdad? ¿De dónde brota? ¿De la patria realidad? ¿De la personal? ¿Y quién las inquiera? Nuestras vivas realidades, la de adentro y la de afuera, las miro embadurnadas con idealidades muertas, con barnices baratos que *destumbran* pero que no *alumbran*. Nuestro capital intelectual, acaparado por una oligarquía intelectualista, no se acrecienta, se arruina, por ciertos intelectuales (que así se llaman ellos), encargados de cortar para sí el cupón de gloria y bienestar, que un público tonto y tolerante paga, soportando esta carga como tantas otras más onerosas: como soporta el hombre rural de este país en que escribo, los hartazgos y comilonas del señorito, y por consiguiente los del perro que le acompaña, para apagar el hambre con las migajas del festín.

Es la cobardía moral, la falta de *yo* moral, lo que más contribuye, con el exceso de egoísmo, á negarle valor personal á la verdad, para vivirla en nuestros actos y en nuestras ansias de corazón. Y es la pereza de espíritu muchas veces, la que nos impide determinar el valor objetivo de nuestras concepciones, arrastrando á muchos pensadores impulsivos, á sacar de su ilusionismo mental, engaños de realidad, realidades ilusorias, que si pueden ser creídas por ellos por haber sido creadas por ellos, no lo serán jamás por lo que llamamos público, el cual sólo cree verdad en cuanto *recrea* la de quien la crea. Y del exceso de confianza del pensador en sí mismo y de los demás en su pensar, arranca esta falta de capitalización de la verdad española, que por ser ya hecha y heredada y no engéndrada ni agrandada, se convierte en substancia alimenticia para animales rumiantes, que se sustentan de ella, pero que no la sustentan, siendo á lo sumo, en su análisis minucioso y sutil, meros organismos inconscientes, ó, por mejor decir, *nescientes*.

¡Pereza en la mente y cobardía en el corazón, miedo al misterio, confina nuestro intelecto en este ambiente muerto, en esta noche inacabable donde tan sólo brilla luz de satélites y se vislumbra la existencia de otros soles en lejanías infinitas, y por lo tanto inasequibles! ¡Luz de luciérnaga y no de pedernal, luz de fosforescente animalillo, luz de fuegos fatuos, de huesos en descomposición, luz de ambientes muertos, es la de los ambientes de nuestra mentalidad! ¡Pobre mentalidad española! ¡Desdichado espíritu de verdad, que tan enteco vives y tan raquítrico y esmirriado medras!

La ética científica ha llegado á determinar el valor moral de la verdad en su aspecto individual y en su aspecto social. En la esfera individual se nos impone la verdad como una necesidad para vivir, como un medio de realizar nuestro vivir y además, como una finalidad de vida. Y en la esfera social, el pensar recto es una de las fuentes más inagotables y abundantes de solidaridad y de tolerancia. Consecuencia, solidaridad y tolerancia, son tres virtudes éticas que arrancan de la verdad. En cuanto ésta contribuye á humanizarnos, ya conformándonos con nuestro tipo genérico de humanidad, ya entregándonos en humanidad concreta y colectiva, tiene un valor ético muy estimable. La verdad individual y la verdad social, es en la conciencia individual y colectiva, el manantial de todas las revoluciones progresivas, el fundamento de toda rápida adaptación á las formas más avanzadas del progreso. La inteligencia que atesora verdad en sus entrañas, pare ideas verdaderas y su vigor mental contribuye á tonificar el sentimiento y vigorizar la voluntad, cuando aquél no se hizo exclusivo en la vida psíquica. De la misma manera que no es posible establecer separaciones entre el individuo y la sociedad, sino que hay que considerar al individuo como social y la sociedad como integración, así también no hay barreras, que aislen la verdad individual de la verdad social. No hay verdades públicas y verdades privadas. Todo es público y privado á la vez, según W. K. Clifford sostiene en su *Ética de la creencia*. Tenemos obligación de confesarnos en alta voz, de comunicar á nuestro público lo que llamamos nuestros secretos, ya que él colectivamente,

con espontaneidad infantil, con ingenuidad y candor se nos revela. Hay que pensar la verdad y decir cómo se piensa y sentirla al pensarla y al decirla. La sinceridad es esto precisamente: es verdad mental, cordial y oral al mismo tiempo.

Pero si tenemos obligación de decir siempre la verdad, no se nos impone la de decirlas todas, á no ser que aquéllas sean una necesidad, un medio y un fin de vida para la persona ó colectividad social, que nos envuelve y asimila.

Alguno, interpretando ampliamente este principio, llega á justificar lo que hoy se llama mentira convencional, que si es inmoral en su origen, llega á hacerse inofensiva. En el orden político y social es donde más abunda este género de mentiras, que son producto de una civilización refinada y que suponen por lo menos un mismo grado de cultura en todos aquellos que, respirando ambiente de mentira, se adaptan sin gran esfuerzo á él y viven en él sin daño alguno. Tienen transparencia tal, estas negruras ó lunares de la mente, á través del bruñido lenguaje de las almas y pueblos progresivos, que no es difícil conocer á simple vista, pero no de alma simple, el divorcio convencional entre lo que se piensa, siente y quiere y lo que se dice pensar, sentir ó querer. Como la vida psíquica es un complejo de inestabilidad muy variable, y el hombre moderno la encauza más hacia fuera que hacia dentro, un buen observador y un crítico imparcial no pueden menos de notar el enorme caudal de mentiras modernas inofensivas. Son armas que todos manejan y de cuyos proyectiles tienen cicatrices todos en epidermis muy sensible, pero también

muy resistente. Max Nordau miró con ojo claro en este campo de mirada. Estudió cómo miente una civilización, en amplia y sugestiva síntesis. Hay que hacer ahora el análisis de lo sintetizado. Sabemos ya cómo miente la humanidad presente, el hombre universal contemporáneo. Debemos estudiar cómo miente nuestro pueblo, al pensar, obrar y vivir en sus esferas principales de vida, en la esfera económica, en la política y en la social. Hay que determinar lo que hay de verdadero y de falso en sus ideales, si aun los posee. Hay que escudriñar sus tendencias.

Lo que de estos ensayos se saca en limpio, es conocer que está muy lejos de la mentalidad española la mentira convencional. Los desniveles de cultura son como los del territorio: amplias mesetas adentro, ligeramente entrecruzadas por enormes cordilleras, que acusan en su desnudez gigantesca osamenta, cubierta por decalvada y vieja epidermis; amplias mesetas, amplias y elevadas mesetas en nuestro adentro espiritual, de monótona vegetación triguera, hecha por lógica de secano; enormes llanuras, de tediosa monotonía, rotas por ceñudos montes de autodidactismo, que irrumpen de la igualdad ramplona bruscamente, y sin verdadero vigor ni esfuerzo juvenil, desafían el horizonte en actitud de soberbia y estúpida soberanía, proclamando un nuevo régimen de aristocracia ó de anarquía con tanto énfasis como artificio, mientras la lógica vital del progreso se mete en sus entrañas y las rompe sin piedad.

No es posible la mentira convencional en España, porque nuestro vivir colectivo no es de convención, sino de presión arriba; de represión abajo; de adula-

ción afuera; de rebeldía adentro. En una superficie esférica no hay adentro ni afuera, arriba ni abajo. Todo es igual y armónico. Lo individual y lo social son lados cóncavo y convexo de una personalidad normal. Son modos ó formas de vida, apariencias de una misma realidad. Aquí ni el individuo es social, ni el ser social arranca de una firme base individual.

Conviene estudiar bien el origen, la forma y la finalidad de la mentira española, que arranca fundamentalmente de la polarización de nuestra personalidad en dos esferas distintas, y rompe los eslabones que atan la psicología individual á la psicología colectiva. Son las ideas como capital mental, las reservas de oro de un buen banco de emisión, que circulan por sí de mente á mente, mediante un signo de crédito, signo fiduciario, que es el lenguaje, el cual ha de traducir en su circulación y con toda exactitud, la cantidad y calidad de las reservas en un momento dado. Cuando hay exceso de circulación y escasez de reservas, cuando hay muchas palabras y muy pocas ideas, el que recibe aquéllas pierde la noción del valor real de éstas, y al perderla, su estado mental tan dispuesto está á recibir la verdad como la mentira. No sabe distinguir de colores. En virtud de los desniveles intelectuales, surge la forma española de mentira: el *histrionismo*. Así como la convencional es propia de los ambientes y mentes archicultos, la histriónica lo es de los pseudo-cultos y de los incultos (bárbaros ó salvajes). Y como estos dos últimos ambientes y mentes se dan en España con gran abundancia, escaseando por el contrario el primero, de ahí que el histrionismo tenga sus manifes-

taciones y características en nuestro país, más que en ningún otro. Siendo el régimen de la mentira convencional, producto del de democracia igualitaria, que pone á igual tensión todas las inteligencias igualmente activas, sería un absurdo hablar de mentiras convencionales del pueblo español, sometido á duro y arcaico régimen de aristocracias y de clases y profesiones, que á la casta tienden y con ella á veces se confunden. El histrionismo pone careta de verdad á falsas ideas, falsas á sabiendas de quien las pone en circulación, porque así conviene á sus cálculos, baña en bondad los actos más perversos y envuelve en altruismo las tendencias más groseras de los instintos y pasiones egoístas. Mientras los labios del histrión adulan, su conciencia muerde y el corazón envenena la mordedura. El adulador mentiroso es un pordiosero, un mendigo profesional, un ser rebelde y cobarde al trabajo, que le abre camino propio, personal y recto en el campo de la vida, para marchar individualmente por él. Prefiere ser mulo de varas en carretera hecha, á caminante infatigable, peregrino escrutador en tierras vírgenes. Y todo arranca del pecado original de nuestra raza, progenitor de los pecados capitales de nuestro pueblo, la pereza, la soberbia y la cobardía.

¿Por qué mentimos? Porque somos perezosos para la inquisición de la verdad, que no nos escuece con interrogaciones, ni dudas en la mente, porque considerándola como un bien inasequible para nosotros, queremos ser codiciosos detentadores de la que hemos heredado, por envidia y por soberbia; por tener miedo á confesar con la boca el íntimo vencimiento de la

verdad extraña, que en la entraña propia entra, como enemigo invasor para derrotar nuestros apetitos, con nuestras propias razones; porque habiendo divorciado la palabra del pensamiento, la hemos convertido en incienso para adular y no en flecha para herir, mientras aquél en ignorancia duerme; porque al pensar, no con propio sino con extraño pensamiento, y expresar servilmente el pensamiento servil, en humanas ó divinas adulaciones, sentimos íntimamente y queremos también íntimamente rebelarnos á toda disciplina lógica y á toda ley moral, considerándonos únicos en nuestro ser y vivir, predilectos y exclusivos seres en la escala total de la existencia y de la vida. Este interior vencimiento y esta exterior adulación, en perdurable contubernio engendran el histrionismo de nuestro pueblo, régimen de fieras en la conciencia y de borregos en la vida, régimen de dualismo, que jamás se fundirá en armónica unidad, ni logrará nunca intervertir ambos elementos, haciendo irrumpir la rebeldía del sentimiento y de la voluntad personal hacia fuera y llevando á la mente la voluntad y el corazón, una saludable disciplina social, que haga posible la educación perfecta de nuestros ciudadanos. Así, lo personal sería acicate y estímulo de progreso, al brotar de las originalidades del carácter, y lo social sería fuente de solidaridad y de orden dentro del cual y en el cual se ha de hacer toda renovación.

¿Cómo mentimos? De tres modos: negando ó afirmando con la palabra exterior, lo que previamente afirmaron el pensamiento y el lenguaje interior; divorciando el pensamiento de la vida, de nuestra vida personal, haciéndolo impersonal ó extraño, en vez de

hacerlo germinar en nuestro propio mundo espiritual; estableciendo dualismos entre el vivir personal y el vivir social y cósmico del individuo.

Las dos últimas formas son las aquí tratadas en este libro, mas no en todos sus aspectos y detalles, sino en la esfera económica, política y social. Estos trabajos engarzados por una nota armónica, vieron ya en gran parte la luz en *La España Moderna* y hoy salen á luz con otros inéditos, no para agrandar una literatura, que ya se hizo fastidiosa, sino para servir de iteradores elementos á quien empieza á caminar con pesadumbre de tradición en las espaldas y hervor de sueños en la mente. Bien sé, que no todo se dice aquí, sobre tan fecundo tema, sobre el tema inagotable del histrionismo. Quedan por estudiar muchas mentiras: la religiosa, la científica, la artística, la patriótica. No obstante, con lo escrito se pueden condensar en pocas páginas las principales formas de nuestra psicología política, capítulo interesante de psicopatología social de la nación española, que seguramente hace contraste con los hermosos libros de Boutmy sobre la psicología política del pueblo inglés y del pueblo americano.

Todo pueblo débil y abatido como el nuestro, con mucha historia en las entrañas y poco porvenir en la voluntad, todo pueblo que fué grande y hoy es pequeño, ha de ser forzosamente histrión, ha de mentir con los labios, con el pensamiento y con la vida, porque extático y abismado en su orgullo interior, necesita alimentarse á toda costa, aun mendigando el incienso que ha de quemar inútilmente; ha de mentir en el alma del que manda y del que obedece, porque sin la men-

tira los oligarcas no pueden detentar un poder, que por gravitación social se les va de las manos; y los débiles y perezosos, los siervos servilizados, no pueden vivir sin ella en mendicidad profesional, pactando con sus protectores en tácita compraventa, la oferta de pan de gloria y la demanda de pan de harina; ha de mentir también nuestro pueblo á los otros con quienes en universal y civilizado concierto vive, por instinto de conservación, en su forma defensiva, pues si con semblante de cultura y civilización no se muestra, irá en el carro del progreso, no como viajero, sino como mercancía. Quiere por consiguiente lo que no ama, porque teme á quien íntimamente odia.

Santifiquemos la verdad, antes de rendirle fervoroso culto. Hagámosla primero viva y después santa. Su prestigio moral ha de afirmarse al vislumbrar su fuerza redentora, puesto que toda verdad por serlo, es camino vivo de progreso salvador. Y después de jurar esta nueva fe, abjuremos de la mentira, que roe en las entrañas de la mente y la hace estéril para parir verdad. Su reino hemos de conquistarlo y reconquistarlo cada día, cada hora, cada instante, adquiriéndolo, como todo aquello en que firmemente se cree y con ansias vivas se aspira. Su reino ha de venir y hacerse entre nosotros, nuestro, al converger en un ambiente nacional, la inteligencia y la realidad nacional.

¡Patria verdad nuestra, que moras en la inconciencia de la raza, santificado sea tu nombre por todos los que te nombramos! ¡Danos fe, ardorosa fe en el espiritual y el corporal esfuerzo, para conquistar tu reino é imponerle con tiránica piedad en ambiente de

tolerancia, á los que hoy te detentan y falsean! ¡Ejerce tu poder, tu soberano poder en este pueblo que hoy te ultraja! ¡Baja del cielo de la mente á los esfuerzos terrenales de la voluntad nacional, que en su trabajo ha de hacerte un poema vivo y eterno, que sirva de oración cotidiana á tus creyentes!

I

LA MENTIRA ECONÓMICA

Es la más funesta, la más arraigada y la más desconocida de todas. Se habla de la *religiosa* en todas partes; pero principalmente de sobremesa; se discute sobre la política en las tertulias y en el café. Nadie se hace cargo de nuestros estúpidos convencionalismos en materia positiva. El español es, como buen holgazán, el europeo que posee en menor escala eso que hoy se ha dado en llamar espíritu económico. Cuando ahorra dinero, gasta miserablemente su organismo, vegeta en la miseria. Cuando lo derrocha sin finalidad utilitaria, es porque no lo ha ganado. Cuando forzosamente tiene que vivir al día, su presupuesto semanal oscila entre la abundancia del sábado y la miseria del lunes.

Comenzamos nuestra educación con un prejuicio funestísimo: al muchacho travieso se le pone generalmente mala cara, se le mira de ojeriza, ignorando que el niño juguetero se convierte en hombre laborioso. La expansión ingenua é inocente de una personalidad que

se hace, procuramos ahogarla con la cohesión brutal de un automatismo personal prematuramente hecho. Queremos chicos formales; y la seriedad en un niño es sin duda alguna la mayor hipocresía. Educados así nuestros jóvenes en el sedentarismo, se habitúan á la inacción. Su alma económica la formamos al revés de las demás almas europeas. La acostumbramos á un vivir negativo, en el ahorro de energías mentales ó musculares, sin tener en cuenta que la nutrición de un joven se estimula gradualmente con el juego. Yo recuerdo haber visto en Bruselas muchachos de diez y doce años con una resistencia para él enorme. Nuestros jóvenes se cansan pronto. Este cansancio, haciéndose habitual, engendra las almas perezosas, que prefieren vivir en la indiferencia, á gozar y padecer en el esfuerzo y la lucha. Nuestra juventud es inactiva. La voluntad carece de imperio sobre los músculos y sobre la mente. El mundo de nuestra raza es excesivamente interior, ó remotamente ulterior. Mirad á un español y le veréis habitualmente grave. Los músculos de su rostro se acostumbraron ya á esa tiesura habitual ó heredada; y mientras por el de un hombre medio de nuestros grandes centros modernos pasa un mundo de emociones, en la cara de nuestro hidalgo queda esa serenidad de estatua, que hiela todas las alegrías del vivir.

Las razas expansivas y sanguíneas, las habituadas á la acción, son las que hoy rigen el mundo. Este marcha por la fatalidad de los hechos, y la voluntad triunfa, si se coordina á ellos. La raza melancólica española viviendo ensimismada, es una perpetua disonancia con el mundo de su mente, que es irreal y con

el mundo de la vida demasiado real. La primera forma de la mentira económica en el orden individual es el ahorro egoísta y habitual de la acción. Las imperiosas necesidades del vivir moderno nos arrastran. Vamos, á pesar nuestro, hacia ellas, pero con lento paso de tortuga. Abandonamos las cosas de ayer. A las presentes no llega nuestra mano.

Los pueblos perezosos como el español tienen para la acción una desventaja. Para obrar sin esfuerzo doloroso, gastan en rodeos triple energía que la que debieran emplear siendo verdaderamente diligentes. La pereza, madre ó hermana de la incultura, si es una rémora para el esfuerzo, es un estimulante para el placer *hedonista*. He observado en las conversaciones el predominio que tiene la parte afectiva sobre la parte mental de mis conciudadanos. Gesticulan, gritan, charlan, riñen, batallan; pero no *conversan*. Cualquiera creerá que nos hallamos en plena vida de tribu bosquimana, al estudiar nuestro modo de hablar. Se charla de sí mismo más que de nada. Y de los gustos de uno, mucho más aún que de los defectos y virtudes. He aquí, pues, otra fase de la mentira económica en su aspecto individual: el español tiene un alma para gozar y padecer como cualquiera, pero prefiere vivir indiferente, á gastar un átomo de voluntad en el goce. Posee un cerebro bien organizado, una inteligencia clara, sutil, traviesa, ingeniosa; pero quiere mejor gastarla en estériles disputas antes de someterla á rígida y cotidiana disciplina. Si con el cerebro y la voluntad trabajase tanto como los demás, sería más que ellos; pero prefiere ser inferior y no hacer nada. A pesar de estos racionios, el *instinto hedonista*.

nista se le impone, para adquirir, con intermediario, de mano extraña, el artículo que con la propia hubiese hecho más bien, más pronto y más barato.

Nace de aquí un déficit creciente en el presupuesto de emociones, representaciones y recursos del individuo. Los goces satisfechos son siempre menores, que los que pide el instinto y proporciona la civilización. Los artículos de Londres y París son en España como las cuentas de vidrio en el Senegal. Cotízanse seguramente los sombreros de señora en Madrid, un 300 por 100 más caros que en París. Hay una inhibición de lo necesario, para obtener lo superfluo, que determina la carestía de aquél, hasta tal punto, que la inadaptación conscientemente querida á este medio rudimentario, el pretender vivir aquí como el inglés ó el americano del Norte, cuesta un sentido... La mayoría de las veces, el español *europizado* deja los nuevos usos. Sobrevive casi siempre en él el alma tenaz de la raza. Siendo la civilización epitelial, se desvanece con la humedad y el secano de Castilla.

Otra de las formas de la mentira económica es la sobriedad. El español acostumbra á alimentarse mal y escasamente. Prefiere tener una vida social decorativa, á una vida familiar robusta y holgada. Entre una necesidad elemental y una necesidad subordinada, se escoge la última, siempre que en ella encuentre un motivo para llamar la atención de los demás. Sobriedad en comer, en vestir...; hasta en la habitación se nota la falta de comodidades, que en otro país de Europa puede satisfacer cualquier obrero con mediano salario. Parece mentira que desprecie esta gente lo más íntimo, aquello que es el primer ambiente de nuestros

actos, y pretenda hacer de la vida un espectáculo, una parada de egoísmos brutales, de insensatas prodigalidades. Este hidalgo, alimentándose sólo con leguminosas ó gazpacho, no titubea en dar por una flor la última peseta de su bolsillo. Para esa vida económica anormal, de movimientos peristálticos en su intensidad, hace falta una palabra que sirva de tapadillo. Para correrse una juerga, para echar la casa por la ventana en un día, se necesita pasarlo mal lo restante del año. De ahí otro tópico funesto, que traduce también perfectamente la mentira económica de nuestra civilización española en su fase individual: *el ahorro*. Yo comprendo perfectamente el ahorro como capital de reserva individual, pero no como capital pasivo, sin utilidad social alguna. Me parece una enormidad ahogar individualmente el proceso social, paralelo, de las utilidades y los productos, por un conato instintivo de economía mal entendida. Eso es, ni más ni menos, herir de muerte el capital con ansias viciosas de capitalización. En el ahorro como los españoles lo entienden, veo yo también una inhibición forzosa de la felicidad presente, por el temor de la desgracia futura, á cuya evacuación quiere responderse por sí solo, ignorando las ventajas de la mutualidad y de la cooperación. El que no quiere gastar se convierte por ese hecho en enemigo de la producción, porque restringe el consumo. Restringe además la misma producción, porque no satisfaciendo ni aun las necesidades elementales, si es asalariado, la jornada ha de ser más escasa; y si es patrono, el asalaramiento, por ser insignificante, recluta una mano de obra detestable.

Este pueblo tan amante de la sobriedad y del aho-

rro, es el menos previsor. La previsión individual, que adopta en otros países la forma de seguro, de mutualidad y de cooperación, en España se desconoce. Son más amantes estos señores de vivir al día, y por eso prefieren la pensión pasiva, sostenida por el Estado. Si bien se piensa sobre esto, el retiro en la vejez de los actuales funcionarios es una enormidad: 1.º, porque impide en el individuo los hábitos de previsión económica, haciéndole delegar en el Estado una función esencialmente privada; 2.º, porque el Estado, que tampoco es previsor, suple las deficiencias de la previsión con el impuesto, cuya difusión social, reflejándose en la elevación de los precios, en los artículos mismos que consume el *pensionista*, restringe su potencia económica asimiladora. He aquí, pues, otra forma mixta de la mentira económica, que aquí examinamos.

Son incalculables los funestos resultados de este modo de vivir. Eso estimula el instinto parasitario del español, harto desarrollado por una selección secular favorable; eso nos lleva al funcionarismo, á la *hiperbiosis* de los más astutos y no de los más aptos en un ambiente artificial; eso en vez de favorecer la renovación natural de las clases, cuando éstas están gastadas y degeneran, fomenta un espíritu de cuerpo brutal, intolerable... digo intolerable para los espíritus cultos y las voluntades varoniles.

Para vivir al día, para correr aventuras cotidianas, hacen falta estas condiciones: 1.ª, no tener nada que hacer, ser un verdadero vagabundo; 2.ª, tener mucho que derrochar; 3.ª, ignorar la relación que existe entre la utilidad individual ó social posible de lo que se

malgasta, y la cantidad de goce que por ello se obtiene.

Voy notando en este examen, que nuestra mentira económica en su fase individual, se manifiesta en formas, al parecer, antagónicas: se nos aparece unas veces como negación de acción; se muestra otras como superfluidad de acción. En unos casos es inhibitoria; en otros, impulsiva. Se revela con caracteres de codicia y sobriedad en ciertas circunstancias; en otras aparece como prodigalidad insensata.

Los orígenes de estos hechos son múltiples. La educación y la herencia, sobre todo, moldean nuestros hábitos y tendencias económicas de tal modo, que hacen imposible, ó por lo menos poco fácil, la adaptación al régimen económico moderno. Es una candidez creer, que con un ambiente intelectual solo, favorable, han de ahogarse en la voluntad impulsos de muchos siglos, disociar representaciones, enderezar emociones, reformar, en una palabra, todos los factores de nuestra personalidad y de nuestra subconciencia. El error está en pensar, que bastan las ideas para reformar los individuos. La idea en sí, como hecho psíquico, vive ó debe vivir coordinada á otros hechos psíquicos distintos. Cuando se descoyunta del organismo psicosociológico, para hacerle crecer en medio distinto, su fuerza propulsiva es mínima. Su acción, poco fecunda ya por sí, resulta estéril en contacto con mentes rutinarias. Crear un medio económico individual perfecto, sólo es posible, cuando se conocen por comparación las semejanzas y diferencias con los extraños. No es la mejor receta la imitación de exóticos procedimientos, tratándose de un individuo excesivamente ruti-

nario y terco como es el español. La educación se va haciendo, á mi ver, forzosamente, de fuera á dentro. Vamos entrando sin quererlo, y lo que es más grave, sin saberlo, en las nuevas formas de vida. El hidalgo de antaño va hipotecando sus pergaminos y cotizando sus antiguallas en las tiendas de la calle del Prado. Se va asalariando imperceptiblemente, hoy como ingeniero, mañana como Director de Consejo de Administración en una empresa, en el militarismo burocrático, ó en la burocracia oficial, en todo aquello que puede responder mejor, con el menor esfuerzo, á sus crecientes necesidades. Así, á fuerza de presión, abrumados por las ansias nuevas y desfallecidos por el cansancio histórico, marchamos contra corriente.

Obstáculo no pequeño á la aceleración de esta marcha es el romanticismo económico. Para el español, los anglosajones, y en general todos los hombres del Norte, son gente sin corazón. «Nadando en riqueza no saben gozar de ella.» «Lo esencial—dicen ellos—no es tener mucho dinero, sino saberlo gastar.» Pero, ¿cómo gastar lo que no se tiene? Así empiezan por engañarse á sí mismos, los que en la emulación del vivir ajeno, no encuentran un estímulo para el propio. Confunden la emulación con la envidia y quieren justificarse, negando á los demás corazón. ¿Qué es el corazón? Si por esa palabra se entienden los impulsos y arrebatos poco meditados de esta rancia hidalguía, eso es mentira. Acostumbran á ser desprendidos consigo mismos, ó con los demás, quienes forzosamente sobrellevan una existencia miserable.

Los arranques generosos del pordiosero son generalmente reivindicaciones del propio placer cohibido,

ó de la megalomanía económica no revelada ante otros. Si por corazón se entiende el desprecio de las riquezas, eso es mentira. Es ley económica que, á medida que la pasividad mental ó muscular crece, cuando la probabilidad de satisfacer una necesidad ó un goce es menor, el apego al dinero es más firme y tenaz. El codicioso, privado forzosamente de los medios elementales de vida, siente más afección á la moneda que atesora, cuanto más alejado de aquéllos vive. Si por corazón se entiende la inhibición consciente y voluntaria de una necesidad elemental, para satisfacer superiores necesidades del espíritu, esa manera de pensar es un absurdo. Merecería el nombre de tonto el hortelano que, necesitando su tierra para cultivar alubias para comer, la convirtiese en jardín de plantas odoríferas. Es un error muy grave pensar que los más delicados sentimientos del corazón humano pueden hiperestesiarse en él, sin haber antes desarrollado los más elementales. El altruismo, como tal altruismo, no se revela sin las tendencias primitivas del egoísmo personal.

¿Pero no es una antinomia querer vivir como los demás y criticar sus medios de vida, cuando económicamente se nos presenta la disyuntiva de vivir así, ó dejar de vivir? ¿Cabe pensar en contemporizaciones con el pasado, cuando el presente, este terrible presente, se nos viene encima? ¿Qué ganamos con mirar tanto hacia atrás? Esta miopía intelectual, que destroza nuestra mente.

Después de todo, puestos en el terreno del engaño, más nos valiera emplearlo con los demás y no con nosotros mismos. El que consciente y voluntariamente

mente, culpable es si lo hace para sí, como si lo hace para otros. Sin embargo, el resultado inmediato varía.

Contrasta con este romanticismo económico la falta de moralidad del individuo en sus relaciones particulares con otro. Aquí es donde en verdad se nota la perversión de un corazón falsamente educado. La ética individual en este país es solamente el barniz de la hipocresía; y esta cáscara frágil salta ó se derrite al primer impulso del ilegítimo deseo. Hay una tolerancia, una laxitud enorme para las propias faltas, cuando por ellas se perjudica gravemente el bienestar ó la propiedad ajena. La cólera, la severidad catoniana, la indignación sin límites, estallan cuando á nuestra propiedad ó personalidad se ataca directa, ó indirectamente. Esta manera de mirar las cosas, este criterio de justicia con dos caras, dificulta en grado sumo las tendencias de sociabilidad económica. El mecanismo económico de España será fragmentario, hasta tanto que la vida moral del español en esta esfera no se purifique. Contra el robo sin sentimiento de responsabilidad, quedará siempre el espíritu de desconfianza, que es una rémora para la asociación. El crédito, que es el capital más estimable del vivir moderno, por lo mismo que es el más probado en su garantía, sube en este país con lentitud tal, que se hace imperceptible. En el proceso vital de este organismo viciado será muy difícil, me atrevería á decir imposible, extirpar la inmensa legión de parásitos sociales. Su fuerza prolífica es infinita, mientras que la del hombre de buena voluntad es infinitésima.

La forma general de la conciencia moral española en su aspecto individual es detestable. La mente se

adapta á toda renovación de ideas, al estado más progresivo. La voluntad es indomable: ó resiste con la intolerancia ó contemporiza con la indiferencia; pero en uno y otro caso prosigue tenazmente su ruta. No hay persuasión posible para ella; es de granito. Víctima del impulsivismo emocional, ni aun por la tendencia mental más perfecta puede ser dominada. Las rutinas heredadas pueden más que las aptitudes adquiridas. El medio natural y social favorable á ellas, anula toda esfuerzo personal para educarlas.

No es posible que un agregado social sin cohesión voluntaria fuerte y poderosa, sobreviva en la lucha económica contemporánea cada vez más encarnizada y tenaz, si su fuerza de acometividad y resistencia no crece paralelamente á aquélla. Querer ser grandes como agrupación económica siendo individualmente miserables en el orden moral, es otra mentira de este pueblo. Fisiológica, psicológica y moralmente, el español, como entidad económica, elemental, deja mucho que desear. Hasta que por la educación y adaptación no destruyamos todos y cada uno de estos convencionalismos analizados, la agrupación española persistirá en su decadencia.

Réstanos ahora examinar las mentiras económicas de carácter colectivo y social, para lo cual estudiaremos primero las que se refieren al capital, después las que se refieren al trabajo, y por último, las del Estado en relación con los factores de la producción.

En general, puede afirmarse que en España no se presenta el capitalismo como una agrupación claramente definible, con caracteres precisos. Hay dos grupos de capitalistas: los grandes y los pequeños, los

que están perfectamente adaptados al régimen moderno de la producción y de la especulación, y los inactivos y retraídos. Careciendo de estadísticas precisas, no podemos determinar ni la calidad é importancia de estos dos grupos, ni mucho menos su esfera de acción. La relación que forzosamente se establece entre los grandes y los pequeños, es en perjuicio de estos últimos, los cuales son inconscientemente absorbidos y esclavizados por el gran capital. Este, que debería ser el director y regulador de las empresas económicas de carácter nacional, se subordina á su vez al gran capital internacional. En la interdependencia necesaria, que en los grupos del capital existe, los menos densos van entrando en la órbita de atracción de los de mayor cohesión. Por este gran proceso de asimilación é integración del capital, se inicia la expropiación del pequeño capitalismo español. A ello contribuyen, no sólo los capitalistas temerosos del espíritu de empresa, excesivamente codiciosos y llenos de desconfianza, sino también la intensidad, la fiebre en la especulación, iniciada y mantenida en los grandes mercados del dinero. Así, una fuerza que deja de obrar y otra que obra felizmente por no encontrar resistencia ni coacción, aceleran la decadencia económica de nuestro pequeño capitalismo. El grande sirve primero de intermediario y de víctima después. Una de sus antinomias más grandes es ésta: no quiere reconocer patria alguna para el negocio seguro, de irreprochable garantía; se escuda en la palabra *patria* para monopolizar un negocio y evitar la concurrencia.

La interpretación económica del *patriotismo* por los capitalistas españoles, no puede ser más nefanda.

Como las necesidades de nuestro gran capital, por la calidad de nuestro medio económico y social, son muy escasas aún, siendo la mayoría de ellas secundarias, ha de haber siempre un remanente, un *superávit* sin empleo efectivo. La especulación internacional exige un esfuerzo continuo de atención, que un individuo perezoso como el español es incapaz de hacer. La compra de valores extranjeros reclama un especial cuidado acerca de su depreciación ó alza en el mercado. La iniciativa para empresas nacionales de renta variable, aun siendo halagadora, no arrastra. Sólo se aventuran nuestros capitalistas con lo ajeno. Cuando manejan el capital propio, son siempre temerosos. Tal idiosincrasia en nuestro gran capital, afirma dos órdenes de funciones en su vida económica: parasitismo en el Estado, tendencia á la renta fija y empresas con monopolio, garantidas de toda eventualidad por ventajosos contratos con la Hacienda pública. Así, viviendo los capitales en reducido círculo de vida económica, intensifican en él la especulación y el agio, determinan el suicidio de millares de infelices de buena fe, aunque codiciosos y avaros, y producen indirectamente el alza del dinero, la especulación usuraria en los centros rurales donde quede el capital inadapado, sin competencia alguna, monopolizando despiadadamente el préstamo á los pequeños agricultores, acrecentando de un modo inverosímil primero los créditos hipotecarios, y después la forzosa expropiación del hombre de nuestros campos. Vemos, por lo tanto, que la concentración capitalista se está verificando en España, como en todas partes, de un modo fatal y automático: la propiedad inmueble, en el pequeño capital

que se estanca en el crédito usurario; la riqueza mobiliaria, en el gran capital, que monopoliza la vida económica del Estado y las empresas más seguras de la nación.

El capital español, oscilando entre la rutina excesiva y la especulación aventurera, es eminentemente conservador en lo que respecta á sí propio. Su espíritu de conservación es más bien instintivo que racional. Tiene la irritabilidad general de la substancia organizada; carece de la fuerza nerviosa y muscular de un organismo consciente. Por eso, pensando en sí mismo solamente, en vez de hacerse reproductivo, es estéril. Aferrado en el monopolio, aislándose cada vez más de la mano de obra y del capital internacional, se habrá de encontrar muy pronto como el combatiente indefenso entre dos fuegos. No le quedará otro remedio que adaptarse ó morir. ¡Y qué adaptación tan dolorosa para él, rendirse á discreción ante el cúmulo de exigencias enormes del adversario triunfador!

La codicia, la cristalización prematura en un estado económico convencional y artificioso, la especulación inmoral y sin límites, la rutina, la falta de especulación en los negocios, la mutua desconfianza, la falta de acometividad, el aislamiento voluntario y la inadaptación á las condiciones racionales del capital internacional, la pereza y la mala fe, son caracteres comunes á nuestros dos grupos de capitalistas. Nuestro pequeño capital desaparecerá irremisiblemente, si un esfuerzo supremo no le transforma en *cooperativismo defensivo y ofensivo* en sus relaciones con el gran capital. El capital grande desaparecerá también, si perdura en el monopolio y en el privilegio.

Ese estado de inacción enervando todas sus energías, embriagándole con el lucro, hará más fácil y segura su bancarrota por *sorpresa*.

Hay que vivir obrando y luchando: es ley de medio y de momento. Nadie puede librarse de su acción. La concepción extática y pacífica de la vida, ó es ideal ultraterreno, ó un recuerdo de cosas que fueron.

Sería curioso y utilísimo un estudio comparativo de nuestra mano de obra, para poder determinar la calidad y el coste de la producción en su aspecto internacional. La mano de obra española, en general, es más cara y más mala que otra cualquiera. A pesar de tener generalmente cerca de mil horas de trabajo al año más que la de Inglaterra, su salario medio es mucho menor. Y si se atiende al salario real, por el que se puede apreciar mejor el *standard of life* de nuestros obreros, la desproporción es enorme.

A esta antinomia económica contribuyen causas muy diversas: en primer lugar, la falta de aprendizaje técnico en las escuelas, que hace imposible una pronta y racional especialización en nuestra población económica. Generalmente, los obreros industriales hacen su aprendizaje tarde. Nuestra población industrial reclútase generalmente entre los campesinos sin trabajo, los cuales, cansados y aburridos, optan por cualquier oficio y retribución; ó lo que es más grave aún, los oficios se transmiten por herencia, habiendo ciertas pequeñas industrias explotadas miserablemente y con métodos rutinarios, las cuales son una rémora para la gran producción y el empleo de procedimientos más modernos. Cataluña y Castilla, sobre todo, adolecen de este defecto.

La proletarización de la vida rural, determinada por las condiciones de nuestro grande y pequeño capitalismo, produce irremisiblemente ese *éxodo* tan bien estudiado en Bélgica por Vandervelde, y que yo podría establecer con precisión aquí, si en España tuviésemos estadística reciente y segura de nuestra *intermigración* y *emigración*. Este *éxodo* hacia las grandes aglomeraciones urbanas, alimentando en ellas una gran congestión de reservas de población asalariada, determina al fin las grandes crisis *demográficas*, por el *surménage* de una raza miserablemente alimentada y forzosamente activa. Todos sabemos cómo en Madrid y Barcelona viven millares de obreros con un salario medio de dos pesetas, obligados la mayor parte del año al paro involuntario, por falta de empleo. El *éxodo transoceánico* es más terrible aún. Haciéndose en España la *emigración* espontáneamente, el instinto de imitación lleva á nuestros obreros á aquellos puntos donde más terrible y penosa es la concurrencia, donde hay una mano de obra internacional, y donde forzosamente se establece la selección de los más aptos y los más fuertes. Generalmente, el fenómeno de la emigración en España obedece al malestar y no al exceso de población, como en Alemania é Italia acontece. Pero este mismo malestar de los peores, que al establecerse en un nuevo país más fecundo en prosperidad económica que el nuestro, mejoran su condición social, obrando de rechazo sobre los que en el suelo patrio quedan, determina también el *éxodo* de nuestra mano de obra más escogida. Y la razón es clara; de la misma manera que el capital, en el régimen económico contemporáneo, busca

el ambiente más próspero y seguro para vivir, y emigra cuando le conviene, así también la mano de obra persigue las mejores condiciones de asalaramiento. Estos son dos hechos económicos que han determinado la prosperidad de una gran República, de Norte-América, que ha crecido con el capital y con la sangre europea. Esta nación, llamando á su seno los mejores brazos del viejo mundo, regenera su condición física y social y crece con su esfuerzo; establece una barrera infranqueable contra los productos manufacturados de Europa; hiere de muerte su agricultura con una terrible concurrencia en el mercado de cereales, y la vence ya en muchos productos industriales; mientras que ésta, á la defensiva, sosteniendo la codicia y egoísmo de una burguesía ignorante, de una burocracia adulatora y de un militarismo opresor, va sintiendo poco á poco el desfallecimiento producido por una resta inconsciente de las energías más tenaces en la vida del Estado. El fenómeno general, que se observa hoy en toda Europa, revela mayor algidez en España, vencida mercantilmente en sus transacciones de medio siglo con el resto del mundo; con el crédito deteriorado; sin ideal alguno propulsor de sus energías económicas; sin fe en sí mismo y sin voluntad para rehabilitarse.

Cuando nuestra mano de obra, buena ó mala, vaya abriendo sus ojos á la verdadera vida moderna, acelerará la salida de un país donde la existencia le será insufrible. Entonces quedarán en él los inútiles y degenerados protegidos por barreras imaginarias; pero privados, en realidad, de la satisfacción de necesidades semejantes á los de cualquier otro asalariado y

de la libertad ante la ley, mantenedora de privilegios supervivientes en el orden político y en el orden económico. Ese patriotismo farisiaco de una legión imbecil de políticos y de emprendedores débiles, pero codiciosos, ¿en qué se convertirá entonces? ¿Qué será de esta nación, mantenida sólo por el aliento de una tradición moribunda y despiadadamente destrozada y oprimida por un parasitismo sin límites?

Yo no quiero entonar elegías para lamentar sucesos que preveo; pero mi alma estalla de indignación al ver lágrimas de cocodrilo sobre el cadáver de una nación indefensa, á quien hemos bárbaramente asesinado.

Con capital parasitario y codicioso y mano de obra mala y costosa, ¿en qué condiciones podrá hacerse la explotación económica de España? Concentración capitalista y proletarización rural crecen paralelamente en intensidad semejante. Pero mientras nuestro capital actúa en el orden financiero, rehuyendo todo interés de renta variable, ó expatriándose por un interés más seguro, la mano de obra se condensa en nuestros centros industriales para hacerse competencia horrorosa, ó emigra para ser vencida en la concurrencia con otras más aptas. El ritmo en la intensidad productiva en España se va haciendo cada vez más lento. El capital abandona toda empresa industrial. El trabajo se abarata excesivamente, determinando la calidad pésima del producto que elabora, y privando nuestro mercado de acometividad internacional. Limitado á su propia área de expansión, el mismo mercado interior se va restringiendo cada vez más, porque el coeficiente individual de consumo disminuye ó se estan-

ca. La falta de crecimiento prolífico en la producción española, engendra en el capital la tendencia al monopolio, á obtener en la empresa industrial la misma renta fija que en los valores del Estado; y en la mano de obra un pesimismo terrible, un desconsolador espíritu de revuelta y una gran indisciplina, causas eficaces, por sí solas, para impedir toda reivindicación en nuestra clase asalariada. A disminuir la producción, contribuyen también el excesivo número de pequeños intermediarios para la colocación y venta del producto. El industrial y el comerciante en España, dominados por esa ley universal de codicia y de pereza, que todo lo regula en este medio social, prefieren obtener una ganancia inverosímil en pocas transacciones, á una utilidad mínima en un máximum de cambios. Fíjanse más en la masa que en su velocidad. Resulta de esto, que el coeficiente de expansión industrial y mercantil es siempre el mismo, ó crece proporcionalmente mucho menos que en otros países. El público restringe voluntaria ó forzosamente su consumo. Exento de toda previsión para regular sus adquisiciones por sus recursos, perezoso, falto de estímulo para acrecentar su poder de adquisición, incapaz de discernir entre lo necesario y lo útil ó suntuario, prefiriendo muchas veces lo último á lo primero, es causa de la inseguridad y temor de las transacciones y, por lo tanto, de un mayor coeficiente en las ganancias.

Una producción replegada en sí misma, lentamente progresiva ó prematuramente cristalizada, con mano de obra deficiente, agentes de producción y de cambio codiciosos y público miserable, en lucha fatal

y necesaria con la producción universal, ha de llevar una vida lánguida y trabajosa, no para salir de su ambiente y luchar, sino para mantenerse con prudencia á la defensiva, evitando todo choque eventual con otra fuerza económica extraña.

Dos caracteres se notan desde luego en su mecanismo: 1.º, la falta de adaptación á las condiciones de la producción internacional; 2.º, la falta de cohesión y solidaridad interna. Por el primero se hace imposible el crecimiento de la misma; se dificulta ó anula el proceso natural de especialización que tiende á establecerse en el organismo industrial moderno; se anula la posibilidad de difusión de nuestros productos en el mercado universal, cuyas condiciones y exigencias ignoramos, y se consolida una política económica de aislamiento, de peligrosa despreocupación de toda política comercial basada en la reciprocidad, etapa necesaria en el proceso de evolución hacia el librecambio.

La falta de cohesión y solidaridad interna, manteniendo un particularismo económico medioeval, sostiene ese gran convencionalismo del mutuo engaño. Hace ya mucho tiempo que la economía clásica había demostrado la conveniencia de la baratura de los precios en un medio social determinado. Pues en este país preferimos comprar todo tres veces más caro, á condición de vender en semejantes condiciones lo nuestro. Esta miopía en la consideración de las verdades económicas elementales impide el régimen de la gran producción en España. Preferimos perdurar en lo rudimentario, en esta pobre forma de trabajar, á integrar nuestras fuerzas con fuerzas semejan-

tes, para hacerlas más fácilmente progresivas. Es probable que todo el algodón que se teje en Cataluña, llegue á hilarse y tejerse en cualquier casa norteamericana. El *trust* del acero produce hoy más en cantidad que Alemania y Francia unidas. Cuando la gran llanura del Centro de Sud-América se dedique á la producción de cereales, cualquier *farmer* recogerá más cosecha que todos los propietarios de las dos Castillas. Nuestra crisis vinícola podría resolverse en parte con un buen sistema de producción de carácter colectivo. En Portugal se han organizado desde hace algunos años *bodegas sociales*, que tienen la ventaja de proporcionar una calidad uniforme y un precio más ventajoso, que los de cualquier productor en pequeño. Explótanse en el Oeste de España 1,300 kilómetros de ferrocarriles por seis ó siete Compañías distintas, cada una con un Consejo de Administración fabulosamente dotado, mientras que en Francia hay una red que pasa de 9,000 kilómetros, y en Alemania, un mismo Consejo de Dirección administra los de cuatro naciones que constituyen una red de más de 60,000 kilómetros. Este gran particularismo, unido á un gran exceso de codicia y de ignorancia y rutina, es causa de la imitación, de esa estúpida imitación en cualquier empresa industrial, cuando se huele una ganancia segura. Échanse como perros hambrientos sobre un pedazo de pan nuestros capitalistas advenedizos para saciar su hambre de riquezas. Así, faltos de iniciativa, sin poder satisfacer un mísero deseo después de haber originado una crisis por exceso, después de haber congestionado el mercado con sus productos, lloran como niños por no haber sabido pen-

sar como hombres. Si me piden un ejemplo palpable, haré meditar á mis lectores sobre el estado actual y origen de nuestras azucareras.

Es el Estado español una serie antagónica de grupos elementales, de entidades oligárquicas sin ninguna cohesión entre sí, que vive como superestructura del alma popular aletargada por la ignorancia. Estas múltiples constelaciones, formadas, no por una solidaridad poderosa, sino por un convencionalismo ridículo, son el producto de un largo apostolado de democracia teórica. En su proceso de formación, nuestra improvisada burguesía, llevada por ansias imprudentes de *mimetismo parlamentario*, se polarizó, disociando el orden político del orden económico. En aquél se han refugiado los postreros descendientes de los *meneurs*, de principios y mediados del siglo pasado. Su sentido jurídico, cada vez más estrecho, bloqueado incesantemente por las nuevas formas de vida, les va cediendo terreno. De concesión en concesión, servilizan las propias convicciones, la misma dignidad, tan exaltada para satisfacer las ajenas. La oligarquía económica es más evidente; es la palpable comprobación de la inanidad de fórmulas imitadas por la vida democrática española, cuando se predicán de mala fe, ó sin fe.

Es curioso observar cómo á medida que este pueblo ha ganado en libertad teórica, se ha visto cada vez más acosado por las miserables intenciones de sus ídolos políticos; cómo, á medida que la democracia ha querido universalizarse, debió y debe vivir en un ambiente de incultura é ineducación política, á sabiendas sostenido por los políticos demócratas; cómo una legiferación igualitaria se ha convertido de restric-

ción en restricción, en fórmula del privilegio; cómo con el proceso de democratización de este país, ha coincidido el de nuestro vasallaje económico. Y es, que aquí hemos comprendido mal el sentido de la Revolución. Hemos entrado á vivir la nueva vida con pulmón tuberculoso. La vecina República, con una democracia nominalmente secular, es hoy el refugio de todas las aristocracias destronadas, del capitalismo triunfante y de la burguesía sin ideales. Esa democracia, que es la que priva también en España, ya no nos sirve para nada. Es necesaria una ultrarrevolución de cerebros y voluntades, en el sentido de la democracia industrial, espontánea flor de la vida del trabajo y no arma criminalmente manejada por minorías de vividores astutos. Viendo la acción del Estado español en nuestra vida económica, se advierte la larga carrera que hay que hacer para educar nuevamente este pueblo, engañado por espacio de un siglo con una pseudodemocracia. ¡Lástima é indignación á la vez! Lástima, para estas multitudes incultas é indisciplinadas, con un salvajismo en el fondo del alma cada vez más arraigado, con una miseria fisiológica cada vez más grande, con una falsa idea del Estado omnipotente. *Panem et circenses* es el lema de nuestras turbas. Indignación, para todos aquellos que arrogándose el derecho de una orientación, han vendido la idea que defendieron y la dignidad que el espíritu público les suponía; indignación, para todos esos perpetradores del robo legal con garantía del Estado.

Este gran fantasma de nuestra vida política, fomenta y alienta á los débiles, los alimenta en el acervo común á condición de que le adulen; y todos, todos co-

mo miserable rebaño, mirándole como un Dios, le adoramos... *por el pan de cada día*. Nadie tiene fuerzas para derrocar ese ídolo. A sus oídos no llegan las quejas de una multitud enferma por el dolor y la miseria. El coro de fariseos, mascullando incesantemente el himno eterno de la adulación, ahoga los lamentos y las protestas de abajo.

El Estado español, órgano servil de los intereses del gran capitalismo nacional é internacional, expropiando los más débiles, se suicida sin saberlo. Por sí no puede vivir. Cuando no pague los intereses de su enorme deuda, el crédito será igual á cero. ¿Y los intereses de dónde salen? En todos los Estados, aun los más esclavizados por la burguesía, se nota un conato de defensa, reflejado en la instintiva protección á la agricultura, ó la industria. Se adivina que el Estado no podrá vivir nunca del capital, sino que el capital necesita imprescindiblemente del Estado. Por eso, para mantener perenne la fuente del interés, para multiplicar indefinidamente los créditos y deudas, con alguna garantía, hay que fomentar los elementos naturales de riqueza, hoy hipotecados á la mobiliaria de nuestra burguesía. Este Estado no sólo restringe la garantía de sus deudas, inhibiéndose estúpidamente de toda protección á la Agricultura, la Industria y el Comercio, sino que siembra discordias entre los tres órdenes de la producción, olvida su función reguladora en esta esfera, protege y sostiene el monopolio de emprendedores sin iniciativa, ni vitalidad para la lucha en el mercado universal. El mismo capital, en sus relaciones con el Estado, ó le abandona en sus demandas de dinero, para afluir á otros puntos donde la

garantía es más segura, ó le exige un crecidísimo interés, para compensación de sus ganancias no obtenidas por no haberse desplazado de nuestro mercado.

El Estado, formado por el grupo de una burocracia adulatora y por el de un insaciable capitalismo, gravita acerbamente sobre la nación. No hay en él fuerza de voluntad para emanciparse del primero. Carece de vitalidad propia para imponer condiciones al segundo. Cuarteado el edificio, podrá sostenerse con comediaje de unos y transigencias de otros. Cuando la voluntad de las mayorías despierte, la más pequeña conmoción en su base, hará de él una pirámide de escombros, ó una casa ruinosa y solitaria, imagen de la muerte y documento de la Historia.

II

LA MENTIRA POLÍTICA

¡Cuántas cosas caben dentro de esta palabra! ¡Qué pocas ideas solemos verter en ella! Este país es, seguramente, el más charlatán en materia política. Por eso tal vez la entiende peor, y es el que en menor cantidad la emplea. Hay dentro de la palabra una idea integral, que responde fundamentalmente á los organismos nacionales constituídos en *estado* primero, y de un modo trascendental, al agregado social en general. Del individuo, en sus relaciones más elementales dentro del grupo familiar, arranca la función política. Y á medida que los grupos se van haciendo más amplios, la función adquiere carácter de complejidad. Toda relación intercolectiva, por elemental que sea, supone una cierta política. Ésta viene á ser, por lo tanto, la función integral y trascendente de los agregados sociales. Las relaciones más elementales de cortesía y hospitalidad entre una tribu salvaje de australianos y un explorador inglés, tienen cierto carácter político.

Si nuestro objeto fuese hacer un estudio de psicología política general, veríamos primeramente su proceso genético en los grupos elementales; analizaríamos después su contextura más compleja en organismos sociales perfectos, y determinaríamos, al fin, la fórmula política de las sociedades actuales.

Pero proponiéndonos estudiar nuestra *anormalidad política*, bástanos la comparación con agregados normales; quiero decir, progresivos. Hay una política general y una política individual. Estas dos fuerzas concurrentes en un punto, tienen dirección contraria.

En la evolución biológica del organismo político, se cumple la misma ley de inestabilidad á que obedecen todos los demás seres vivos. Esta inestabilidad es la condición de todo crecimiento orgánico. Sin ella, la vida no es posible. El organismo muere. Cuanto más garantida está la inestabilidad, tanto más fácil será el crecimiento, el cambio de estados. El predominio de la acción política individual sobre la acción política social, hiere de muerte la inestabilidad del organismo político, ó le hace degenerar. La preponderancia de la política social sobre la política individual, ó á expensas de ella, desnaturaliza el organismo, en cuya economía no debe haber desigualdades, si ha de ser saludable, conservadora y progresiva.

Si fijamos la mirada en estos Estados viejos del viejo Continente europeo, veremos cómo en todos ellos se observa una idiosincrasia política, anormal, patológica. Es porque el egoísmo predomina sobre el altruismo social. Nuestra política europea es eminentemente expansiva, opresiva, invasora. Carece de fina-

lidad. ¿Para qué la quiere? Lleva en sus entrañas el microbio del despotismo y de la anarquía.

Despotismo en el capital opresor, en la aristocracia superviviente, pero moribunda. Despotismo en las clases militares, asalariadas para conservar fetiches y garantizar un orden artificioso. Despotismo en la hierocracia, cuyo poder tradicional, tan socavado como el de la realeza, quiere resucitar para vigorizarse. Anarquía en todos los proletariados: desde el que miserablemente vegeta para horadar la tierra, hasta el de nuestra aristocracia intelectual.

El problema del capital en su aspecto político; el de los privilegios de ciertas clases; el del orden actual, que quiere cristalizar á viva fuerza para hacerse más estable, y el de las reivindicaciones del poder religioso, de la conciencia individual y de las multitudes hambrientas... he ahí lo que constituye la *materia política* de nuestra vida europea. Con células tan antagónicas, no puede subsistir ningún tejido orgánico. El equilibrio se rompe. El problema del capital requiere hoy una política distinta de la que tuvo ayer. Es uno de los principales elementos de la producción; y habiendo adquirido ésta un carácter señaladamente colectivo de que antes carecía, el capital entra en la órbita de acción de todo Gobierno. El organismo político debe regular sus funciones. ¿Y cómo? ¿Sometiéndose al imperio del capital? ¿Sometiéndole á su soberanía? ¿Ha de contentarse con la indiferencia?

De hecho, el problema del capitalismo, en su aspecto político, se ha resuelto ya. Todos los Gobiernos europeos inclinan la balanza á su favor. La burguesía se entronca con la mesocracia. Y toda clase, que

como tal vive y vegeta, quiere *especificarse*, haciéndose reproductiva, inmortal, aun á trueque de las demás clases, ó con su jugo. Abrigo la creencia de que este servilismo, si se acentúa, ha de ser peligroso para protegidos y protectores. Cuanto más grande sea el espíritu de casta, que la clase gubernamental adquiera, más pronto será destruido. Haciéndose inactiva, por exceso de nutrición, llegará á ser impotente. Por eso tal vez nuestras mesocracias, legislando en pro de la burguesía, hacen alguna concesión al espíritu reivindicador de las mayorías, cuando éstas amenazan. En todos los países de Europa existe ya una legislación social, un tímido conato de reconciliación, suscitado por árbitros sin prestigio.

Pero la muchedumbre no calla. Las contemporizaciones son ineficaces.

Es necesario un poder físico fuerte y respetuoso. Hay que garantizar el orden... *este orden*. El militarismo se justifica. Y se justifica la palabra *patria*. Y tienen razón de ser las *deudas nacionales*, y las alianzas *internacionales*, y las guerras sin *humanidad*.

Nuestros grandes armamentos obedecen: 1.º, á una ley histórica. Por la herencia, se hacen supervivientes todas aquellas clases, que en una época determinada adquirieron preponderancia. Por la selección social, los hábitos más hondos se conservan y transmiten. Adquieren vida propia en el organismo. Se consubstancializan con él. De nuestras monarquías militares de la Edad Media, nació el militarismo contemporáneo. Las ideas de la Revolución, por haber sido amasadas en sangre, perdieron la propia levadu-

ra. De la igualdad y la libertad, marchó el pueblo francés al despotismo. Y por el despotismo, ejecutó Inglaterra actos recientes de inhumanidad.

2.º El germen del militarismo encuentra en el *Estado* contemporáneo un ambiente favorable á su desarrollo. Todo poder, sin coerción externa, tiende al despotismo. Todo organismo, débil ó temeroso, por instinto, reclama protección. Conquistado el poder, el poseedor tiende á conservarlo y transmitirlo. Para legitimar la conservación y la herencia, se necesita una fuerza moral y una fuerza material.

3.º La imaginación moderna sueña con grandezas. En la lucha por la vida todos queremos la victoria. El individuo militarizado, se siente ya con más probabilidades para ella, y suele querer el desorden para justificar *su orden*. El vértigo de ambición, que pesa sobre el alma contemporánea, repercute en ella después con fúnebres presagios de temor, de desaliento. Entonces habla el instinto. La ingeniosa fórmula de Schopenhauer no se cumple aquí. Matamos la vida de la especie, para conservar un estado de la vida individual. Preferimos ser fuertes hoy, hipotecando un porvenir venturoso.

4.º La tradición, que engendra la sabiduría, puede prohiar también la superstición y la ignorancia. Puede ser madre de la rutina. Viendo crecer un pueblo, fuerte por el poder militar, por circunstancias históricas sólo favorables á él, quieren emplear los pueblos débiles los mismos medios. Y el espíritu de preponderancia, alimentado por el orgullo, los arrastra al sacrificio. No he de insistir más sobre este mal, que azota á las naciones europeas. Suprimidas las

deudas nacionales, ó aplazado el pago de sus intereses, desarmados los ejércitos permanentes, la raza blanca podría ser en el siglo XX, con más títulos aún, la soberana de las razas. Alimentado el espíritu cosmopolita que hoy empieza á vivir, con la savia de tantas nacionalidades decrépitas, ¿qué hermosa aurora para un nuevo día de paz y de trabajo! ¡qué hermoso despertar! ¡qué sueño!

Los orígenes de la España contemporánea están aún sin estudiar. Cuando aparezca un nuevo Taine peninsular, podrá apreciarse con todo rigor científico la etapa de nuestra evolución política, el proceso genético de nuestra psicología colectiva. España, como casi todos los países europeos, atraviesa un período de laboriosa crisis, ó de transición, si se quiere. El antiguo y el nuevo régimen son tenazmente antagónicos. El progreso se hace por movimientos convulsivos. La tradición, en vez de coordinarse á él, le subordina á sí. De este modo, dentro de las formas puras de nuestra democracia, hemos depositado cuidadosamente los viejos materiales de un régimen político *inmortal*. Tiene raíces muy hondas, seculares. En estos mismos instantes, la mesocracia que gobierna, sin alientos para abrirse ruta hacia adelante, se contenta con mirar atrás. Déjase arrastrar por la fuerza de las cosas, más rutinaria que progresiva. Los retoños en la vida pública, crecen al lado del tronco carcomido y á su amparo. Son rebeldes á todo injerto. Estamos atacados también de vesania.

¡Nuevo régimen! ¿En qué? El antagonismo entre la tradición y el progreso, primera forma *à priori* de nuestra psicología política, revelada en el tiempo,

manifiéstase también en la simultaneidad, en el espacio.

En todas partes corren hoy vientos de cosmopolitismo, más fecundos en prácticas y hábitos morales, que en resultados sistemáticos. Acostumbrados nosotros á la vida de la larva, nuestros sentimientos humanitarios son muy pobres. Padecemos exaltación de falso *patriotismo* y depresión de *patriotismo* verdadero, y por eso nos falta el amor á la humanidad. Ignoramos lo que los alemanes han llamado, con cierto sentido restringido, *Politik der Welt*. Todas las causas nobles, todas las ideas fecundas hijas de la mente contemporánea, son simiente preciosa para la acción y la cultura política universal. En estos campos vírgenes, sí, pero salvajes, se agostan con el sol del Mediodía. A medida que la cultura y la educación moral del individuo crecen, sus sentimientos de humanidad son mayores. Las emociones particularistas se ahogan, ó se subordinan á las emociones altruistas. El corazón se ensancha. Nuestros sentimientos egoístas tienen ejemplos bien palpables en los prodromos de nuestra última guerra internacional.

Tal vez esta falta de *humanismo*, de política activa y expansiva, con el mundo por campo de acción y con el bien universal por fin y norma, influya en nuestro ensimismamiento nacional, en nuestra *alelía* en materia de política internacional y en la *abulia* para la acción concertada con otros grupos, sin subordinarnos á ellos. Solemos abrir las valvas de tarde en tarde. Lo hacemos con hambre de grandezas, ó con codicia de riquezas. Las platónicas corrientes de *hispanoamericanismo*, ¿no son eso? ¿Y qué nuestros

sueños de alianzas, nuestra ambición por pesar en la política continental?

Cuando mejor se pesca la ostra, es cuando ella pretende pescar. Dentro de la propia casa, en el amplio círculo de las fronteras nacionales, ¡cuánta pequeñez, cuánta miseria vemos! Tenemos el alma chica para nación tan grande. Porque del árbol desgajado todos hacen leña, aquí, algunos vástagos quieren arrogarse el despótico derecho de primogenitura. El mal no es de España sólo. La honda tradición política española, estancada en nuestro organismo nacional, es eminentemente regresiva. En su seno fermentan gérmenes de atavismo y de rutina. Ella es la fuente de la intolerancia en la resistencia, del fanatismo en la acción, del dogmatismo en la enseñanza, de la autocracia en el poder. Vierte la vida de las almas jóvenes en los viejos moldes, y las hace cristalizar prematuramente. Es enemiga de la solidaridad; es inactiva y hedonista. Rebelde á todo cambio, ni anda ni deja andar.

El antagonismo más terrible y funesto es el individual. Todos los españoles llevan en sus venas la triste herencia de una raza formada por déspotas y aventureros. Voluntades tan heterogéneas, energías tan difluentes, sólo pueden hacerse compactas á fuerza de presión. La atracción mutua, la viva y consciente integración, en una palabra, la solidaridad, se nos resiste, no nos cabe en la cabeza, y si entra en ella, no descende al corazón. Son estas las dolorosas supervivencias de un estado de guerra secular, de un estado social rudimentario y de una hipertrofia de poder inconcebible. Demuestran la falsedad de fórmulas concebidas, pero no observadas é inducidas. Revelan que

el beduinismo peninsular, la vida errática en política, es un estado más propio de los pueblos cazadores y pescadores, que de las sociedades industriales. ¡Cuánto dista el personalismo en la política española, de la política social inglesa ó alemana! ¡Qué diferencia entre la lucha de nuestros salvajes disfrazados de europeos por un puesto irresponsable y productivo, y la lucha de defensa del trade-unionismo anglosajón, para conservación y mejora de su salario! Es verdad que la política no es más hoy que una función, y no específica, del organismo económico. Toda su acción nace del bienestar, ó del malestar público. Su finalidad exclusiva es conservar lo adquirido, ó recuperar lo perdido. Pero ¡ay del organismo en donde la célula tiende á adquirir vida sustantiva, propia vida! Ella podrá conservarse, pero el organismo muere.

La anarquía y el despotismo son los dos polos opuestos de nuestra política actual; formas redivivas de una tradición de raza subconsciente; polarizaciones de un estado social de incultura, de ambición y de rutina. De la anarquía arranca el despotismo. Será déspota el más fuerte ó el más hábil. En el seno del despotismo germina la anarquía, porque codiciamos lo que no tenemos — *nihil humanum a me alienum puto* (interpretación humorista). — La simpatía de que nos hablaba Terencio y el humanismo que defendemos hoy, como la moral que siempre se ha practicado, suelen tener dos caras. La sugestión del mando es funesta, pero universal y decisiva.

La concepción biológica del *Estado* nos enseña cómo estas dos tendencias se hacen compatibles, aunque no sea más que en el hecho de la coexistencia. El

instinto de vivir es lo que primero se desarrolla en la muchedumbre gregaria. Dadle un seguro de vida, una garantía de nutrición, y la paz será completa. Pero á medida que la muchedumbre crece, la ración alimenticia disminuye, y entonces, una de dos: ó es preciso cambiar de territorio, ó devorarse como fieras. Todo esto se hace hoy. Huyen cada día millares de indefensos para ser víctimas de su ignorancia y de la explotación ajena. Y los que sucumben vencidos en la propia casa por las arterías caciquiles, ¿cuántos son?

Todos tenemos fiebre de mando, y de ahí la adulación y la indisciplina. Queremos ejercer nuestra autoridad, y nos disgusta obedecer. Nuestras tendencias políticas y nuestras opiniones chocan constantemente con las del vecino, que también tiene las suyas. De ahí una progresión paralela de la autoridad hacia la dictadura, de la obediencia hacia la anarquía, de la opinión general al pensamiento particular, de la acción coordinada á la acción egoísta. ¡Y se quiere estabilidad! ¡Y se anatematizan las guerras civiles!

En nuestra psicología política hay que distinguir y analizar dos factores: 1.º, opinión; 2.º, acción. En el análisis del primero entran el de su agente primordial, el de los coagentes y el paciente: hombre público, prensa, círculos políticos y muchedumbre política. De cada uno en particular vamos á ocuparnos.

Una de las notas, que distinguen nuestros hombres públicos de los demás de Europa, es la de considerar la política como *medio* y no como *fin*. Sustantivan el profesionalismo hasta llegar á destruir la vocación, si alguna tienen. Este modo de vivir á la sombra de las

cosas públicas y á expensas del país, es una de las causas que más determinan la irresponsabilidad. Formadas nuestras clases directoras por advenedizos y por gente de abolengo sin capital, ó con excesiva codicia, se van convirtiendo en círculo cerrado á todo *transeunte* y subordinando convicciones y programas á un espíritu de clase más marcado que el de la misma burguesía, con quien suelen entroncarse con frecuencia. Estas clases, tal como están hoy constituidas, son aptas sólo para nutrirse de *medianías* universitarias, de *aventureros* audaces, *aduladores* ó *desalmados*... de gentes, cuya dignidad servilizada es tan pequeña como el área de la punta del florete, donde la depositan con su *honor*.

Entristece el corazón ver, cómo en nuestras Universidades la juventud que las frecuenta, desconocedora de su misión y despersonalizada prematuramente, se va sumando como *cero* al parecer insignificativo á esos núcleos sin *unidad*, ó con la ambiciosa unidad de miras, para echar mano al poder y conservarse en él. Así es imposible la renovación. Sin juventud pensadora y activa, ¿dónde está la nueva aurora para la *patria*? En el estómago. La Universidad sólo secreta jugo gástrico para quimificar fácilmente destinos con sueldo fijo.

Nuestra generación de hombres públicos caracterízase también por la falta de fe, por la ausencia de espíritu de abnegación y sacrificio. Constituyen la última generación de los revolucionarios atrevidos del siglo pasado, y muéstranse á los ojos del observador con síntomas de fatiga mental y muscular en el ejercicio del poder. El país ya más grande que ellos, á pe-

sar de ellos, se hace el sordo á sus reclamos y se ríe compasivo ó amenaza desesperado.

Su mente es estrechá para toda fórmula de vida progresiva. Representantes genuinos de la incultura nacional, como dice un insigne maestro, pedantes en extremo, viven intelectualmente de prestado, ó acuden al merodeo á tierra extraña. Suelen atascarse en el intelectualismo francés. Todos tienen un oráculo formado por ninfas cándidas, por infatigables obreros, que depositan su labor de muchos años en la cartera de D. Fulano, el cual suele optar por lo que primero sale. Llevan la ofrenda al *Dios vivo* por gratitud, por temor ó por codicia. Practican la religión del *facio ut des*. Estos intermediarios astutos que viven con permiso de los que saben y no pueden y de la ignorancia de los que quieren poder y saber, estos parásitos sociales de índice cefálico reducido, suelen hablar *ex cathedra* raras veces, empleando tonos graves. Su pensamiento se les escurre entonces por la palabra, sin coherencia, sin vida, sin precisión. Allí no hay personalidad mental. Sólo hallaréis personalismo en la gesticulación, en la cómica actitud, en el ademán afectado. ¡Qué frases! ¡Qué discursos! Pura tautología enfática. Parece mentira, que gente tan pobre de cerebro pueda dominar nuestro cerebro. No les cabe la palabra especialización en la cabeza. No conciben cómo la inteligencia moderna, estando obligada á extender cada vez más el ámbito de su cultura, debe por ley de división del trabajo aportar algo nuevo á esa misma cultura. De otro modo será un comerciante, un vividor más, con corretaje seguro en las ideas, que por intermedio de ella circulen.

Viajan poco fuera de España. ¿Cómo han de europeizar el país? Cuando salen de nuestras fronteras, es para desembotellar preparadas *interviews*, hipotecar los intereses de la nación á algún banquero, ó descansar de las fatigas parlamentarias. ¿Estudiar comparativamente los hechos políticos de su país, con aquel por donde viajan? Eso nunca. De esta manera hablan en España de memoria, de muchas cosas, que no han visto ni vivido.

¿Y cómo hacen opinión estos hombres? ¿Para qué? Finos, agudos é ingeniosos, echan sus tentáculos siempre sobre la nota de actualidad y la cotizan en alza ó baja, según convenga ó perjudique á su propio interés. La opinión por ellos elaborada es impulsiva, momentánea; más impuesta por las necesidades de la ambición y del egoísmo, que por las imperiosas necesidades de la realidad: subjetiva, capciosa, velada, ambigua. Como las pitonisas del viejo oráculo, dan respuestas que sólo pueden prevalecer, cundir y acreditarse en el templo sagrado de la nacional ignorancia, de la superstición y del temor. En moralidad pública suelen ser oportunistas cuando la predicán; hedonistas al practicarla; estoicos, para con un espíritu catoniano y serio; puritanos, rigoristas, con el alma tremebunda, obsesionada por el bien; schopenhauerianos, con los caracteres prácticos y pesimistas. Su moral es tan múltiple, como las claves musicales de la notación helénica.

Monopolizadores de la conciencia pública, sólo temen en ella á la religión, que la guía y á la ciencia que la ilustra; por eso acarician también el misticismo farisaico de nuestras costumbres y prácticas, cuando no

lo devoran como fieras y echan el anzuelo á los pocos hombres, que en este país piensan y elaboran ciencia, obligándoles á hipotecar al miserable cocido toda la acción de que son capaces, toda la misión que por deber humanitario deben cumplir con el ignorante. Por eso aman la religión por *sport*, y la ciencia con atrición.

Déspotas, imperativos, graves, de pasiones simples y egoístas, todo lo vinculan en esto: la ambición y el lucro personal. Sienten la cenestesia del poder. Gozan con la adulación miserable de multitudes humilladas por debilidad ó conveniencia. Padecen al escuchar el tono estridente de un pensamiento libre, que habla con sinceridad ó desinterés. A ese, si pueden, lo anquilosan.

La Prensa unas veces con su ayuda, algunas con el silencio y muy pocas con su oposición, es colaboradora en nuestra opinión política. Su labor es muy pequeña, en relación con lo que podía y debía hacer. Y es que el país clásico de la incultura, del analfabetismo y de la venalidad, no engendrará nunca ese instrumento tenaz, inestimable, para las luchas políticas y sociales de nuestros días. Con los fracasados de la Universidad y con los audaces de la vida, se forma generalmente nuestro periodismo. Con el perro chico del público y con algunos despojos del Presupuesto, vive vida laboriosa y miserable. Por esta razón carece de sustantividad, de fisonomía propia, de carácter. Es el eterno soldado mercenario de nuestro intelectualismo político. Cuando se entra en la redacción de alguno de nuestros grandes periódicos, aquello parece una oficina del Estado. Del presupuesto de

la publicación viven muchos que nada hacen, y muchos la hacen vivir á expensas de su existencia. Los que en la prensa y por la prensa crecen hoy, son los primeros laborantes contra su vida é independencia mañana.

La producción periodística española reviste todas las formas de un asalaramiento miserable. Y como el salario es norma segura, para determinar la calidad del producto y la potencia y competencia del productor, podemos inferir, que periodistas peor asalariados que un regular albañil ó carpintero, han de vivir fisiológicamente de milagro, económicamente del sable é intelectualmente del saqueo. ¡Cuántas voluntades varoniles, cuántas inteligencias de robusta complexión han sucumbido en la brecha! Y por ahogar para siempre la propia dignidad personal, por enterrar las más caras opiniones, por renunciar á las convicciones sincera y paulatinamente formadas, por convertirse de creyentes decididos en escépticos vividores, ¡qué recompensas tan efímeras! La ceguera en la lucha no deja ver las víctimas que caen á su lado. Cuanto más se encona, más se les exige. Ni tiempo hay para pensar en lo propio. El cerebro está hipotecado al estómago, y el estómago sometido á dieta cotidiana. ¡La vida intelectual, flor de toda vida, la han convertido en estiércol de miserable vegetación! El desaliento de los soldados viejos multiplica y hace más temible la concurrencia de los nuevos reclutas. El pensamiento de la juventud viene ya castrado á la letra de molde. Hibridadas las ideas, todo se reduce á un puro psitacismo. Nuestra prensa radical sostiene sólo viejos radicalismos. En ella pesa ya más la ley de herencia que

las ansias de renovación. El malestar que siente no da fuerza propulsora á su cerebro. Escribe por una causa, y esa causa es un patrimonio heredado ó un convencionalismo admitido. Yermos los campos de nuestra vida intelectual, devastados por sutilezas de ingenio y abrasados con la fiebre de nuestra fantasía, sólo esperan con fe en la labor profunda del obrero convencido y resignado: piden vocaciones y personalidades, trabajo constante y firmeza de voluntad. ¡Ay! Los nuevos radicalismos, que empiezan á brotar, son como manchas de verdor en el desierto; huella y esperanza de vida en las mansiones de la muerte. Vientos extraños nos los trajeron; nuestra tierra fecunda los cobija amorosamente; pero ¡qué lejos está aún el ideal!

Si nuestra Prensa descendiera á las interioridades de la vida rural, si estudiara cuidadosamente la vida de nuestras fábricas, si aplicase el ojo y el oído al gran mundo europeo, su luz y resonancia podrían galvanizar este pueblo secularmente adormecido. Las fosforescencias nada valen, para orientarle bien en esta noche de ignorancia. Hace falta una profunda *exhalación*. En estas condiciones, nuestra Prensa, más que un astro luminoso, es como insignificante satélite, privada de propia luz; menos un órgano que un instrumento. El cuarto poder se ha convertido en institución prostituida.

Así es que la opinión política se estanca en un convencionalismo intransigente con la opinión popular. La renovación se hace imposible. Las campañas periodísticas son miserables luchas de reyezuelo de tribu errática. Los clamores de la muchedumbre que sufre, llegan pocas veces á las columnas de la *Prensa*

libre; y si alguna vez se oyen, ¡cuán pocas veces se escuchan!

El pensamiento colectivo teóricamente es libre y autónomo; pero está generalmente limitado por la *conveniencia* del silencio. Esa es la eterna conspiración de nuestro periodismo: la retirada vergonzosa ante el luchador valiente y decidido. Le aislan, para que perezca desesperado. Tienen para él, preterición en la alabanza, encono en la calumnia, burlas para su buena fe, indiferencia para sus méritos, lunares para sus virtudes. Negativistas consumados en la crítica, son escépticos en la afirmación; y más que eso... oportunistas. *Trabajar menos y vivir mejor*: esa es la ley de estos obreros inintelectuales. ¿Dónde está su solidaridad? Pero ¿qué solidaridad puede haber en mentes débiles y voluntades flojas?

Fijémonos bien en las columnas del periódico que leemos todos los días... El artículo de fondo es un comentario de la sección de «Información política». Esta un comentario de los cabildeos de círculo. Las *interviews* con los *prohombres* abundan, más que las informaciones acerca de la condición, estado y aspiraciones de las clases medias é ínfimas. La opinión periodística resulta ser más bien una superfetación adventicia, que un producto social, con raíces hondas en el alma popular. No hay criterio alguno para clasificar los hechos con espíritu comprensivo y selectivo. Se aspira más á sugerir emociones con la noticia, que á preparar noticias para formar y dirigir su opinión. El periódico tiene la monótona variedad del plato del día. Más que un confidente seguro, es un *hiperestésico barato*. Se hace en un par de horas para leerse y

olvidarse en dos minutos. Su perdurable voz produce en nosotros el mismo efecto, que la estridente vibración de los élitros de un grillo. La resonancia, la armonía de coros múltiples, integrados para modular un solo tema, se ha convertido en molesto martilleo de vieja calderería, ó en salvaje murmullo de feria rural. Así vive y así obra nuestra Prensa, la clásica Prensa de *perro chico*.

Réstanos tan sólo, para terminar, el análisis de los colaboradores en la opinión política, el estudio de la vida de nuestros círculos, de nuestro Parlamento y de nuestras muchedumbres.

Este país, donde todas las paradojas viven, no podía excluir la que á primera vista se destaca estudiando la psicología de nuestros círculos. Son sociedades para hacer política, y la política que hacen no puede llamarse nunca social. Más que sociedades, debieran llamarse grupos, cuerpos, entidades gregarias, fuertemente unidas por la presión autoritaria del jefe de un partido, por la sugestión, por la conveniencia del mote, ó por el convencionalismo instintivo de la debilidad. Desde la capital de la nación, hasta el último villorrio con pretensiones, todas nuestras agrupaciones demográficas cuentan con esos aparatosos laboratorios del ocio, del vicio y de la maleficencia. Suelen ser pudrideros de honras y gusaneros de envidias; mansión agradable para paladear el farnientismo con la charla; invernadero de plantas parasitarias, cuya raquítica vegetación entre estufas y tapices, indica cómo en la vida social en el momento presente, las artificiosas selecciones del privilegio y del compadrazgo pueden más, que la selección natu-

ral del esfuerzo inteligente. En ellos la vida es un bostezo de musulmán hastiado. No se piensa, ni se trabaja, ni se discute, ni se inquiere. Divagaciones, ocurrencias, lecturas amenas, snobismo, flojera de intelecto, es lo que allí se encuentra. Entre sorbos de café, tragos de coñac y jugadas de tresillo, se pasa la tarde y se consume la noche. La conversación versa sobre lo que la Prensa dice, y la Prensa transcribe lo que allí se habla. Y este flujo y reflujo de comentarios y conversaciones, más parece el tonto cuchicheo de dos enamorados, que la fiscalización inteligente de entidades pensadoras. Unas veces el pensamiento camina en el vacío, divaga sin encontrar hechos; otras veces los hechos le abruma, y sin fuerza lógica para someterlos á una coordinación, interpretándolos primero y explicándolos después, da sobre ellos la opinión paladina y gratuita que fuera del círculo después, se cotiza como moneda sana. Una frase, una palabra, un gesto, ó un discurso del *Señor*, es tema de discusión, ó conversación para muchos días; hechos tan significativos como el malestar rural y la emigración progresiva de nuestro proletariado, pasan sin percibirse por su miopía intelectual. ¡El área de su visión distinta es tan estrecha! Irreal, como estas plantas de estufa, suele ser la opinión que forman; pero tiene la cualidad de ser fácilmente irritable, cuando en su dogmatismo se le hiere. Ni respeta hechos ni escucha protestas. Lo avasalla todo. Parece extraño que organismos cloróticos puedan secretar jugo tan funesto. Es la fuerza del instinto la que sustituye la de la creencia lógica. Así cierra los ojos á la opinión extraña y se hace intolerante, agresiva y avasalladora.

Para la opinión política, estos centros suelen ser los manantiales más copiosos. En ellos empieza á germinar. A ellos vuelve á morir.

Nuestras Cámaras transparentan el alma senil é indómita de la raza. La una con su *inacción* y la otra con su *filolexia*, consumen el tiempo lastimosamente, dejando marchar el país por la propia inercia en el movimiento adquirido y contentándose con elaborar opinión teórica del *extracto* mixtificado de ajenas opiniones. Se entra en nuestro Parlamento y en el hemicycle se revelan síntomas de hastío, de aburrimiento. La tensión de interés en la vida íntima de la Cámara no se sostiene nunca. Abunda más el cuchicheo en los pasillos, que la elocuencia seria y sobria en los escaños. El palacio de la Carrera de San Jerónimo es el *rendez-vous* de todos los desocupados con chistera, del perseguidor incansable de recomendaciones y del golfo vagabundo en las frías tardes de invierno. Sorprende á cualquiera ver en nuestras Cámaras, reducida la tribuna pública á mínima expresión, cuando no se considera, que nuestro parlamentarismo sólo necesita del público al mendigar sus votos. Ciertamente que éstos, vendidos á los encasillados ó al mejor postor, son menos dignos que el solicitante de ocupar un lugar en el Congreso.

Llevamos en España más de un siglo de parlamentarismo, y el sistema, después de haber envejecido prematuramente, no ha perdido los hábitos de la infancia. Irresoluto en la acción, su opinión es en cierto sentido anormal; viene del arroyo ó de la última hoja de papel impreso; no de la inspección atenta del observador de nuestra política nacional. Senadores y

diputados devoran en conversaciones y disputas la efímera política del día, y el tiempo los devora en su inacción y los hace sucumbir á la descuidada. No se han enterado de que á pesar del parlamentarismo, la democracia española, la verdadera democracia, ha progresado más en estos últimos veinticinco años, que en los primeros tercios de su vida legal en España. Estos también cierran los ojos, para hacerse la ilusión de que el mundo sigue á obscuras. El primer vicio que hay que vituperar en la opinión general de nuestro Parlamento, es la intolerancia con toda idea, que habiendo arraigado con vigor en las masas, solicita albergue en el Congreso. La despreocupación llega á veces hasta el cinismo, hasta á hacerse atentatoria contra la propia existencia.

El espíritu polemista y batallador de los viejos prohombres del Congreso, obstínase tenazmente en convertir las sesiones parlamentarias en una serie de *meetings* de resultado estéril para la deliberación. Y es tan funesta la influencia de esos gladiadores sempiternos y tan ridícula, que sin darse cuenta de que luchan en el vacío con fieras imaginarias, se embravecen con los murmullos de protesta, ó aprobación de las tribunas, y con las fogosas miradas de alguna dulcinea rebelde á las *labores del sexo* y aficionada al sport parlamentario, ó á los caramelos del Presidente. Nuestras Cámaras son, por lo tanto, como caja de resonancia sin notas de diapasón armónico. Suscítase una discusión de problemas verdaderamente nacionales, como el presupuesto de gastos ó de ingresos, el crédito territorial, la vida jurídica de las Universidades, las relaciones económicas entre el Banco y el

Tesoro, el régimen de la grande y de la pequeña propiedad... etc., etc., etc., y la inmensa colección de *alalos* de nuestras Asambleas, empieza á bostezar ó á interrumpir al orador con estentóreos gritos de *simio antropoide*.

Casi siempre se nota la eterna esclavitud del pensamiento á la palabra por falta de ideas en el que habla, ó por exceso de vanidad. El habla cástellana, propensa de suyo al enfatismo y al *patavinismo*, no *liviano*, necesita una fuerte poda y un aumento de savia para adaptarse al *pensar* y al *hablar* moderno: concisión, oportunidad, viveza, jugo. No abunda hoy en cerebros sanos y normales el Parlamento español. Los especialistas y los cultos se asfixian al entrar en aquel recinto, cuyos murmullos, de interminable algarada, acusan más la elegante taberna, que el humilde Palacio de las leyes. Hay allí superabundancia de productos miasmáticos.

Un país atrasado é ignorante como es éste, más padece con organismos deliberantes *amnésicos* cuando se trate de legiferar sobre lo ofrecido, y *abúlicos* cuando ha de ejecutarse lo exigido, que con muchedumbres indómitas y anárquicas. Cuando la anarquía es física y brutal, brutalmente se aplasta ó se subyuga; cuando de las inmunidades del Poder se enseñoorea, la irresponsabilidad le da audacia; la ignorancia, cinismo; la emulación del contrincante, ferocidad. ¡Cuántas leyes se han combatido por proponerlas Fulano! ¡Y cuántas veces se ha preterido la discusión de una ley, por ser hija de la mente anónima al encontrar en el Parlamento un diputado, que como *vox clamantis in deserto* la presentara!

Todo aquí necesita trompeteo y marchamo. En la mente de las grandes nulidades debe germinar el remedio á las grandes calamidades. ¡Oh poderosa sugestión del mote, cuánto vales! La debilidad cerebral de nuestro Parlamento es bien manifiesta. Hágase una estadística de su labor anual, comparada con la del Parlamento belga ó australiano; pero de su labor autóctona, propia, no de la rapsódica labor de *L'Annuaire de la Législation française et Etrangère*, que en dos gruesos volúmenes sale en París, para alivio de Parlamentos perezosos, y se verá quintaesenciado el consumo de substancia gris de nuestros padres de la patria. Para poner al tono nuestra opinión parlamentaria con la de los Parlamentos más cultos de la Europa política, necesitamos renovar nuestro parlamentarismo, extinguir la inmensa legión de analfabetos, inoculándoles la letra de molde, que es el gran cristal de alcance del intelecto; y un consorcio más íntimo, una mayor solidaridad entre el *cerebro* y el *músculo* de la nación. Su vida muscular necesita hacer sentir su voz en el hemicielo de la Cámara popular, para probar experimentalmente á todos los parásitos, la efectividad del esfuerzo y lo estimable de una vida por él sostenido. (Y también lo contrario de esto.) El cerebro de la nación debe hacer voluntad para exigir votos, no resignarse á malvender fórmulas secretas de regeneración, para trompetear después la fama de un ministro tonto.

Renovemos la vida parlamentaria, educando para ella á los únicos que son dignos hoy de asistir al Parlamento. Todos los que en la cotidiana labor hacen patria trabajando, redimiéndose á sí mismos por el

propio individual esfuerzo y aspirando á la redención colectiva, por el esfuerzo colectivo y solidario, poseen el título más estimable de honrada ciudadanía, sin mascullar nombres viejos, ni rendir culto á fetiches desacreditados.

¡Si el pueblo supiese pensar! Entonces, como el Dios del Nuevo Testamento, entraría en el templo sagrado de las leyes, arrojando de él á latigazos á algunos mercaderes viles, que forjan con su codicia feroz, eslabones para tenerle en servidumbre perpetua.

No hay que protestar contra el sistema parlamentario, sino contra su nefanda prostitución. En regímenes de verdadera democracia, son execrables los actos de última voluntad con el poder delegado. Son ilegítimas todas las herencias. Cerradas las puertas de las Cámaras al pensamiento libre de las multitudes, éstas quedarán convertidas en panteón de nombres ilustres y en hogar adulterado de vástagos débiles, prohijados por el *compadrazgo* y por la *yerno-cracia*.

Tiene la muchedumbre española una fisonomía especial. Revélase su conciencia en lentas intermitencias de vigilia efímera. Sumergida en el profundo sueño de la ignorancia, su despertar es brusco. Ciertos movimientos espasmódicos le anuncian. Dotada de imaginación febril y exaltada, es propensa á la sugestibilidad mental rudimentaria. Los ejemplos y las metáforas hablan más á su tosco intelecto, que las más claras y fáciles inferencias. Su vida emocional es poderosísima. Dotada de gran impetuosidad, es propensa á los estados extremos y más elementales. La

gradación sucesiva de emociones y la emoción sintética ó compuesta, le son desconocidas. Busca los contrastes vivos de luz y sombra, las oposiciones y contraposiciones bruscas y brutales. Las alternativas en ella, llegan á hacerse automáticas.

Es irresoluta. No delibera jamás. El primer arranque la arrastra fatalmente á la acción, que llega á convertirse en un impulsivismo primero habitual, é instintivo después.

El carácter distintivo de nuestra muchedumbre es la falta de representación mnemónica, de conciencia continua, de vida personal. Es la fuente de todos los viceversas y de todas las paradojas. Es además poco tenaz en sus propósitos. En ella pueden más las tendencias habituales, que las representaciones nuevas, por vivas y profundas que aparezcan. De ahí la rutina, la santa rutina de nuestras multitudes, ese dejarse ir á la descuidada por los viejos carriles de un ayer muerto, cantando al mismo tiempo himnos de alabanza y bendición por un lejano futuro que se desea, pero que no se persigue jamás.

De ahí el espíritu de secta de la muchedumbre de nuestros partidos políticos y de la muchedumbre neutra. El sectarismo se hace ritual. El dogma se evapora. Queda la fuerte costra de hábitos, convencionalismos y ceremonias, donde la voluntad vive enquistada sin conexión alguna con el intelecto.

Todos los movimientos políticos de nuestro régimen democrático se han hecho por apostolados egoístas ó sinceros. El apóstol quiso llevar siempre las turbas por el camino de la vida, pero nunca se propuso educar su mano ó su cerebro para que lo traza-

ran por sí mismo. La predicación iba dirigida al corazón y á la inteligencia, sin preocuparse nunca de encauzar rectamente la voluntad. Hábiles arquitectos en el arte de encadenar ideas, ó por mejor decir, cuocos tautólogos, se avergonzaron siempre de labrar la primera piedra de nuestro edificio social. Interpretaron hábilmente las sinfonías de la democracia revolucionaria, y al querer implantar el régimen predicado, sucumbieron. Después, nuestros partidos políticos fueron como cadáveres galvanizados por las clemencias del prestigio y las conveniencias del vivir. ¡Qué decepción!

Por eso la muchedumbre española, más enfatuada que nunca, ni ve, ni oye, ni entiende; y lo que es peor, no quiere ver, ni oír, ni entender. Desconfía de todos: aun de los que con más sinceridad tratan de persuadirle. Su opinión es negativista: positivamente agnóstica. Sólo una fuerte y poderosa acción de nuestra pobre cultura puede hablar alto. Hay que pedir tenazmente el diario pan de la inteligencia, para los que jamás lo saborearon. Hay que humanizar más la ciencia española dándole un fin primeramente inmanente, del hombre para el hombre, trascendente después, del científico para el ignorante. Hay que solidarizar en la propaganda y en la lucha por la cultura, la acción. Al viejo esqueleto de nuestro organismo mental y moral deben aplicársele procedimientos ortopédicos fuertes, decisivos. Basta ya de ceratos y mejunjes caseros. Las *misiones* científicas se imponen. Una comunión más estrecha de afectos y pensamientos entre nuestro elemento rural y nuestro elemento urbano; una socialización más amplia de nuestros

factores positivos de vida nacional, reproductiva y regeneradora; una eyección difluente de la Universidad hacia la escuela, el campo, el taller y la fábrica; un amor tan grande á la predicación científica, como al progreso de la ciencia misma. Cerebro grande, corazón generoso, voluntad infatigable. He ahí lo que debe ser y procurar el hombre de ciencia español, el universitario modelo. Porque la misión social de la Universidad debe ser integral, debe vivir, pensar y hacer ciencia de todas las células de nuestro organismo social; y debe secretar vida científica para facilitar la vida de la nación.

La inmensa legión de neutros, está constituida por analfabetos y cultos tontos. Operando una buena selección, podrán disminuirse en la colmena los zánganos y multiplicar las abejas. Para reproductor basta uno.

Los generadores de la opinión política española son múltiples y faltos de unidad. Verdaderamente no hay una conciencia política común, unánime, sino vastos centros de representación y de acción antagónicos. La idea y la acción conviven, sí, pero mutuamente ajenas. La idea no es para la acción, porque la acción no arraiga en ella. El pensamiento meridional, bañado eternamente en sol, con ilusorias perspectivas, no da vida al esfuerzo perezoso y soñoliento de una voluntad inquieta y juguetona, sin cauce hondo en la realidad que vive, sin trayectoria definida en la misión que ha de cumplir. El pensamiento elabora ideas, pero no ideales, que son los únicos propulsores de la verdadera acción. En él luchan bárbaramente la tradición muerta, en espejismo, con la

visión confusa de una realidad más nueva. Testigo de estas epopeyas íntimas de la conciencia, es tímido para decidirse y decidir en sí el triunfo duradero. No puede elaborar una opinión personal porque carece de personalidad, ó porque se la aplastaron. No puede purificar la tradición política y hacerla progresiva, porque le alucinaron con falsos sonidos de reivindicación; no puede nutrirse con lo nuevo, con lo verdaderamente nuevo, porque carece de juventud. Las almas enfermas y envejecidas son impotentes para la generación mental. Podrán llegar al automatismo genético; pero no serán jamás fecundadoras.

No hay pensamiento redundante, cuando la acción no le revela, porque el pensamiento, sin ser acción, es sólo para la acción. Voluntad que no arraiga en él, desfallece; pensamiento que no vive para ella es cadáver galvanizado.

Pero como obrar es necesario para vivir, la voluntad, á pesar suyo, debe ser generadora de acción. Puesto que el pensamiento es impotente para orientarla, debe acudir al instinto colectivo y á la rutina, que es el hábito de las multitudes inconscientes.

Las ideas de la universal cultura, son para nuestra mente clarores de un espejo de la vida ajena y no vivientes células de la propia personalidad. Es nuestro cerebro gran Pinacoteca de cuadros heterogéneos, sin que en él se destaque el retrato de su individualidad característica.

La voluntad se mueve á tientas. Debajo del pensamiento político fraccionario, sugestivo, incoherente, hay una acción constante, pertinaz, profundamente humana. Vivimos y obramos en virtud de la secular

inercia y de las excitaciones del medio. Tenemos personalidad española, porque nos vamos desespañolizando. Vamos descubriendo la personalidad infraepidérmica, la de adentro, y para remozarla la intervestimos con su costra. Vamos enterrando la historia conocida, no para que muera, sino para que se nutra en el alma silenciosa del pueblo que la trama. No renunciamos á héroes y episodios; queremos buscar al protagonista oculto del drama inédito: el pueblo. Sólo él es el que verdaderamente obra. Queremos que sea autor de un drama serio y no espectador ó coro de un bufo comediaje.

Lo de afuera y lo de adentro, lo castizo y lo universal, son el lado cóncavo y convexo de una misma personalidad: lo cóncavo, se llama español, y lo convexo, humano. La humanidad y la patria, que es la personalidad localizada en un pedazo de tierra y en una cadena de vicisitudes, que es el hombre mismo, con un vivir heredado y con la misión de perpetuarlo bajo una forma social específica, son los grandes, los únicos móviles de la acción política subconsciente: la fuerza y la cultura sus generadores; la tierra libre su campo; la justicia y la verdad su ideal.

Entre lo español y lo humano se encuentra lo político, dermató-esqueleto que da fisonomía, pero que no la tiene. Su vida es siempre efímera. En el organismo popular joven y sano, se renueva incesantemente; es futilísimo; transparenta la carne y la vida. Sólo en la decrepitud toma forma específica. Grueso y apergaminado, es como la triste corteza de dolores y miserias de una materia aprisionada en la agonía, que clama en vano por la muerte, para vivir mejor en nueva resurrección.

Esta máscara de nacionalidad, sólo es flexible para la simulación. Sumamente delicada, rehuye vientos novadores, amagos de tempestad renovadora. Si adentro se siente y se desea la vida del ambiente, se ahoga la tendencia. Si para vivir se quiere obrar, hay que impedir la acción, que engendra vida.

¡Regeneración, regeneración! ¿De qué? De la epidermis, del dérmato-esqueleto envejecido. Almas juveniles forjadas en las entrañas del pueblo, almas que lleváis dentro un ideal, una aurora: no hipotequéis la libertad, que es la vida de la acción, al descanso parasitario y fácil, sobre el dérmato-esqueleto, que abajo, en lo más hondo, se escucha el estertor de la muerte generadora. Allí, allí, como valientes *fagocitos*, debéis empeñar la lucha, adiestrando la personalidad en la pelea, obrando y viviendo con lo que obra y vive. La corteza del organismo empieza á palidecer. No desmayéis. Robadle sangre para que más pronto muera, para que mejor empiece á vivir. En estas pocas páginas veréis la anatomía de un elemento orgánico moribundo. Tened fe y valor para poder herirle de muerte.

Los factores que colaboran en la acción política española son dos: la fuerza y la cultura. Representa la primera el elemento principal, mientras que la segunda sirve tan sólo de estimulante. Manifiéstase aquél bajo la forma de resistencia, de conservatismo misoneísta; revélase éste en concepciones de radicalismos cerrados, algunas veces irreflexivos. Entre estas dos fuerzas concurrentes, se marca la trayectoria de la acción política, en la cual los políticos profesionales no hacen más que caminar á ciegas, im-

pulsados por la propia inercia de dos elementos tan poderosos. Del choque violento de las innovaciones que de fuera vienen con los hábitos seculares, que dentro de casa existen, brota la acción sinérgica, lenta y dolorosamente, para producir efímeros resultados. Preocupábase el viejo Tolstoi, en la mayor crisis por que atravesó su alma, de la inquisición del sentido de la vida. Nuestras despreocupaciones de ese problema fundamental de la existencia nos obligan á elaborar una vida sin sentido. El pensador ruso, en la plétora de su personalidad, la desdobla para mejor estudiarla. Nosotros, en su crisis moral, la encerramos en santa ignorancia, con resignación estúpida. En él, la crisis de la personalidad es proceso evolutivo hacia una personalidad mejor. En nosotros, es evolución regresiva hacia la nada.

La fuerza y la cultura moldean al hombre contemporáneo de un modo característico. La fuerza le da independencia; la cultura, personalidad. Le hacen apto para bastarse á sí mismo, para vivir y obrar por sí. Le dan el sentido de la conjunción humana, el educado y consciente instinto de solidaridad. Afirman constantemente su vivir dinámico, en incesantes procesos de adaptación, siempre recomenzada y siempre mejor lograda. La obligan á luchar para vivir y convivir. Dan á la vida y sus más hermosas floraciones, ciencia, religión y arte, el sentido real de la immanencia. Y de la vieja concepción del hombre deprimido y abyecto, brota el nuevo humanismo, la idea del hombre regenerado por el trabajo y por el amor.

Este es el hombre tipo, que nace de la asociación

de las dos fuerzas predominantes en el alma contemporánea. Y este hombre, que ni es europeo, ni universal, ni abstracto, no se logra más que por la educación, basada en la asociación de esas dos fuerzas. A los europeizantes españoles me dirijo. Cuando de europeización me hablan, me río. Esa palabra carece fundamentalmente de sentido. ¿Por qué? Porque concretamente considerada, Europa carece de fisonomía continental homogénea. Hay una Europa oculta subconsciente, que es el núcleo vivo de la personalidad típica de cada pueblo. Y una Europa superficial ostensible en los viajes, las exposiciones y la letra de molde. Es como la diminuta capa de sustancia gris, que encontramos en el encéfalo. Lo que hay de común en Europa no es europeo, ni universal, sino humano, ó, por mejor decir, *preterhumano*, por cuanto no en todos los hombres actuales se realiza. La ciencia, que no es europea, ni mucho menos, nos da la cultura. Pero la fuerza, donde está la de encarnar, la fuerza mental, moral y material, la sustancia plastificable, la tenemos aquí, debajo del alma bullanguera, en la tradición viviente y redundante de nuestro grupo social. Esa es la planta que hay que cultivar. La que en las capas hondas del suelo está dormida por falta de riego y de calor.

El organismo político, como membrana osmótica casi impermeable, paraliza la función intercurrente de la actual cultura humana y de las fuerzas vivas del alma nacional. Es esencialmente misoneísta; misoneísta por convicción y por conveniencia. Las fuerzas económicas de nuestro pueblo, las que constituyen el primer generador de toda acción, están hipotecadas

al pasado. Las cuatro quintas partes del presupuesto del Estado, son para pagar obligaciones contraídas. Sólo queda un 20 por 100 para funciones de renovación. Las fuerzas mentales de 15 millones de españoles están constreñidas en el pobre campo de la ideación verbal, ignorando el cauce común, de unánimes deseos, y marchando á paso lento por lenguas fragmentarias, por localismos pobres, donde no se ha establecido aún la selección lingüística, porque no ha habido lucha, y donde aun se espera una futura integración, después de violentos y seculares combates de palabras y de ideas.

La mente de nuestras multitudes rurales, tal como está hoy constituida, es un obstáculo, el mayor obstáculo á toda renovación profunda. Su estructura es rutinaria. Su caudal de conceptos pobre. La ideación se hace en virtud de los hábitos, que la herencia impuso y que el medio conformó. El área de los centros de asociación no puede desplazarse. Son siempre los mismos. La ley del menor esfuerzo adultera las nuevas representaciones al fundirlas en viejos moldes. No hay plasmabilidad, no hay viveza. El cerebro español rural adulto está colocado en inferiores condiciones de educación moderna que el de un japonés, porque es el de un ser no incivilizado, sino mal civilizado. El injerto de la cultura en su alma, no ha de dar nunca resultados tan positivos, como en la virginidad mental de un niño salvaje. El entronque de dos culturas distintas, da por resultado una pseudo-cultura híbrida, capaz de asimilar bien el ambiente mental, pero impotente para renovarlo. La oposición es mayor en las semejanzas aparentes, porque la ilusión de éstas, hace

imposible la integración en aquélla. La escuela moderna, la habitación moderna y la alimentación moderna, han de forjar almas juveniles, con maestros jóvenes, lentamente. Y nada se podrá esperar, de lo que ya ha cristalizado en un estado sin vida, irrenovable.

Las fuerzas morales de nuestro pueblo son las que más acusan un estado de barbarie. Nuestra evolución sin cultura se hace *à rebours*. Es decir, que á medida que la civilización aparente crece, y llamo civilización aparente aquella que no arranca de un foco común de cultura, crecen también los instintos populares de salvajismo. El arma de fuego barata, la navaja y el vino, llevan en España más gente al otro mundo, que en Argelia. Los ferrocarriles, elemento de civilización, de prosperidad y de progreso, sirven para congregar en un punto doce ó quince mil personas para ver correr bárbaramente sangre. El telégrafo sirve para transmitir la noticia del crimen pasional. La fotografía y la fototipia para divulgar obscenidades. La prosperidad económica para agrandar la codicia. Los caballeros improvisados por el dinero son generalmente más ineducables, que el golfo vagabundo. Tienen la careta de la civilización. Su personalidad está en ella. Más adentro vive la fiera enjaulada en hipocresía y en *maneras sociales*. El tonto se puede regenerar; pero el tonto y enfatuado, nunca.

De este triple fondo sinérgico, arranca la fuerza más importante de la acción política. Y como el político en España suele ser producto de ellas, la acción sugestible de la cultura en el alma española, es insignificante. Es aquél como el dinamómetro que acusa la presión de la fuerza resultante, no como el regulador,

que coordina la impulsión con la resistencia. Por eso, para obrar es siempre oportunista. Unas veces, según convenga á su interés, sacrificará la cultura á la rutina, y éstas son las más. Otras veces, ahoga tradiciones que viven, para hacer superfetar culturas que no pueden vivir. En realidad es un elemento de destrucción y disolvencia — *dividere et imperare*. Él odia la integración de estas dos fuerzas nacionales, porque sabe que entonces su misión habrá desaparecido. Es como el parásito que se alimenta de dos savias. La tradición hegemónica, eliminando toda cultura, justifica el imperio de la cultura, y se hace la revolución por la cultura. La cultura preponderante ahoga la tradición, que injustificadamente sobrevive y se hace la revolución por atávicos instintos. De suerte, que tal como hoy se plantea el problema de la acción política en España, no sólo no es posible, sino que además el político la hace imposible, estorbando la atracción mutua de los dos elementos que en su mano posee. Él no siente la necesidad de saber, y por consiguiente la de enseñar al que no sabe; tampoco cree que el saber tiene necesidad de vivir, y por eso paga mejor la *ópera* exótica del Teatro Real que la *obra* nacional y educadora de la Universidad española. Su función es la de nutrirse de fuerza, debilitar la base económica de la cultura y destruir, si algo queda, en supervivientes juegos bárbaros: paradas militares, baterías de tiro rápido, acorazados, escuelas militares, deuda amortizable, prensa mercenaria, clases pasivas de personal adicto, casa real opulenta en nación empobrecida, culto religioso espléndido, funcionarismo inútil... *et sic de cæteris*.

III

LOS ORGANISMOS POLÍTICOS

A) PSICOLOGÍA SOCIAL DEL MUNICIPIO ESPAÑOL

Mirando hacia la realidad, no á través de la letra de molde, sino directamente, sin lentes cromáticas, se percibe aún el poderoso influjo del régimen absolutista, que troqueló brutalmente el alma española, haciéndola á su servidumbre y esforzándose por impedir su emancipación. ¡Un siglo de reivindicaciones democráticas! ¿Para qué? Para sembrar la idea, sin preparar el intelecto; para arrastrar la voluntad, sin hacerla primero libre; para servilizar la masa al apóstol, antes sierva del señor feudal. El viejo régimen y el de los tiempos nuevos no se han soldado aún. La democracia cayó en nuestra alma, no como mansa, como benéfica lluvia de convivencia y tolerancia, como agua lustral, que dispone al hombre para la vida nueva. Fué torrencial descarga sobre cuarzoso suelo. Las ideas que en las comunidades jóvenes sirvieron para

soldar el corazón con el alma, emergieron de la mente para servir de cebo á la ambición. Y siempre el hombre con nuevas armas ofensivas para tiranizar al hombre, ó para pervivir en sus privilegios. Fué para España el siglo XIX, como los últimos lustros del anterior, período constituyente de la democracia, era de la ebullición mental tumultuosa, del hervor pasional apresurado. Y todo aquello pasó; pasó, como la nube de verano, que deja al sol las raíces del árbol que ha de regar, cuando no troncha su tallo, y arrastra en su avenida el pedazo de tierra vegetal que le alimentaba. La revolución pasada tenía que ser destructora. Los sabios, los intelectuales la prepararon. El pueblo no la sintió. Dormía, y duerme aún. Y así también son todas las revoluciones, que del alma latina brotan. Francia vive esclava de la oligarquía del capital y de una mesocracia oligárquica. Italia viste un cuerpo senil y enlagado, con vistoso traje de domingo. España, Portugal é Hispano-América, son el mismo libro impreso en distinta casa editorial. ¿Por qué? Porque los precursores de la revolución no viven lo que aprenden ó meditan, y por consiguiente mal pueden injertar sus meditaciones en almas que sin ellas han vivido. Hicieron una democracia urbana en gabinete lujosamente amueblado; una democracia de estufa, tierna como planta de invernadero, que, al trasladarse á los campos, el más ligero céfiro la huela; una democracia de retoricismo y grafotecnia para pasar la mañana emborronando papel en la oficina, la tarde en el Parlamento ó en el café, y la noche en el teatro ó en el círculo; una democracia de castas rebañegas, que siguen al pastor, no por los caminos que

les traza, sino por los pastos que les ofrece; una democracia, que lucha un día para descansar un año, perseverante sólo en las conquistas utilitarias y despreocupada de las herejías, que cometen los creyentes cuando se proponen glosar el símbolo de la fe. Hecha por el pueblo y para el pueblo solo, todo menos él crece en su régimen. Todo sobre él gravita. Es un niño sometido á eterna tutoría, declarado incapaz ó loco, por curanderos asalariados por el tutor sin entrañas, que explota el patrimonio y embrutece el vástago.

En un pueblo tan vehemente como España, el corazón es lo primero que hay que educar... el corazón del pueblo, individualista empedernido, y núcleo germinal, por consiguiente, de toda democracia sin carefa; y el corazón del Estado, el Municipio, su núcleo celular también, sobre el cual vino el aluvión constitucional, sepultando toda libertad secularmente constituída, bajo los escombros del privilegio señorial. Tierra de acarreo más ligera sirvió de cemento al conjunto abigarrado de antiguallas, en cuya rugosa superficie, si jamás pudo basarse la escuela, brotó en cambio exuberante la maleza caciquil, algo del privilegio antes derribado, pero no muerto, que encontró ambiente y roturó la corteza.

La revolución pasada fué ineficaz, porque no brotó del alma colectiva, de las ansias populares, jamás interpretadas por la pandilla de seminaristas exclaustrados y de universitarios codiciosos. Salió de la ciudad y se atrofió en los campos; todo, por no reducir á común denominador la vida del campo y la ciudad. Fué una revolución desde arriba, una conmoción en

la superficie serena de las aguas, que nunca pudo llegar á capas inferiores ni remover la ciénaga, siempre acrecentada en su lecho, para arrastrarla al mar después de purificarla.

Tenemos que hacer otra revolución más honda, sembrando la verdadera semilla, para que silenciosamente medre, sobre los hábitos torcidos de nuestro pueblo. Ni ha de ser desde arriba sólo, ni desde abajo sólo: adentro y en todos. La pasada revolución no acabó con el antiguo régimen. Hirió de muerte lo que en él de vivo aparecía, sin sepultar sus formas cadavéricas. Así salió falseada en su cuna la democracia que engendró. Hemos de resucitar lo que, siendo digno de vivir, ha sido asesinado, y hemos de echar tierra á la tradición momificada; engendrar una personalidad colectiva con el sello de herencia, sí, pero con sangre de juventud. La revolución hecha por oligarcas sin patrimonio, contra oligarcas sin poder ni autoridad, asalariando al pueblo, para derrocar formas de gobierno habituales y sustituirlas por otras eventuales, dejó quedar todo como ayer; nuestra conciencia religiosa sigue siendo supersticiosa, intolerante, fanática, misoneísta y sin tendencias humanas y sociales en sus actos; la conciencia social, formada por instintos de defensa abajo y de codicia arriba; la jurídica, más pegada á la letra que al espíritu, está codificada por la casta de curiales; y la política duerme en la mayoría, que es neutral y empieza á disolverse en nuestra mesocracia oligárquica.

Con una Constitución escrita para la vida del Estado, estamos aún en período constituyente para la vida social de la Nación; porque si en ella vemos

nuestra alma como en espejo bien azogado, en aquél percibimos la caricatura francesa del estadismo napoleónico.

En el régimen municipal es donde principalmente se nota la falta de adaptación de lo nuevo á lo viejo, la superfetación de lo nuevo sobre lo viejo, y la atrofia de éste, bajo la pesadumbre de aquél. España, como toda Europa, llegó á tener una vida municipal robusta, autónoma y variada. En un fondo común de unidad, moldeada por la tradición jurídica de Roma y la savia renovadora que aportaron las razas invasoras, vivían nuestros Municipios de la Edad Media bajo un régimen genuino de democracia social. La reconquista les daba tierras y les otorgaba privilegios; pero ellos fueron el alma oculta de aquélla. Mientras en la ciudad las milicias municipales ayudaban al rey, en los campos la democracia rural fomentaba la agricultura. Y tanto contribuyó á la obra común el que vertió su sangre en los combates luchando, como el que la consumió abriendo surcos, para que la tierra diese pan. Fué una obra de colaboración. Hasta hoy las historias no hablan del principal colaborador. El núcleo de los antiguos *Concejos*, principalmente constituido por el Estado llano, fué el verdadero pilar de la sociedad española de la Edad Media. En él se lee la psicología de su peculiar personalidad. Clero y nobleza, como en todas partes, pero con otros motes.

Los Concejos, como células perfectas de nuestra democracia en la Edad Media, después de multiplicarse y crecer en ámbitos autónomos se organizaron, integrándose libremente en ligas ó hermandades. Las reclamaciones contra los abusos de arriba no se per-

dían, como las de nuestras ligas contemporáneas á lo Costa ó Paraíso, en el vacío. Eran casi siempre eficaces; exigían justicia, no reclamaban protección. Entre el Municipio y el rey había una gran corriente de relaciones, y su poder absoluto estaba de hecho compartido con el Estado llano. El poder de los Concejos fué tan vigoroso en los siglos XII, XIV y XV, que el federalismo municipal castellano, formado por órganos autónomos, era como la enorme fábrica de un arco de granito, que tenía por clave la monarquía.

La vida social del Concejo comienza á declinar, á medida que la unidad abstracta, escolástica y romana del Estado se afirma. En él se absorbe toda la personalidad del Municipio, y él es una causa de la decadencia real de la Nación. El concepto metafísico de la vida del Estado ahoga la conciencia concreta del Municipio. El Estado no surge de la asociación de Municipios; se les impone, se los traga. Hecho por el rey, los militares y el clero, exclusivamente de clase, desprecia nuestra incipiente burguesía. Para él, la agricultura no es una fuente de riqueza que hay que fomentar, sino una mina de oro explotable más ó menos, según las necesidades de la religión ó de la guerra. Para él, la industria y el comercio son recursos, jamás factores. Aventurero siempre en sus empresas, jamás se fija en el aspecto económico, útil y humano de las mismas. Por eso, á medida que nuestra historia en los siglos XVI y XVII agiganta las figuras del drama nacional, va simplificando la intriga y suprimiendo el coro, es decir, el pueblo, de la escena, y, para sostener el interés, se hace guerrera. El histrionismo político, la pandilla de comediantes, surge.

Su pragmatismo es unilateral. Los hechos son las batallas y las palabras de los reyes. El organismo nacional aparece entonces como un enorme monstruo hidrocéfalo, apetitoso solamente de tierra, y solamente celoso por la fe, que defiende y que no tiene. Las piernas están atadas, los brazos inermes. El estómago evacua todo lo que ingiere.

Las causas que contribuyeron á la decadencia del poder municipal, además de la indicada, son estas: 1.^a, la pérdida del carácter democrático con que se inició la autonomía del Municipio; 2.^a, la intervención de la nobleza en los cargos del Concejo y su tendencia á acapararlos para sí ó para sus herederos. He aquí el bacillus caciquil; 3.^a, las disensiones locales, principalmente, con motivo de la provisión de cargos, fuego de discordia atizado por la monarquía y la nobleza para justificar su intervención. El arbitraje convertíase generalmente en imposición autoritaria. «Política maquiavélica: divide y triunfarás»; 4.^a, la abstención ó inhibición de los ciudadanos de la gestión concejil, forzosa primero y habitual después. Así nació el neutralismo, cofactor actual del régimen caciquil. ¿Es hijo el caciquismo del neutralismo, ó el neutralismo del caciquismo? ¿Hay caciques en el Municipio porque los vecinos no se cuidan de los asuntos municipales, ó los vecinos son indiferentes porque hay caciques? Tema curioso que aplazamos para otra ocasión; 5.^a, el establecimiento de la burocracia municipal, el aumento innecesario de cargos iniciado en tiempos de Enrique II, y la codicia de los reyes, que veían en la provisión de los cargos concejiles una fuente de ingresos, dándolos al mejor postor: algo

parecido á lo que ocurre hoy con los arrendamientos de Consumos; 6.^a, la concentración de oficios en uno solo, á quien era imposible cumplir fielmente los deberes que se imponía; pero esa concentración era lógica, desde el momento que el dinero del más rico podía acapararlos todos. Los cargos se convirtieron en asunto de granjería, cuando no se vendían. Desprestigiado el régimen municipal de la Edad Media, la casa de Austria, antes que Napoleón, centralizó todas sus funciones, sin cuidarse de poner coto á los abusos y rehabilitar la institución decadente.

En vano claman hoy ciudades secularmente libres, como la de Barcelona, por la restauración de sus libertades. Aquel Consejo de los Ciento, hijo del Estado llano y hecho para él, que era un poder autónomo para regir la vida de la ciudad y que servía de garantía para sus fueros, desapareció en la sombra de los siglos, para resucitar hoy con reivindicaciones más tenaces. A mi ver, el problema regionalista es una forma del problema municipal, planteado por una ciudad dotada de vida local amplia y con más preponderancia en la región donde está enclavada, que la capital de la Nación. Una minoría de investigadores, con el ojo ciego por el amor á la patria chica, removieron los escombros de la historia, donde la tradición vivía sepultada. Aquel empuje de individualidad encarnó en los modernos prestigios industriales de nuestro primer centro fabril. Si el caudal de tradición viviente no regase frondosos campos de prosperidad económica, las protestas serían rumores, y los choques contra el cauce acantilado, burbujas de espuma. Pero es un nuevo Estado llano el que reclama el vivir propiamente suyo;

una improvisada burguesía, ebria de poder y realmente soberana, que no pide privilegios nuevos, sino la devolución de los usurpados: su traje casero para trabajar con holgura. Y como Barcelona, todas las nuevas ciudades industriales, que aspiran á vivir por sí. Sólo la burocracia y el centralismo imperan en los campos y en las ciudades muertas. La democracia teórica del siglo pasado, en vez de luchar por imponerse, pactó con ellos. Fruto de este convencionalismo han sido los tres males que hoy padece nuestro régimen político: arriba, la oligarquía mesocrática; y abajo, el caciquismo y la indiferencia de los ciudadanos por la cosa política. Así, la habilidad de dos poderes débiles, construyó esta máquina de farsa. El de abajo ofreció su cooperación al partido audaz, que merodeaba en las alturas buscando el poder con coquetería y adulaciones, ó con imposiciones brutales. Los Municipios se comprometieron á dar actas de diputados si el Gobierno, por sí ó por el gobernador de la provincia, les garantizaba el usufructo del poder. Y de la misma manera que arriba esto se hizo hereditario, abajo degeneró en patrimonio familiar. El parlamentarismo hizo una ley municipal para los caciques. El caciquismo fabricó mayorías de diputados para el partido en favor. ¡Y todos los buenos ciudadanos, viendo la farsa y la mentira, se cruzan de brazos y bostezan!

El mal fundamental de nuestro Municipio está en que, siendo hijo de la democracia, es aristocrático y oligárquico. Teniendo derecho de elegir todos los vecinos que en él están inscriptos, no lo tienen á ser elegibles. Los cargos municipales son para la clase económicamente preponderante. Falta en ellos, ade-

más, la debida autonomía, pues se concede al rey, es decir, al Gobierno en funciones, facultad para nombrar alcaldes en villas, ciudades y pueblos superiores á 3,000 habitantes. Y como el alcalde hace la Corporación, y no viceversa, siempre resulta falseado el régimen municipal con tal intervención. La reelegibilidad de los cargos en los Municipios rurales es otra de las causas, que contribuyeron á perpetuar el poder en uno solo, en el cacique local. En España estos Municipios son los más, y de aquí que las mayorías parlamentarias sean forjadas en los campos, que son los que necesitan libertad, y que su representación, la del elemento rural de España, que en población se acerca á un 80 por 100 de la total, jamás sea fiel é interesada, jamás procure nuestro fomento agrario, porque de los campos no surge, sino de las conveniencias personales del cacique. A esto hay que añadir que la autonomía de los Municipios, socavada por el caciquismo, está mermada por nuestro régimen de administración central y provincial. Sólo queda autonomía abajo, relativa libertad para imponer arbitrios, que casi siempre gravitan sobre la legión de los rebeldes, sobre las almas libres ó ambiciosas que jamás se adaptan al *statu quo* de mentira.

Tal vez cuando estas cuartillas se viertan á la letra de molde, y la prensa gima para estamparlas en el papel, se escuche al mismo tiempo el trabajoso movimiento de la máquina electoral, automáticamente movida á brazo por los elegibles mismos. Y mientras en las ciudades la muchedumbre indiferente aplaude ó critica, en los campos el nuevo señor lo hace todo, porque el agricultor, afaenado en las labores de la

siembra, tiene más fe en la tierra que en las urnas, ignorando que de las urnas saldrá quien coseche aplausos primero de la legión de aduladores, y después los frutos, que el campesino sembró. ¡Sin echar más que promesas al viento, cosechas por duplicado! Cuanto más se aleja el hombre laborioso de esa máquina de farsa, en cuyas ruedas de engrane, movidas con velocidad vertiginosa, teme destrozar su personalidad, tanto más se aproxima el político profesional á ella, poseyendo á perfección el secreto de su mecanismo. Así, la vida municipal no es, como debiera ser, una *forja* de ciudadanos, una preparación para la del Estado y una base del mismo. Es su remedo, su caricatura. Dentro de la enorme fábrica de leyes, decretos, reales órdenes, reglamentos, etc., etc., fábrica sin finalidad utilitaria, práctica, sólo cabe un técnico: el que sepa producir en los demás la ilusión de que la mueve mejor y con más facilidad, estando en realidad parada...; el que sepa engullirse más pronto el agua y el carbón que ha de producir fuerza mecánica, soplando á pulmón pleno en la rueda volandera, hasta reventar de empacho ó de cansancio. Dentro de nuestra vida pública no hay esa cohesión, esa compacidad, que hace fuertes las masas para resistir los choques de la adversidad, ó gravitar tenazmente sobre el ideal que persiguen. La individualidad española es grano de arena, partícula sólida sedimentada en lecho de indiferencia, sobre la cual pasa rozando el agua mansa del progreso, ó la corriente impetuosa de la revolución, sin arrastrarla ni fundirla en bloque. Somos, para la vida pública, inmensó arenal de individualidades, ó páramo enorme de cantos

rodados. La peña viva se ha deshecho. Tenemos que apelar á procedimientos ígneos para fundirlas todas. ¡El calor del alma impetuosa, convenientemente recogido por lentes biconvexas en un foco común de amor y patriotismo, ha de encendernos á todos, y todos por su viva llama iluminados, abriremos los ojos á la luz para que nos deje ver en el propio cuerpo las llagas y cicatrices del pasado y del presente, y en el ajeno, la robustez, la alegría sana del hombre laborioso!

Si la familia debe ser un hogar de amor y convivencia para los individuos, el Municipio debe ser ambiente de tolerancia y de solidaridad para las familias. Y si el calor del hogar sostiene nuestra personalidad ciudadana, el *sentimiento municipal*, que hoy es palabra sin concepto entre nosotros, ha de ser clave de nuestro edificio civil. Cuando todos nos preocupamos, no por restaurar lo que debemos enterrar, sino por engendrar lo ingenerado, para ser padres del vástago juvenil, antes que curanderos del enfermo crónico, no debemos descuidar uno de los principales núcleos de nuestra sociabilidad nacional, tal vez el primero, adonde el espíritu familiar debe llevar sinceridades, que hoy alientan en reducido círculo de caseros egoísmos, donde el Estado y la Nación han de encontrar firme base para arraigar y crecer.

En vez de disertar retóricamente sobre los males que aquejan nuestra vida municipal, pulsando á la ligera al que los padece y propinándole después una receta como titulares de la democracia al uso, hagamos la psicología descriptiva de este pequeño organismo social. Vimos ya que el teorismo democrático

que alimenta nuestro régimen político presente, encontró vicios congénitos en el organismo municipal. Medio y herencia eran y son desfavorables á la restauración de una democracia herida de muerte por el clero, los nobles, los reyes absolutos y el parlamentarismo. El momento no es muy oportuno, pues se acaricia ya más el prestigio de la fuerza que la fuerza del prestigio. Después de este proceso sociogénico, hagamos la psico-sociología descriptiva de nuestro Municipio.

Según los datos de la realidad, debemos estudiar: la psicología social del Municipio; su sociogeografía, y la relación entre el organismo municipal con los demás organismos políticos superiores. Constituye la primera parte el estudio del alma de nuestros Municipios; la segunda el del cuerpo, y la tercera el de la acción.

Tratándose de un país aún no formado políticamente, es decir, en proceso de evolución del teorismo constitucional á la constitución real, viva é inestable, es difícil señalar caracteres comunes en nuestra vida municipal. Desde luego podemos distinguir tres órdenes de Municipios entre los nueve mil que hay en España.

1.º *El Municipio rural*, con exigencias múltiples y recursos escasísimos. Constituye la mayoría y es el menos significativo. Este Municipio es, en realidad, amorfo; una humilde sucursal de la Administración nacional para la percepción y reparto de los impuestos; un inquisidor sempiterno y delegado de nuestro parlamentarismo; la última vértebra del monstruo caciquil que, como círculo férreo, comprime la mu-

chedumbre rural. ¡Hay que ver cómo abajo entiende el país la democracia! ¡Cómo se confeccionan las listas electorales! ¡Cómo se maneja vilmente el arma de la distribución de los impuestos, sin espíritu de justicia y sin escrupulosidad! El alcalde rural es, generalmente, ó el mejor (en sentido crematístico), ó el más audaz, ó el menos escrupuloso de la demarcación. Me refiero al alcalde real y no al alcalde nominal, que á veces suele ser un espantajo del cacique. Odia la cultura por conveniencia. La teme por impotencia mental. Es partidario de la *Santa cecitas*. Llama cuervos á los espíritus cultos, y huye de ellos ó procura ahuyentarlos, para que no le quiten los ojos. Tiene una gran diplomacia para domar voluntades indómitas. Es humilde con el espíritu independiente, servil con el de más arriba, déspota y autoritario con las turbas... *et rege eos cum virga ferrea*. ¡Así gobierna! Esta máxima que empleaba un alcalde rural amigo mío, se la retorcí yo, preguntándole si debía tratarse á latigazos al pueblo paciente é ignorante, ó al opresor. El municipalismo rural revela patentemente este régimen de oligarquías poliárquicas, donde no hay autoridad porque todos la ejercen y nadie la respeta. El cacique rural es un reyezuelo de tribu, un bárbaro opresor de voluntades, el *tania solium* de la localidad, que absorbe todo su jugo. Rindiendo culto á cierto *confucianismo* trasnochado, irritable, suspicaz, hipócrita, todo progreso le molesta, toda mejora le abruma. Su Dios es el poder, su culto el presupuesto, su ofrenda la adulación. ¿Para qué leyes con ejemplares de ese tipo? En los Municipios rurales (que son los que más conozco), después del alcalde, nadie más, ni

más nada: una aglomeración demográfica-ignorante, rutinaria, indolente, desconfiada y adulatora, ¡el pueblo! Su señor es él, y su demonio el juez. Trabaja como burro y paga como cándido. De nada se entera. Tiene ojos de topo. Esta es la muchedumbre, ésta es la mayoría, que con la ley A ó con la ley B, vive miserable y simplemente, paga con temor y se comprime sin chillar, cuando le aprietan los tornillos de la recaudación. Si se hiciese un viaje á cualquiera de los Municipios rurales de España, se podría comprobar esto. Hay ciertas excepciones, ¡rarísimas excepciones!, donde se notan vestigios ó supervivencias del patriarcalismo honrado é inocente del antiguo régimen; pero la excepción no hace la regla, y en conclusión, podemos establecer esta inferencia: *en los Municipios rurales se nota la misma oligarquía y el mismo despotismo, que en el poder central.* El Municipio rural sólo puede instituirse bajo un régimen de cultura y educación política, que ha de nacer con un clero rural ilustrado, democrático, activo, y con maestros de escuela de vocación y abnegados. La regeneración municipal ha de ser producto de una centralización de las funciones municipales, donde por la estadística no se compruebe una recta administración, una disminución de litigios de faltas y de delitos, y un progreso manifiesto en las costumbres y en la educación cívica y social; y de una descentralización y autonomía en aquellos Municipios rurales dignos de ella. Así, el poder central, fomentando la emulación entre los organismos municipales rurales, podría conseguir más pronto su adaptación al nuevo régimen de democracia social. ¡Tutela temporal, no perpetua!

Mientras nuestra vida rural siga estancada, su vida municipal será el mayor obstáculo en el momento presente, de verdadera transición en la economía nacional del *agrarismo*, hacia el *industrialismo*. Bien claros están los esfuerzos de la *Nueva Alemania* para arrastrar tras de sí la enorme mole de los *agraristas* reaccionarios. Pues en España la oposición será mayor el día que las grandes aglomeraciones urbanas del Cantábrico ó de Cataluña empiecen á pedir medios de subsistencia más baratos. Cuando las exigencias de la clase obrera sean mayores, el régimen industrial pedirá con más empeño el libre cambio de substancias alimenticias. Es una manera de establecer el equilibrio, batiéndose en retirada nuestra burguesía.

2.º El segundo tipo ú orden de nuestro sistema municipal lo constituyen nuestros Municipios *burocráticos*, que son todos aquellos que parodian *extensivamente* la farsa del régimen gubernativo central. Hechos á imagen y semejanza de un Estado parasitario é impotente para progresar, sólo piensan en nutrir la vida del *personal* á costa de todos los demás capítulos reproductivos del presupuesto. Tienen también, con respecto á las clases proletarias, una concepción hospiciaria, protectora, misericordiosa. Son estos municipios, almas muertas de ciudades muertas. En las dos grandes mesetas castellanas, en Extremadura y en Andalucía principalmente, se encuentran ejemplares de este tipo. Todas las poblaciones con alguna pretensión é importancia tienden á entrar dentro de él. Nútrese, principalmente, con la mesocracia *titular*, sin colocación y sin fe en sí mismos ni en el trabajo.

Dentro del presupuesto se guarecen todas las pequeñas codicias y todas las grandes miserias de gente perezosa bien vestida. Son un progreso estos Municipios con relación al Municipio rural, pero son una rémora de progreso para el Municipio industrial. Tienen todos los defectos del primero, pero ninguna de las virtudes del segundo.

3.º El tercer tipo de nuestros Municipios es el *industrial*. Hay pocos desgraciadamente en España, y entre ellos muy pocos donde sobre el industrialismo local, no pese la triste ley de herencia de los abusos políticos. Estos organismos son el vivero de la *democracia real*, punto de arranque del nuevo régimen en proceso y esperanza grata de nuestra restitución. Administran bien, son expansivos, crecen. Vigo y Bilbao (con las impurezas de la realidad exceptuadas) lo demuestran. Su desarrollo es intensivo y extensivo á la vez. Aumentan rápidamente en cantidad; la aglomeración urbana se multiplica espantosamente, y crecen también en calidad, proporcionando á la vida local comodidades y bienestar.

Nuevos tiempos, nuevas ideas; nuevas ideas, leyes nuevas, otro orden. La era industrial va revelando poco á poco su poderoso influjo. El hombre actual entra sin sentirlo en el gran laminador del alma y de la vida. Quedan sólo insignificantes protestas del espíritu superviviente del antiguo régimen. El derecho actual, al responder inconscientemente al *moderne Geist*, legisla sobre lo que observa y sistematiza la ciencia social.

La revolución más eficaz de los tiempos nuevos es la que caracteriza el municipalismo inglés. Sin pro-



testas, sin derramamiento de sangre, sin perturbaciones de la paz y del orden, el Municipio inglés se fundé en los moldes del nuevo régimen. Y es de advertir que en esta revolución municipal toman parte las clases que claman por una reivindicación económica y las ciudades industriales. No se trata de una invención, ni mucho menos. Según el profesor americano *J. A. Fairle (Municipal Administration)*, Roma fué la primera ciudad en el mundo antiguo, que municipalizó sus servicios. El Municipio español de la Edad Media había hecho lo propio en algunos, principalmente con los que á la beneficencia se refieren. Lo que en este nuevo movimiento económico hay de característico, es la tendencia á sustituir la burocracia política creada por la revolución y fomentada por el parlamentarismo, por una organización municipal industrial, sobre todo con vida administrativa robusta, expedita y moral.

Según Montemartini, el problema de la municipalización es interesante, sobre todo en su aspecto económico. A mi modo de ver, este movimiento marca el momento de reacción iniciado por la colectividad consumidora contra el intermediario. Cuando la muchedumbre adquiere conciencia económica de la utilidad de lo que consume y de la *productividad marginal* de los artículos de industria, está en condiciones para apreciar cuantitativamente la diferencia que existe entre el valor de producción y el precio de venta.

La percepción de esta gran diferencia entre lo que cuesta una cosa en el mercado y lo que el productor y el intermediario ganan, suscita en el público consumidor los mismos anhelos reivindicatorios, que en la

población asalariada. Entonces su pasividad receptiva se cambia pronto en actividad solidaria, y esta asociación del público para elaborar por sí lo que ha de consumir, toma cuerpo en eficaz cooperación, que puede ser pública ó privada. La municipalización no es más ni menos que una forma de cooperación, distinta de las demás, en cuanto tiene un carácter político y monopolista: político, porque encauza en el organismo municipal, é integrándose con él le dota de una función que antes no tenía; monopolista, porque inhibe de toda concurrencia á otro productor análogo en el área de su jurisdicción.

Muchos han creído que con el municipalismo comenzaba la era de la socialización del capital, de la riqueza y de los medios de producción. Nada de eso. Ni el municipalismo germinó en la mente de los apóstoles del socialismo militante, ni implica un precedente para la implantación de sus teorías. Ellos adoptaron la nueva fórmula, la hicieron suya. Lindeman, en el Congreso socialista de Munich, presentó un programa de Hacienda y Administración municipal según el criterio del partido. De la misma manera que en el cooperativismo no se anula la propiedad individual, sino que afirmándola se solidariza sin socializarla, así también la cooperación municipal, en su forma presente, se propone hacer intervenir el consumidor, como tal consumidor, en la producción. Puesto que para él se produce, él ha de imprimir al régimen industrial la finalidad de que hoy carece, y aquilatando previamente sus necesidades, evitar crisis dolorosas, por exceso ó por defecto de producción.

El municipio, al adquirir su autonomía económica,

es decir, al hacer suyas ciertas industrias, que en su órbita se cobijan, no hace tabla rasa del capital y de la riqueza existente, sino que valorando sus medios de producción y capitalizando las industrias que pretende asimilar, por un simple fenómeno de transferencia, recibe del empresario máquinas, edificios, etcétera, compra acciones ó contrae con los accionarios obligaciones, previa una conversión de deuda, ó canje de títulos. Sería socialización, si el Municipio obligase á todos los individuos que le constituyen, á una cooperación proporcional para un disfrute proporcional de productos industriales, sólo *socialmente* y no *monetariamente* valorados. Desde el momento en que el dinero y no el trabajo interviene en la cooperación, es un gran sustituto.

El municipalismo, lejos de negar la acción del capitalista, lo que hace es afirmarla más; según V. Pareto (*Sistemas socialistas*), el colectivismo municipalista se aplica más á las empresas, que á los capitales. Los empréstitos hechos por los Municipios ingleses desde 1874 hasta 1897 pasaron de 93 millones de libras á 252. Para las ciudades industriales, el aumento de deuda respondía á necesidades creadas por su nuevo régimen. Así, Manchester consume el 75 por 100 del incremento de sus deudas en servicios industriales, Liverpool el 64 y Birmingham el 61. Lo que en realidad sucede es esto: la conciencia económica que adquiere el grupo municipal le da una mayor fuerza social visible. Este elevado coeficiente de robustez local implica una mejor selección de los individuos, que han de constituir la Corporación, un mayor estímulo de la necesidad no satisfecha, para lo

grarse; una mejor gestión económica y financiera; en una palabra, mayor crédito. Esta situación es la más favorable para dirigirse directamente al mercado monetario, donde el empresario industrial, sin dinero, consigue los recursos necesarios para las explotaciones de carácter municipal. La diferencia entre el precio del dinero en el mercado y el provecho total que logra en su industria, es lo que constituye su ganancia. El conocimiento de esta diferencia por el consumidor, es lo que le estimula á prescindir de él.

Por eso, la protesta contra el municipalismo en la prensa europea no nació del gran capital, sino del empresario industrial, que ve un negocio acaparado y teme que se lo quiten. Los dos millones y medio de parisienses no saben seguramente que la Compañía de Gas de la gran ciudad francesa ha ganado 854 millones de francos con un capital desembolsado de 44; que hasta el 31 de Diciembre de 1905, fecha en que el contrato termina, los dividendos percibidos habrán sido de 960 millones, cosa muy parecida á lo que está pasando con la Tabacalera española, que con un capital de 50 lleva ganados en quince años más de cien. Tampoco en Madrid se tiene en cuenta que mientras el precio del metro cúbico de gas es de 0'1544 céntimos en Berlín, de 0'15 en Hamburgo, de 0'10 en Bruselas, de 0'125 en La Haya, de 0'30 en París, aquí pasa de 0'40. La recaudación anual de la red de tranvías de la capital de España pasa de cinco millones de pesetas, que constituyen el beneficio de unos cuantos capitalistas belgas, que viajan en otros tranvías. En las ciudades alemanas y norteamericanas, la red telefónica urbana no cuesta más de 150 pe-

setas al año por abonado; en Madrid, 200; *et sic de cæteris*.

Se ha dicho por el *Times*, por el *Journal des Débats*, el *Journal de Bruxelles* y otros periódicos, á coro, que los Municipios son incapaces para la gestión industrial de sus empresas. Según qué empresas sean. Aquellas que teniendo un carácter esencialmente colectivo de servicio público (alumbrado, teléfonos, tranvías, aguas, casas de alquiler, etc.); aquellas que, sin tener carácter colectivo, están en peligro de adulteración y mala calidad (la leche, las bebidas alcohólicas, la carne, etc., etc.), deben municipalizarse; y más en España que en ninguna otra parte, porque el público es tonto y el intermediario codicioso. Bien sé que contra esto han de protestar algunos. Pero habrán de aplaudir esta idea, que no es mía, los más.

¿Quiénes protestarán? Desde luego, todos aquellos que viven á expensas del público y de la tolerancia de autoridades venales; estas mismas autoridades, generalmente mandatarias de las grandes empresas municipales y explotadoras del pequeño industrial, protestarán también; los incautos, los soñadores, los creyentes en la libertad teórica, en el libre tráfico y la libre concurrencia industrial aparente, harán lo propio. ¿Y quiénes más? Los de arriba, los de más arriba, que viendo en el municipalismo un despertar de las colectividades á la vida pública, les conviene prolongar el sopor, y hasta producir artificialmente el colapso, con programas de oropel, sin eficacia práctica alguna.

Ninguno de los que se llaman verdaderamente de-

mócratas han abierto aún sus labios, para desflorar esta idea. Tan sólo la población asalariada, organizada en sociedad de resistencia, levantó el grito de protesta contra la explotación municipal de que es víctima. Ella, educando con el ejemplo las masas, en la serena, fría, firme y tenaz reivindicación igualitaria, abre el verdadero cauce de vida pública al neutralismo español. No hay que asustarse. Para los espíritus débiles, no se hizo la época moderna, que lejos de carecer de ideales, lejos de ser agnóstica como se cree, los ha humanizado más que ninguna. La decrepitud del viejo régimen señala la necesidad de otro más nuevo, más consistente. Sin negar la función del capital, se puede socializar equitativamente su acción. Con lo que hay que acabar es con los intermediarios: con el político de oficio y con el especulador industrial de oficio.

De la misma manera que, en el antiguo régimen, el movimiento municipalista de la Edad Media nació de la conjunción de dos fuerzas, del poder real debilitado por el feudalismo y del poder local aplastado por los privilegios señoriales, así también, en el régimen moderno, el municipalismo nace de la conciencia industrial de la colectividad explotada y del concurso del capital dotado de menor remuneración, pero con mayores garantías. Ha partido el movimiento de Inglaterra..., de donde arrancan todas las revoluciones eficaces, perdurables, fecundas. La ciudad industrial moderna es como imán poderoso en el ámbito donde vive. Nútrese con la activa asimilación de fuerzas rurales emigradoras y con la acción imprescindible del capital activo. En su seno son más los vencidos que

los victoriosos. Por eso la miseria y el dolor imprimen á las más íntimas expansiones de la alegría un tono imperceptible de pesimismo y de amargura. Pero es preciso que ambos sean en la ciudad industrial española propulsores vigorosos de acción reivindicatoria, y no lamentos quejumbrosos del esclavo, ni protestas sordas del impotente ó del débil. La ciencia económica moderna ha descubierto la forma terapéutica para curar el alma morbosa de las multitudes urbanas. Himnos nuevos resuenan al ritmo viviente del trabajo colectivo; no son gemidos errantes de inadapitado vagabundo, sino coros de juventud laboriosa. Es el nuevo vivir, el vivir que se completa por el convivir y que se sublima por la conciencia social en la convivencia humana. Barcelona, Bilbao, Gijón, Vigo, Valencia, Cartagena, Málaga, ciudades con aurora industrial, tienen en Glasgow, Bradford, Manchester, Leeds, Birmingham, Wolverhampton, Saint-Helens, Belfast y Liverpool grandes ejemplos, nobles precursores en la reivindicación municipal.

No puede haber una democracia industrial robusta, sin que previamente los Municipios industriales se vigoricen en ella. Lentamente, y por consciente selección, la acción municipal se extenderá á las esferas del Estado, y las clases trabajadoras, juntamente con el capital nacional, habrán hecho la conquista del poder, instituyendo y mejorando lo existente. A los demócratas, que empiezan por arriba con espíritu de apostolado, la juventud intelectual española y la clase trabajadora, que es alma de juventud, deben oponer la democracia industrial y social, abajo, basada en solidaridad y mutualismo.

Cuando los Municipios industriales puedan nutrirse con una clase obrera más numerosa y robusta, su administración será más rígida, porque habrá mayor fiscalización, la vida más barata y la gestión más altruista y solidaria. Instrucción, beneficencia, saneamiento, viviendas, socialización de servicios públicos (como abastecimiento de aguas, teléfonos, tranvías, gas, electricidad, etc.), podrán ser heraldos vivos de una nueva era de régimen democrático industrial, más práctico y progresivo que el existente. Entonces, podrán coordinarse sabiamente, por un cooperativismo intermunicipal el Municipio rural y el Municipio industrial. El éxodo rural determinado por el *chômage* forzoso, estará regulado por las Bolsas de trabajo y *Oficinas de colocación*, establecidas en nuestras grandes municipalidades industriales. El campo podrá ser un reconstituyente para las inteligencias cansadas y los músculos fatigados de la ciudad. La gran aglomeración urbana, el órgano asimilador por excelencia de nuestra sobrepoblación rural. Substancias alimenticias y primeras materias podrán ir con más rapidez y baratura á la fábrica. Artículos manufacturados podrán salir sin grandes intermediarios para el campo. Y por el interés quedarán fuertemente unidas dos democracias: la democracia rural conservadora y la democracia industrial expansiva. Solidarizadas ambas, ambas colaborarán á nuestro progreso social.

Ahora bien: en estos tres órdenes de vida municipal, que son como estratificaciones sociales en la Nación, ¿hay algo común á todos? Sí; la oligarquía poliárquica de la mesocracia; la inhibición forzosa y habitual del poder de nuestras muchedumbres incultas;

la carencia de sustantividad personal, de personalismo municipal, para progresar por el propio esfuerzo; la concepción errónea de la misión del Estado, tutor eterno de su existencia social; el infantilismo ó la prematura vejez, que acusa, no la decadencia, sino la falta de renovación del régimen municipal; y la carencia de relaciones municipales, de solidaridad intermunicipal para suplir la ineficacia del Estado en aquellas cosas en que su acción es extrajurisdiccional. Estos son los caracteres comunes á los tres órdenes, á los que hay que añadir el neutralismo, más marcado aún en la política municipal que en la general: el neutralismo del nuevo Estado llano, de esta burguesía, que hipoteca á una paz pseudo-octaviana toda su voluntad, para protestar de las tropelías caciquiles, y toda su inteligencia para derribar á su actor. Estas clases, que lo dejan hacer todo y se contentan después con protestar solapadamente, á hurtadillas, de todo, son dignas de la crueldad con que se les trata y de la servidumbre en que viven. No han merecido aún la libertad. Sueñan con la felicidad de ultratumba, pero van disfrutando de la terrena, apurando á sorbos el manantial inagotable de sueños de redención con redentores. Paladean la vida, que otros crean, en el ocio, y duermen después, satisfechos de haber merecido el día.

En lo que respecta á nuestra sociogeografía municipal, analizaremos lo que se refiere al territorio municipal, y lo que dice orden á la población y su distribución en él. Desde luego, el Municipio necesita para su existencia un *mínimum* de territorio y un *mínimum* de población. Reconoce también un lí-

mite máximo, pues de otro modo, se desnaturalizaría su misión, viniendo á ser un Estado dentro de otro Estado mayor. Como no es posible fijar *à priori* la *unidad territorio* y la *unidad población*, sino que hay que atender á la relación que existe entre la población y el territorio, hasta estudiar la estructura sociogeográfica de nuestra vida municipal, nada podemos establecer. Sin embargo, dadas las exigencias y tendencias actuales del *municipalismo*, la complicación de sus funciones, la finalidad de las mismas, el incremento más intenso de la población, las mayores exigencias de la vida, la facilidad y rapidez de las comunicaciones, etc., etc., el agregado municipal contemporáneo no puede ser menor de diez kilómetros cuadrados en territorio y 5,000 habitantes en población, sin que ésta sea fórmula matemáticamente aplicable á España.

El territorio nacional está muy poco poblado. No sucede lo mismo con el municipal. Generalmente, todas las provincias de la periferia, con alguna en el interior, son más densas en población. La aglomeración municipal resulta más grande. Mientras Alava y Avila sólo tienen un Municipio superior á 5,000 habitantes, Coruña posee 64, y Lugo 45. El régimen municipal no por eso se encuentra más perfecto en Asturias, Galicia, Vizcaya, Andalucía, Valencia y Murcia, que en las dos Castillas, parte de Extremadura, León y Aragón. Ni por el hecho de estar la población concentrada, como sucede en la provincia de Badajoz y las de Andalucía, hay más progreso en el régimen municipal, que en la población diseminada del Cantábrico y del Atlántico de España. Desde luego, puede

advertirse, que es fácil contrarrestar la diseminación de la población con el fraccionamiento de Municipios, y que el exceso de Municipios poco poblados puede contrapesarse fusionándolos; pero como hay que atender al territorio además, siempre resultará que, en las regiones poco pobladas, la distancia es un obstáculo que no puede salvarse donde carecemos en absoluto de un sistema perfecto de caminos municipales y de red telefónica rural. La multiplicación ó fraccionamiento de los Municipios actuales, vendría á ser un peligro y un encarecimiento de la vida municipal, cuyo presupuesto se aproxima á la mitad de el del Estado.

La mejora sólo puede ser viable de momento. Desde luego, en los países muy poblados, como Galicia y Asturias, la concentración municipal es un vivo propio para el mayor arraigo del caciquismo. El parasitismo del cacique rural es tanto más temible, cuanto más jugo puede sacar de las entrañas del campesino. El Estado podría contrarrestar este despotismo local restringiendo las funciones municipales y centralizando prudentemente la administración y el poder, hasta que la masa no estuviese apta para la autonomía, y sobre todo, suprimiendo ó transformando el impuesto de consumos.

En España, como vemos, dada la distribución de la población, no puede fijarse *à priori*, y en general, unidad *demográfica* y territorial del Municipio. Si la distribución de la población fuese matemáticamente igual, serían necesarios 25,000 Municipios en vez de los 9,000 que hoy existen, según la unidad que antes fijamos; pero dada la realidad de los he-

chos, el Estado debe adaptarse á los mismos y fomentar el desarrollo de las comunicaciones locales. En esto, mejor que en otras muchas cosas, que producen mucho ruido sin ser nueces, podría imitar á la vecina Francia, que posee una red de caminos vecinales de 600,000 kilómetros, y Alemania, donde el *teléfono* rural es á la vez nervio aferente y eferente de todas las corrientes de vida nacional, con rapidez vertiginosa. Para organizar debidamente según las exigencias sociogeográficas el municipalismo español contemporáneo, hay que desarrollar la red de ferrocarriles secundarios, caminos vecinales y teléfonos rurales, y perfeccionar el sistema postal, retribuyéndolo mejor. España será siempre un protozoo sin sistema arterial y nervioso, á no ser que la ley impresa en la *Gaceta* tenga eficiencia para que en un día ó en el plazo en que se promulgue, pueda recorrer á saltos toda la escala zoológica. ¡Oh candidez ministerial! ¿Pero es candidez ó cuquería?

Estado, Provincia y Municipio: he aquí la vieja trinidad del antiguo derecho político, muy parecida á la otra de las tres potencias del alma: sensibilidad, inteligencia y voluntad. Cuando los teóricos de la política inventaron estas *categorías*, el Estado tenía una realidad; hoy adquirió ya otra; los ferrocarriles, el telégrafo, las facilidades de la emigración, todo contribuye á consolidar un *estado social* de viva inestabilidad y de continuo cambio. Un encéfalo social, órganos periféricos y conductores, buen sistema arterial y muscular, bastan. En el orden industrial, tiende á prescindirse cada vez más de los intermediarios. La política, que va entrando ya en el cauce del industria-

lismo, propende también á eso. La provincia es un intermediario anacrónico. Donde la acción municipal es débil, el Estado ejerce despóticamente su función centralizadora. Donde hay cenestesia municipal y local, aquélla resulta inútil ó embarazosa. La economía del esfuerzo en la acción exige la eliminación de intermediarios costosos é inútiles. Y no podrá reconstituirse bien la vida municipal si no se prescinde de ellos, restringiendo ó limitando poco á poco su jurisdicción, para que poco á poco vayan muriendo por falta de ambiente. Se concibe la acción de organismos intermediarios en Estados grandes y poco poblados, como Rusia ó Norte-América. Lo que no se comprende es la necesidad de 49 organismos provinciales para una población de veinte millones de habitantes, cuyo coste al país, excede de cien millones de pesetas.

El *federalismo municipal* y la reunión periódica de asambleas locales por delegados de cada municipalidad, debe sustituir nuestro anacrónico régimen provincial, que como torre del homenaje en ruinas, sólo ostenta títulos nobiliarios sin prestigio y sirve de albergue á todas las corruptelas y rapacidades de una burocracia de *presupuestívoros*.

Si queremos un régimen municipal fuerte y un poder central vigoroso, condensemos simultáneamente sus energías en sentido integral. Oreemos el alma en la realidad viviente y poderosa. Forjemos la novísima democracia al calor de la lógica de los hechos, renunciando para siempre á la metafísica política del pasado siglo, apriorista y anacrónica.

IV

LOS ORGANISMOS POLÍTICOS

B) BOSQUEJO DE UNA PSICOLOGÍA ECONÓMICA DEL ESTADO ESPAÑOL

Da pena pensar, que teniendo delante de los ojos problemas tan interesantes y tan relacionados con lo que más primordial nos debe ser, que es el vivir bien, los cerremos á ellos y nos convirtamos en moscardones, para zumbear con empalagosa monotonía en torno á los cuatro ó seis lugares comunes de que dispone la prensa al uso como reserva, ó para desflorar la actualidad, sin destilar su verdadero jugo. Eso no se llama pensar. Debajo de tan insípidas palabras, hay algo más hondo y más vivo, que es la realidad misma. Pero sucede que el escritor, poseído de sí mismo, por el hecho de estarlo, tiene ya el cerebro ocupado, y por eso, la verdadera realidad no cabe en él.

La verdadera realidad económica para el pensador serio, no es solamente lo que se ve: es lo que se ve, relacionado con lo que no se ve y con lo que no se

verá; es la sistemación de fenómenos condensada en leyes y fundamentada en experiencias. Así es, que para estudiar y explicar lo actual es necesario hacerse in-actual primeramente, si se quiere marchar sobre seguro.

Tres problemas principales puede comprender el estudio de la psicología económica de nuestro Estado contemporáneo: 1.º, el de las necesidades y recursos del mismo como entidad colectiva; 2.º, el de las necesidades y recursos del individuo como unidad de este grupo social; 3.º, el de las relaciones económicas entre el individuo y el Estado.

Para plantear el primero, se necesita ante todo localizar bien la cuestión, primeramente en el aspecto histórico y después en el terreno económico.

Históricamente, todo *estado* ó actualidad social es producto de otro *estado*, sujeto á evolución inevitable. Para comprender la *estructura económica* de nuestro *Estado* político, hay que hacer su *sociogenia*, buscando en él los factores de la herencia, el medio económico y moral y el momento.

1.º La herencia: Es hija, la concepción española del Estado, como la concepción neo-latina, del romanismo. El individuo es para él y no viceversa (aunque á la larga él resulte ser para el individuo). La fuerza vital es la autoridad. Y como la autoridad, que se transmite por herencia, degenera, por la resistencia natural que en la sociedad encuentra á la obediencia, en virtud del principio de la libertad, esta lucha inicial entre dos fuerzas desiguales obliga á la primera á amparar su derecho en el hecho de la fuerza. Todos los regímenes basados en la autoridad solamente y sin

prestigio, en la autoridad heredada, sin legitimarse por el propio mérito, ó perecen ante la libertad, que toma forma de resistencia, para hacerse después autoritaria, ó necesitan un apoyo para subsistir, si subsisten: un apoyo moral, en la fuerza de la ley que su voluntad ordena; un apoyo brutal en la fuerza física, de que su despotismo abusa. Así es que al lado de la autoridad soberana hay dos adláteres temibles: los que manejan la ley y los que manejan las armas. Ya tenemos clases. Dejad que se consoliden por herencia y cristalizarán en castas, que si no son infranqueables, como las del antiguo Oriente, luchan por hacerse. A tal Estado, ley autoritaria y privilegio. Todo lo que de la costumbre colectiva emana, como de hábito secular, por ser de los más y para los más, no le atañe. Entre la ley y la costumbre, no es posible hacer la soldadura. La ley superfeta sobre la costumbre, unas veces y otras, las más, la ahoga. Esta es la primera irregularidad, que el análisis nos va dando como resultado: una disociación patente, entre lo que quiere ser el pueblo, la colectividad y lo que quiere que se haga una privilegiada minoría. Esto, en el orden económico, se traduce en el sistema de protección ó prohibición, según los casos. Nuestro Estado político, romanizado, es por herencia social, proteccionista. ¿Puede dejar de serlo?

2.º El medio: Hay que considerarlo bajo el aspecto económico y bajo el aspecto político. Si por ley de herencia, nuestro Estado es autoritario, fomenta el espíritu de clase y se declara proteccionista, aun en el orden nacional, en favor de los privilegiados, por ley de medio, esa misma autoridad excesivamente fraccio-

nada, crea una singular poliarquía. La autoridad no ha hecho más que cambiar de soberano. De la pura soberanía real, sostenida por la aristocracia, ha pasado á ser mesocrática en un régimen de verdaderas medianías. Y de la misma manera que «la gran superstición política de la antigüedad era el derecho divino de los reyes, la gran superstición política actual es el derecho divino de los Parlamentos». Son palabras de Spencér. (*El individuo contra el Estado*. «La gran superstición política», p. 4.º, pág. 116 de la edición Alcan).

En estas condiciones, el régimen capitalista actual no ha de encontrar mucha resistencia, para adquirir la hegemonía. En los hombres que brotan de la masa anónima tiene él sus representantes y defensores. Despreciando una soberanía de nombre, que para nada le sirve, busca la soberanía brutal de los hechos, y quiere fundir un *estado industrial*, capitalista, en los mismos, en los viejos moldes del antiguo régimen político. Contra este segundo soberano se inicia hoy un movimiento democrático, el más radical de todos los conocidos, basado en la asociación de los débiles y desheredados, para transformar un orden, donde la vida de las mayorías sociales es irresistible.

«La función del liberalismo en el pasado ha sido poner un límite á los poderes reales. La función del verdadero liberalismo en el porvenir será limitar el poder de los Parlamentos.» Tiene razón Spencér. La democracia liberal al conquistar el poder se aristocratizó. ¿Sucederá lo mismo con la democracia social contemporánea? Nuestros demócratas románticos, pan-cistas y quijotes, por rara y nacional antinomia, en

vez de purificar un régimen decadente, ó de ahogarlo para siempre, contemporizaron con él por ser demasiado débiles y egoístas.

Aquella soberanía popular, tantas veces invocada, fué solamente un reclamo para explotar incautos é ignorantes. La misma lucha que se advierte entre el individuo y el Estado autoritario, se acentúa en un medio democrático, constituido por mesocracias autócratas. Esa lucha entre lo que es y lo que ha sido, sirve de apoyo al nuevo poder capitalista para esclavizar mejor al individuo por intermedio del Estado. El régimen económico actual, hijo legítimo del régimen político tradicional, adolece de los mismos vicios y defectos. El Estado y su representación, ante un poder mayor, delegando en él su autoridad, se convierte en sucursal suya, en mandatario. Por otra parte, la ignorancia y la rutina en los medios de producción, contribuyen seguramente á acentuar la victoria del capitalismo industrial. El Estado ignorante del peligro, sigue gravitando con fuerza cada vez mayor sobre la Agricultura, elemento conservador por excelencia, ignorando que tal modo de proceder le lleva al suicidio.

3.º El momento: es de verdadera crisis, de lenta pero de palpable disolución. La lucha terrible trabada hoy en el campo industrial entre el capital y el trabajo, repercute con fuerza en el mismo Estado, que aunque quiera no puede permanecer ante ella como espectador ó como árbitro. Hay que decidirse. Por eso lo hace él y la preferencia no deja lugar á dudas.

Tiene una ventaja aparente el Estado sobre los combatientes. Es momentánea nada más. Preséntase

en los conflictos como buitres ansiosos de carne fresca, al acecho de la primera víctima. Y tienen como él una ventaja sus servidores: todos esos anillos de la burocracia moderna, que íntimamente eslabonados viven en voraz parasitismo haciéndole vivir á él. Pero su misma inacción los hace débiles. Porque no sirven para la lucha, perecerán en ella al recibir el primer golpe.

4.º La ley de adaptación: ya conocemos la ley de herencia y el carácter del *medio* político-económico del Estado español. Pero á su vez, como organismo, tiene que convivir en el orden internacional con otros Estados y en el nacional con otras instituciones. ¿De qué manera convive? Como inadaptado en el primer caso; como esclavo en el segundo. En el orden político es ley de adaptación la solidaridad internacional y él se aísla; pero tan mal lo hace, que la vida de fuera se le impone, y cuando no tiene fuerzas para resistir, maneja estúpidamente, exponiéndose al ridículo, la nota patriótica. Fomenta á la larga el *boxerismo ibérico*, entre los rutinarios exaltados. Y en el orden económico, mientras el espíritu moderno tiende á hacer la producción y el mercado cosmopolitas, él sigue favoreciendo la pequeña producción local, y en pleno siglo xx inaugura en la capital de la Nación una exposición de pequeñas industrias madrileñas. Creer que aislándose se vive mejor, es exponerse á que los demás, aceptando el aislamiento, mejor nos exploten. Porque el Estado como persona social, no se libra de la ley de explotación que pesa sobre los individuos.

Por este aislamiento, por este vivir á la descuidada, es esclavo en el orden nacional de las fuerzas

vivas que de la tradición subsisten aún. Ni siquiera logró subordinarlas á sí, emancipándose previamente de ellas. Es un tutor pródigo, cuando de fomentarlas se trata. Su soberanía legal y constitucional está socavada por la fuerza real de estos elementos tradicionales, que tienen una expresión numérica brutalmente exagerada en el presupuesto de gastos.

Por herencia, por medio, por momento y por ley de adaptación, nuestro Estado contemporáneo, como otros muchos Estados europeos, residuos del antiguo régimen, está sellado con la nota de degeneración, de vejez en unas cosas y de ingeneración, de niñez ó de infancia en otras. Si quiere vivir, necesita adaptarse á las condiciones naturales y fatales de la moderna vida, ya que no es dueño de cambiarlas, y que en un período de transición, cada vez más vertiginosa y más completa, exacerbado por una tremenda lucha por la existencia, no es posible dormir en *dolce farnientismo*, so pena de convertir nuestra candidez en presa de ajenas ambiciones.

Puesto que el Estado es producto del *organismo* nacional, y forma substancial ó principio organizante de ella, al mismo tiempo, no es posible estudiar la psicología económica del Estado español, sin conocer la estructura de la psicología económica de la nación. Los caracteres de la vida económica nacional pueden sintetizarse en estos hechos: a) La *hipertrofia* y la *hiperestesia* de un reducido coeficiente de riqueza, potencialmente ineficaz, pero realmente agresiva, omnipotente y avasalladora, que impide la adaptación normal y progresiva de los pequeños grupos de producción y de cambio al más perfecto régimen econó-

mico; *b*) el antagonismo latente entre las clases industriales y agrícolas, reflejado, con perjuicio para ambas, en nuestro régimen arancelario ultraprotector; *c*) la impotencia de nuestro trabajo y de nuestro capital para organizar industrialmente la vida económica de la nación, siendo alma y cuerpo á la vez, generadores de bienestar y de riqueza; *d*) la concepción individual y social de la vida, ajena á todo valor humano de la misma, pues lo mismo se la niegan los que miran al cielo descuidando el trabajo de la tierra, que los que esclavos de codicia, esclavizan la humanidad para que se la trabaje, procurándose en este vivir presente comodidades, mas no plenas satisfacciones; *e*) el exceso de *tradición muerta*, que gravita sobre el alma individual y colectiva, predisponiéndola á la rutina, la ignorancia y la pereza, las cuales niegan ó anulan el espíritu y el cuerpo económico de una nación; *f*) la ineducación del individuo en la escuela y en la vida para el trabajo, sustituyendo á las formas de aprendizaje medioeval el estudio de los métodos técnicos en la escuela, el taller y la universidad; *g*) la concepción fatalista expiatoria y degradante del trabajo manual, que resta fuerzas á nuestros campos y congrega parásitos de la Nación por intermedio del Estado, en nuestra burocracia civil, militar y religiosa; *h*) la falta de conocimiento de nuestra psicología nacional, de nuestras necesidades presentes y de un oriente de vida para el porvenir, pero de vida terrenal, no ultrahumana; *i*) la ignorancia del modo de vivir de las demás naciones contemporáneas civilizadas, cuyo *tonus* de trabajo es para el que lo conoce el mejor estimulante para emprender el nacional.

Resulta un desequilibrio entre el egoísmo individual y las necesidades colectivas, que impide el crecimiento orgánico y normal de la riqueza española. Resulta también, del aislamiento sistemático, una forma de vivir semicivilizada, semisalvaje, que atando los ideales europeos con las tendencias africanas, nos convierte en clientes de la civilización, pero no en obreros de ella.

En síntesis: la vida nacional, si no está paralizada en su movimiento, respecto al de las grandes naciones del mundo contemporáneo, tiene una intensidad tan pequeña, que hemos de atribuirle á la influencia extraña más que á la propia influencia. No nos movemos nosotros, nos llevan. Progresamos arrastrados por el impulso de afuera, que al ejercer su acción sobre masa tan inerte en el reposo, se pierde en su mayoría. Hay que creer, por lo tanto, que las causas de esta mejora, no se deben, ni al capital nacional, que hasta ahora procede por imitación en sus empresas, ni al régimen político, expresión en forma nueva de los más rancios privilegios. Régimen anacrónico, sin mentalidad, sin orientación definida, sin voluntad unánime para la acción y sin poder para la autoridad; esclavo de todo interés, que se impone con mayor ó menor energía, es incapaz de regular todos los antagonismos de nuestra economía nacional y de prever los conflictos, que en día no lejano, podrán resultar de ellos. Despótico é implacablemente opresivo solamente para el débil, no mira como éste le abandona por instinto de vivir, más que por vindicar una ofensa, pero que, una vez rehabilitado, ha de ser un elemento de fuerza coercitiva de su despotismo. Los

capitales que educaron nuestros capitalistas del Norte están educando hoy sin quererlo nuestros obreros de mañana.

Con gobiernos de esta naturaleza la reorganización de servicios es una mentira, y un presupuesto nuevo es imposible. A mayor fuerza de los grandes propietarios (sucederá en España lo que en Francia ha sucedido) mayores privilegios conseguirán del Estado y menos contribuirán á sus cargas. Cuanto más moderno sea el capital formado, de mayor inmunidad gozará. Mientras la Industria y el Comercio contribuyan con tan poco á las necesidades de la Nación, la Agricultura seguirá siendo víctima de los impuestos del Estado, del crédito usurario y de la decadencia producida por un cultivo rutinario. Sobre ella pesarán indirectamente los impuestos con mayor fuerza que sobre los otros factores de la riqueza. El impuesto de derechos reales y transmisión de bienes, que es de los más crecidos, le es más oneroso que á ningún otro.

A todo lo anteriormente expuesto hay que añadir el carácter marcadamente *socializador* de nuestro Estado.

El antagonismo entre las necesidades y recursos de la nación, nació principalmente de este carácter absorbente del Estado. Muchas de aquéllas pueden satisfacerse individualmente. El individuo, por haber conseguido del Estado una protección, la cree necesaria, imprescindible, pero cierra los ojos á las necesidades de los demás. Esta forma de vida, del individuo dentro del Estado, ha engendrado el parasitismo económico de los más astutos sobre los hombres de buena fe, adulteró el carácter de las necesidades del

Estado y consolidó el privilegio económico después de haber ahogado en un régimen de democracia teórica el político. Lo primero que hay que analizar son las necesidades verdaderas del Estado y cómo se satisfacen y la relación que guardan con los recursos.

En buena lógica financiera hay que dar valor á los siguientes postulados: 1.º La colectividad no puede ni debe gastar más de lo que sus miembros puedan proporcionarle; 2.º La distribución de lo proporcionado debe hacerse equitativamente. Con estas dos bases, admisibles por todos aquellos que no quieran hipotecar el porvenir al presente, y esclavizar el presente al pasado, se puede fijar el valor significativo, gradualmente significativo de la palabra *necesidad*. Es más necesario que nada lo presente; es más obligatorio lo pasado y más intangible el porvenir. En el presente las necesidades simultáneas reclaman prioridad para su satisfacción, y son aquellas que siendo de un carácter colectivo y social son base y fundamento de otras; aquellas sin las cuales la vida social y nacional ó se conserva por artificio ó decae; aquellas que alimentan el alma y el cuerpo á la vez del Estado. Estas verdades de á folio no lo son para España, cuya idiosincrasia económica es la imprevisión para el mañana, la megalómana prodigalidad en el vivir al día y el sagrado respeto á los viejos pergaminos é instituciones trasnochadas.

En un organismo normal y progresivo, la vida, la verdadera vida, consiste no en tener pocas necesidades, ser sobrio, sino en satisfacerlas bien, dejando un remanente, un capital de reserva para los momentos de penuria.

La diferencia entre un Estado civil y un Estado incivil, consiste en la significación que en uno y otro tiene la palabra necesidad, y en el número que en uno y en otro las representa. Y no consiste el bienestar, el bien vivir de un Estado en satisfacer muchas necesidades, si no son del presente ó del porvenir. Pagar como herederos de generaciones insensatas sus locuras, no es saborear las ventajas de un capital social elaborado por el trabajo y consolidado por la astucia.

La vida económica del Estado español tiene todas las desventajas de la vejez, todos sus vicios, sin la suprema virtud que adorna esta fase de la vida, sin la experiencia. Es un gran *gourmand* de las viandas del presente y del porvenir, tan sólo en esperanza. Todo el capital que en nutrirse bien había de emplear, tiene que destinarlo á necesidades que nacen de una obligación contraída, pero que no responden á una aspiración justificada. Las obligaciones generales del presupuesto español representan en el capítulo de gastos unos 500 millones (promedio de los gastos líquidos del quinquenio 1898-1902). ¡La mitad del presupuesto! En 1903 esta suma llegó á 555 millones. Con lastre tan grande de tradición económica, con una organización tan rudimentaria para vivir á la moderna, se impone un supremo esfuerzo, porque el momento es de crisis. Las necesidades presentes ¿con qué se satisfacen? Ante todo, ¿cuáles son las necesidades presentes del Estado español? Las que responden á fines colectivos de la sociedad española: mantenimiento del orden en el interior y la integridad personal en el exterior y al interior; la justicia y la

fuerza en una palabra; fomento de los elementos generadores de cultura y de riqueza, medios para garantizar la vida en el porvenir, de hacerla cada vez más fácil, de levantar el nivel físico mental y moral del individuo y la colectividad. La justicia, la fuerza, la cultura y la riqueza. He ahí los ideales, las aspiraciones supremas de un Estado, que mira al presente y quiere preñarlo de porvenir, para garantizar un presente duradero.

La fuerza y la riqueza son los factores de la vida fisiológica, los medios de crecimiento y conservación del cuerpo del Estado. La justicia y la cultura, las aspiraciones de la psiquis colectiva, los elementos educadores de la inteligencia y de la voluntad, los supremos ideales del alma del Estado. El equilibrio inestable, el equilibrio vital, se rompe, respondiendo á las necesidades del cuerpo y descuidando las del alma ó viceversa. Procurando dar sustento al cuerpo, asegurándole el pan de cada día, sin que cada día se esfuerce para merecerlo, se fomentan las tendencias á la holgazanería, el vagabundaje colectivo y la inapetencia de progreso. Un desarrollo excesivo de la mentalidad sin ejercicio sano y vigoroso del cuerpo, puede degenerar en locura ó neurastenia, en muerte del alma y en debilitamiento del cuerpo.

Además, es necesario dar significación concreta á las palabras justicia y cultura de una parte y fuerza y riqueza de otra. ¿Qué significan para el Estado español? ¿Qué conceptos encierran, que puedan orientarnos para estudiar la psicología de esta persona social?

La justicia para el Estado español no es la reali-

zación del derecho, no consiste en dar á cada cual lo suyo, ni mucho menos en la constante y perpetua voluntad de hacerlo. La justicia no es la educación del individuo para la vida del derecho, para la convivencia libre y social en el orden. La justicia no es educación de la voluntad para el bien vivir y convivir. Concíbese como el castigo, como la *dura lex*, que el viejo romanismo nos metió en el meollo, como la represión del crimen, previa cualificación y cuantificación, por tablas establecidas *à priori*. No previene. Reprime. La justicia no es un ideal de vida, en paz, en tolerancia y en amor. Es coacción brutal, inexorable, externa del derecho. No es hábito, imperativo categórico, ética disciplina de nuestra actividad. Es cadena que ata, látigo que fustiga. Los ideales de justicia en este pueblo son ideales de barbarie, pero no santos, no humanos. Nuestra voluntad social, en cuanto en el Estado se refleja, no se somete á educación. Vive á sus anchas y á sus anchas se expansiona. Jamás se revelan en la voluntad colectiva más que procesos espontáneos de emoción ó de pasión. La acción libérrima, la afirmación de sí, de nuestro ser social integrante é integrado, el postulado de *socialidad* de los Estados civiles, aquí no se ve. La falta de espíritu de justicia, la ineducación de la voluntad para la vida ciudadana, puede expresarse y concebirse, considerando la distancia que hay desde la *animidad*, movida por instinto tan sólo, hasta el *civismo*, cualidad de todo hombre civilizado y razonable.

¿Y cuáles son nuestros ideales colectivos de cultura? ¿Existen? La cultura no es perfección de la inteligencia y aplicación de ésta á la vida. La cultura

para nuestro Estado y aún para nuestro individuo, es barniz, brillo dado por electrolisis á moneda falsa, no oro nativo. La cultura, no es cultura de nuestra inteligencia, de nuestros músculos y de nuestro carácter, que convierte al hombre en generador y acumulador de vida.

Entendemos aquí por cultura, ilustración libresca, erudición refinada, pensar ramplón, abarrotado de vulgarismos refinados por la lectura, alambique que destila la esencia de flores silvestres, para emborrachar el espíritu y embrutecer el cuerpo en obesidad prematura. Ser culto, para los que *llevan la nave del Estado*, es ser ingeniero ó arquitecto, capaz de escribir un tratado de construcción naval, según el sistema francés, inglés ó alemán, pero impotente para hacer la nave más pequeña. Llamamos cultos á los ilustrados, dispéscicos de la letra de molde, y por eso en el siglo pasado hubo ministro, que en su programa quiso reconciliar el *despotismo* y la *ilustración*, que tal como aquí se entiende, es el histrionismo de la cultura, su careta. ¡Hipocresía que se cotiza y suele dar buenos resultados! Por confundir la cultura con la ilustración, confúndense también instrucción y educación. Por instruir mal la inteligencia le negamos su potencia constructiva, su fuerza creadora. Por envolverla en cemento igualitario de instrucción, despersionamos su individualidad. Siendo receptáculo de lo ajeno, no puede ser manantial fecundo de lo propio. El aprendizaje por imitación y repetición, consolida la rutina, el automatismo rutinario, cuyo antecedente es la memoria. Memoria y rutina, memoria, rutina y fantasía, se casan mejor en el alma del Estado, que

inteligencia, voluntad é imaginación creadora. La civilización encuentra aquí clientela tonta, que adquiere á cualquier precio, pero no reclutará jamás obreros con patente de invención. Sin inteligencia y sin voluntad para obrar, nuestro Estado, con un espíritu viejo, es en el carácter *eterno infante*, víctima de la chacota y la burla de sus congéneres. A nadie extrañará, que admitiendo tácitamente el teorismo en la instrucción, se desdeñe la cultura y se tuerza la interpretación de su espíritu, que es genuinamente *educativo*.

La vieja alma del Estado español, esclavo de la rutina, é impotente por lo tanto para la propia renovación espiritual, informa á un cuerpo achacoso, lleno de las más peligrosas *diátesis*. Del concubinato de un despotismo secular (espiritual y corporal) con la libertad y la democracia, nació este organismo escuálido, á quien hubo que amputar, para lograr su *viabilidad*. ¿Se logró? Lo dudo.

El cuerpo del Estado español, bien trajeado, apuesto, con ficticias gallardías en su vejez, acusa una juventud aventurera. Sé, que si quiero ser siempre joven, he de empezar á envejecer en mi juventud, sin ahogarla jamás. Pensamos y pensando nosotros, piensa el Estado, que para ser fuerte basta llevar revólver en el bolsillo, aunque á las piernas cueste trabajo sostener el tronco. Nos creemos fuertes por saber esgrimir muy bien un arma, aunque el espíritu carezca de *presencia* ante los menores peligros. La fuerza para nosotros, no es fortaleza física ni fortaleza moral, es esgrima, destreza bélica individual ó colectiva. La fuerza es coraza marcial que defiende, no voluntad

perseverante, tenaz, incisiva, que en otra voluntad se clava, para hacerla esclava suya. La fuerza la aplicamos más á la defensa del territorio, que al estímulo del corazón y de la voluntad, acicates poderosos del trabajo y de las luchas que implica. Queremos sustantivar la fuerza adjetivando á ella la riqueza y sus venenos (agricultura, industria y comercio), ignorando que el centinela no es para el palacio, sino para el soberano que lo habita. Y aun aquí, palacio y soberano, fueron muchas veces para el *centinela*. Creemos sólo en la patria territorial, aun sin sentir la cenesesia total del territorio. Nos importa poco la fortaleza interior de la voluntad y de los músculos, en la masa, como producto integral de la individualidad; por eso procuramos profesionalizar la fuerza. Y por hacerlo así, torcemos su finalidad, subordinando el cuerpo del Estado á la *subsistencia* de aquélla. Ya lo veremos.

No es de extrañar, por tanto, que el cuerpo del Estado careciendo de glóbulo rojo en su sangre y de sistema circulatorio, viva tan lánguidamente. Lo inconcebible es que no se agencie una medicación depurativa, propinándose hierro en forma asimilable, aun más útil, que el que prodiga para su indumentaria de relumbrón. Sólo la riqueza y la cultura, la riqueza del cuerpo y la del alma, podrían prolongar la vida de este viejo degenerado, poniéndole en condiciones fisiológicas de hacer un *nuevo casamiento* y engendrar en juventud, un sucesor no degenerado por herencia. Aquéllas, al darse á él en virginidad inmaculada, nutrirían ubérrimamente el *Estado nuevo* de la *España joven*.

La economía del *Estado* actual acusa en el presupuesto de su vida los males anteriormente expuestos. A partir del año terrible de nuestra *debâcle*, el promedio de los gastos de todos los departamentos ministeriales durante el quinquenio 1898-1899, se eleva á 432'41 millones de pesetas. Esta cantidad es mucho menor que la de obligaciones generales, pues éstas representan un 63 por 100 del presupuesto total. Esto indica, que para normalizar la vida económica del Estado enfermo, lo primero que hay que hacer es liquidar, pero no consolidando, sino pagando puntualmente. Sólo á medida que el coeficiente de obligaciones generales disminuye, debe aumentar el de los departamentos ministeriales, á no ser que demos otra vuelta al torno, para estrujar al contribuyente más, á fin de que rezume todo el jugo. Los gobiernos llamados niveladores, más atentos á la burocracia hambrienta que á la integridad del crédito, aumentaron después de la catástrofe los gastos de los departamentos ministeriales, mucho más que los de las obligaciones generales.

¿Y cómo los ideales de la vida del Estado y las necesidades de su presente y porvenir participan de esta suma de 400 millones? Así:

Vida del Estado .	Alma. . .	Justicia.	13'34
		Cultura.	17'94
	Cuerpo. . .	Riqueza.	53'80
		Fuerza	268'81

La nutrición del alma del Estado consume anualmente 31'28 millones, gastos de los ministerios de

Instrucción pública y de Justicia (excepción hecha de obligaciones eclesiásticas, que, ó responden á la defensa moral del Estado en su vida interior, al mantenimiento de la paz, viniendo á ser un militarismo espiritual, que mantiene en temor al súbdito, ó corresponden á obligaciones generales). Si se incluyen los 25 millones que los municipios pagan por intermedio del Estado, los gastos para su vida espiritual se elevan á 54 millones. El cuerpo absorbe en los Ministerios de Guerra, Marina, y en Guardia Civil, cruces y pensiones militares, Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas, la enorme suma de 322'61 millones. De la ración alimenticia anual el Estado sólo dedica un 17 por 100 á su vida intelectual y moral, y el resto, ó sea el 83 por 100, al cuerpo.

Tan sólo los ministerios de Guerra y Marina, absorbieron por término medio anual en el quinquenio, 228'37 millones, que con el de cultos se eleva á 268'81. Esta cifra, comparada con lo que se gasta en el fomento de la riqueza, que con trabajo llega á 54 millones (53'80 exactamente), es enorme. Hay una diferencia entre ambas de 215'01 millones. Es decir, que el Estado prefiere una alimentación sobria, bacalao y patatas, con tal de ostentar pomposamente magnificencia militar y eclesiástica. ¿No acusá esta psicología económica del Estado español estructura medieval? El eclesiasticismo y el militarismo fueron en la Edad Media, antes que el concepto de nacionalidad moderna se esbozara, las dos fuerzas vivas más poderosas de aquella sociedad. El Estado español, el viejo Estado español, alimenta en su constitución esas fuerzas vivas de ayer. Así hay derecho á afirmar, que

las fuerzas nuevas de la España nueva mueren de inanición; y las fuerzas viejas de la España vieja, renacen potentes, vigorosas. Hay que sumar á los 500 millones, que el Estado español gasta en compromisos contraídos por pasadas generaciones, esta nueva deuda, que nuestros antecesores nos legaron. Cuando en un presupuesto de 1,000 millones se dedican 768'81 al pasado, ¿cómo pensar en el presente y en el porvenir? Para las generaciones venideras no será siempre pasado, como para nosotros lo es hoy? ¿Y el progreso? Una palabra sin sentido para el Estado español.

España es hoy la nación más militarista del mundo. La que proporcionalmente á su presupuesto de gastos, dedica más al ejército y la marina. Véase sino el siguiente cuadro:

	Deuda, Ejército y Marina	
Inglaterra.	73	por 100 del presupuesto.
Francia.	63	» »
Alemania	48	» »
España.	80	» »

Absorben los gastos de la defensa nacional, según el promedio del quinquenio 1898-1902, el 53'50 por 100 de lo que á todos los ministerios se dedica. Es decir, más de la mitad, mientras Agricultura, Industria y Comercio y Obras Públicas, sólo sacaban un 20'41 por 100.

Si concreta y aisladamente hacemos la confesión de cada uno de los veinte millones de españoles respecto á sus aspiraciones, veremos que todos general-

mente coinciden en el ideal de tener sueldo fijo. Aquí sería fácil organizar el estado colectivista, si coincidiesen con las aspiraciones á la nómina las del trabajo solidario; pero sucede que se busca la nómina para garantizarse contra la miseria y el hambre, sin salir del régimen del ocio. El individuo tiende, sin darse cuenta, á solicitar medios de vida del Estado, ignorando que éste saca todos los recursos de que dispone, del individuo mismo. El funcionarismo crece de una manera espantable. Desde 1850 hasta 1900, el número de funcionarios civiles se triplicó, subiendo de 19,945 hasta 43,154. La ley de bronce pesó sobre sus salarios como sobre los de los obreros que trabajan para el patrono privado, pues si 20 mil funcionarios cobraban á mediados del siglo XIX, 41'58 millones, 43 mil funcionarios en 1900 sólo ganaron uno más. La máquina que llamamos administración no fué perfectible como las de la moderna industria, que intensifican el trabajo, abrevian el tiempo de producción y ahorran obreros. La concurrencia del individuo para lograr convertirse en servidor del Estado es la causa principal de la mezquinidad de los sueldos. De lo cual resulta una mentira estupenda, un mutuo engaño: el individuo trabaja poco para el Estado, porque poco le paga éste; y éste le paga poco, porque aquél trabaja poco y mal. El Estado se convierte en asilo de mendicidad profesional. El individuo prefiere el vagabundaje y el ocio al trabajo libre, á condición de que pueda alimentar la esperanza de poder gravitar un día como parásito sobre el Estado. Hay mártires, es verdad; hay desengañados. El que esto escribe es uno de ellos. A los 24 años

ganaba como escritor más que hoy, como catedrático. á los 28, con más libertad y menor ocupación. El jornal de los obreros de la cultura, de los que pomposamente llamamos catedráticos, asciende á 1,500 francos (líquidos), 4'10 diarios, es decir, la cuarta parte de lo que un albañil en Chicago cobra, y mucho menos que cualquier maestro de escuela europeo, pues las 3,000 pesetas nominales tienen un descuento de 420 y á éste hay que añadir otro de 1,000 para europeizar la nómina, con esta enfermedad monetaria que padecemos. El profesor que quiere europeizar el cerebro ha de viajar por Europa, trabar relaciones con celebridades europeas, ó por lo menos leer libros europeos. Y así respecto de los demás servicios, lo cual no implica mezquinidad en todo, pues empleados del Estado existen, con prebendas cuyos ingresos se calculan en más de 20 mil duros.

Pero el funcionarismo no es un mal exclusivamente español, es universalmente padecido por todos los Estados contemporáneos. En parte la falta de estabilidad económica del individuo moderno, la gran diferencia que existe entre la oferta y demanda de trabajo, la difusión excesiva de una instrucción universitaria falseada, la carencia de iniciativas personales, de fe en sí mismo, los halagos con que brinda una vida ociosa y cómoda á la sombra del Presupuesto de la Nación, son causas todas, que determinan esta tendencia funesta á convertirse en *comensal* del gran banquete, que los laboriosos ofrecen á la burocracia hambrienta y holgazana.

En España, más que en otros Estados europeos, el funcionarismo es plaga social inextirpable. La

Universidad no es escuela de vida, pero sí oficina de *hidalguía*. El titular que sale de ella es para que lo *coloquen*, ó para *colocarse*, para posarse, ó implantarse como vegetal, sobre unos ó sobre otros, no para enlazarse con ellos, con todos, y todos con mutua ayuda y trabajo mutuo, vivir progresando, sin *enraizar jamás* como plantas parásitas en la riqueza de la Nación ó del Estado. Las mínimas raciones del Presupuesto del Estado son para la burocracia española tan útiles, como para el proletariado profesional de nuestro siglo de oro, la sopa de los conventos. Y es que, en el fondo de esta hidalguía con que *aparecemos*, se ve la miseria moral y natural que *padeecemos*... se ve indignidad, *despersonamiento*, baja... El gran racionero de estas legiones de vagabundos suele ser nuestro parlamentarismo, cuyos miembros tienen en los servicios personales del empleado, el contraseguro del éxito en las elecciones, ó en el encaillamiento de Gobernación. Entretéjense admirablemente estos dos elementos, Parlamentarismo y Burocracia, ó funcionarismo, entroncan á veces de un modo tan portentoso, que no es raro ver como en el Presupuesto que se discute, se clama siempre por reorganización de servicios, haciendo sinónima la petición de aumento de salario para el jornalero burócrata.

Donde no hay todavía un Estado industrial, donde quedan tantos vestigios vivos del antiguo régimen, y el ideal del vivir no es personal, ni laborioso, el funcionarismo ha de acusar una algidez espantable. Así, en España. A medida que el Estado se va industrializando poco á poco, el *burócrata* se

convierte en hombre de negocios, en *business man*. Trabaja con la misma laboriosidad y celo que para una casa de comercio. Vive en el Estado para el Estado. Es más libre dentro de él, con mayor responsabilidad en él. Llena su jornada, no como vago encarcelado en la oficina, que va allí de cuerpo presente á hacer cuentitos para periódicos ilustrados, escribir cartas insulsas á los amigos, tomar café, fumar habanos, ó murmurar de nuestros santones políticos glosando el último artículo de fondo, no; cumple en ella como verdadero obrero, y queda satisfecho de su labor. Compárese la organización burocrática de una gran compañía de seguros ó ferrocarriles de Norte-América, con la del Estado español y se verá la diferencia. En España mismo, los empleos que proporcionan nuestras grandes empresas ferroviarias, Banco de España, Tabacalera, etc., ofrecen mayor remuneración, que los del Estado. Este, por otra parte, comete el error ó la injusticia de tratar á todos sus funcionarios por igual, sin tener en cuenta ni la naturaleza del servicio desempeñado, ni la cantidad de trabajo en él gastado. Un ayudante de negociado representa á sus ojos lo mismo que un telegrafista ó un empleado en Correos ó Aduanas. Un catedrático por oposición, tanto como un abogado sin clientela, que logró del Diputado amigo, por solo tener un título, sueldo de 3,000 pesetas ó 2,500. País en donde la rutinaria labor del expedienteo se equipara con el sacerdocio de la enseñanza, con la jerarquía de la cátedra, ni da valor á la cátedra ni á la enseñanza. Para él es una oficina más de información instructiva mediante subida remuneración.

No es de extrañar que, dado este desequilibrio y el sentido altamente positivista del pensar y querer contemporáneos, las verdaderas capacidades de nuestro país miren con más fruición una plaza de Director ó Consejero de las grandes empresas industriales, remuneradas con tres, cinco y diez mil duros, que la de catedrático de la Central que da derecho á ser llamado sabio en la prensa (ó culto por lo menos) con la remuneración de 70 duros al mes. Aquí la cátedra está considerada, por los espíritus sagaces y aviesos, como una prebenda regular y vistosa para tontos con padrino, ó para intelectuales candorosos, que del arroyo á ella suben, mediante esfuerzos desesperados. ¿Se tiene fe en la cátedra?

La ley de la selección, y el antagonismo entre el espíritu de empresa libre y el burocrático del Estado, va poco á poco barriendo hacia las oficinas de éste, el personal inservible de las de aquél y robándole para el primero, lo mejor de las del segundo. Como no hay ideales colectivos, ni sentimiento del servicio á la colectividad, como no se transfiera á ésta los impulsos que al individuo mueven por egoísmo, la burocracia, el funcionarismo español, va siendo cada vez más malo y peor retribuido.

El funcionarismo adopta en España tres formas: religiosa, militar y civil. De hecho, las relaciones de tutela mantenidas por el Estado español respecto á la Iglesia *nacional*, establecieron para éste un compromiso equivalente á nuestra deuda exterior, un compromiso capitalizable aproximadamente en mil millones.

El clero que percibe sueldo del Estado viene á re-

sultar un empleado de éste, un funcionario más, un encargado de mantener á *presión* el orden moral de las conciencias ignorantes, como la Guardia civil es la encargada de velar por el orden material y de restituir por *represión*, á su esfera, al individuo que de ella, libremente y faltando al derecho, se coloca fuera. El militarismo moral del clero, en país de tantos millones de analfabetos es un colaborador importantísimo del *statu quo* gubernamental de oligarquía y despotismo.

El funcionarismo militar (en sus dos ramas, Guerra y Marina), el verdadero militarismo, con su contingente de 26,452 funcionarios, subordinados, jefes y oficiales, absorbe la quinta parte del presupuesto de los Departamentos ministeriales, dos veces más que el Ministerio de Instrucción pública y muchísima más que el de Obras públicas (personal y material comprendidos). Este grupo de funcionarios cuesta á la Nación **90.762,673** pesetas. El promedio de los sueldos de los empleados del Ejército y de la Marina es de 3,430 pesetas.

El funcionarismo civil es el más malo y peor retribuido. Hay según las últimas estadísticas 60,415 funcionarios civiles cuyos sueldos no pasan de 66.251,776 pesetas. El promedio de los sueldos apenas pasa de mil pesetas (1,113 aproximadamente). Es, como se ve, tres veces menor que el de los empleados militares. Véase palpable la proporción:

60,415 funcionarios civiles cobran	66.251,776 ptas.
26,452	» militares » 90.762,673 »

Por lo que respecta al descuento, salen también favorecidos los empleados militares. Un general de brigada, con 10,000 pesetas de sueldo, tiene el mismo descuento que un catedrático de Universidad ó de Instituto con 3,000 ó 3,500. El descuento de los empleados de Guerra y Marina es de 6'82 millones; el de los empleados civiles de 8'52.

El funcionarismo militarista en sus dos ramas, la *eclesiástica* y la *marcial*, consume anualmente 130'76 millones de pesetas. El funcionarismo civil tan sólo 66'25, aproximadamente la mitad. ¿No tenemos en este resultado una nueva confirmación del carácter marcadamente eclesiástico y militarista que el Estado español nos presenta en su estructura económica? ¿No se ve bien palpable la necesidad de crear un Estado genuinamente civil, donde los elementos civiles preponderen y la fuerza moral y la fuerza material sean tan sólo elementos, subordinados de un *civismo* nacional sano y vigoroso? ¿Tienen derecho á predicar democracia y soberanía popular, gobierno de *americana* y *sombrero*, los que reniegan de aquélla ó quitan éste, para rendir en forma de pleitesía, homenaje de esclavitud, á dos elementos que tan sólo representan tradiciones redivivas de un régimen de ayer? ¿Lo tienen? Mientras una minoría de *intelectuales* y de *activos*, de inteligencias en acción, no se ponga de acuerdo para instaurar, con todos sus prestigios y poderes, la personalidad libérrima y suprema del Estado; mientras no sienta con íntima necesidad ese deseo de obrar con orientación adecuada para *crear* Estado, viviremos como *ayer*, esclavos de *ayer*, y, lo que es peor, sin mañana, sin porvenir ni ansias de él.

Un ejército de más de cien mil funcionarios (en sus tres ramas) absorbiendo cerca de 200 millones del presupuesto del Estado, no lo convierten, como dijo Maura, en lista civil de la clase media, sino en clase pasiva, sostenida por la clase media, por el intermedio del Estado. Es sí la lista civil del *proletariado* decente, una carga de justicia (ó de injusticia) de la sociedad española laboriosa. ¡Qué bien se adaptan los holgazanes y parásitos á estos ambientes tan propicios á su vivir, con que el Estado les brinda, dada la complicación de su estructura! ¡Qué bien seestean así! ¡Y qué obstáculo tan grande, qué rémora para avanzar! ¡Qué lastre tan pesado! ¡*Qué lastre!*

A este funcionarismo activo, mentidamente activo, hay que añadir el que constituye el grupo de nuestras clases pasivas. Existen hoy, según el libro del señor Riu, estimable por varios conceptos, 73,958 individuos que cobran por Clases pasivas 70.672,566 pesetas. Este capítulo de la sección de obligaciones generales del presupuesto del Estado, capitalizado convenientemente, tiene un valor actual de 736'39 millones, cifra enorme y dolorosa, si se tiene en cuenta, que muchos cobran un haber pasivo como jubilados en la plenitud de su vida, de los 45 á los 55 años.

Resulta, en síntesis, que el funcionarismo absorbe del presupuesto del Estado, 261'67 millones á repartir entre 160,820 hombres, hijos sí, en su mayoría, de la clase media, pero que no constituyen toda la clase media, sino su proletariado físico y moral, todas aquellas individualidades incapaces de moverse y obrar por sí, los *inadaptados* de la Nación, que viven como parásitos en el Estado y del Estado.

Pero el parasitismo del individuo en el Estado no es tan sólo personal, es también crematístico. Incapaz de trabajo personal, es incapaz también de organizar con libertad personal empresas, para colocar en ellas sus ahorros. Por excesivo instinto de vivir, codicia los valores de renta fija, los valores públicos, cuyo trabajo se reduce á cortar el cupón trimestral y leer cada ocho días en la revista financiera, los que leen, sus fluctuaciones en Bolsa. Es terrible, funesto, funestísimo el temperamento de un capital sórdido como el español, pero cobarde. Carece de juventud. Ni concibe su obra. Vegeta. Duerme. El parasitismo del capital francés es cosmopolita en sus préstamos. El ahorro nacional acecha en el interior su presa y no descansa hasta poseerla. El *financierismo* del capital parasitario es tan tenaz como el *territorialismo*, el apego á la tierra de nuestros pequeños propietarios rurales. Un capital de esta naturaleza, ve en la Deuda nacional la única fuente donde puede saciar su *patriotismo*. No emigra, porque no *dice bien*. Se interna aquí, se ampara en el crédito nacional, porque se cree más seguro; pero por eso solamente. Así el capítulo de Deuda nacional que pasa de 400 millones es la lista civil de la burguesía, de la legión de *parvenus*, de los gastados por *surménage*, ó por codicia. Pasa según las últimas estadísticas de 10,000 millones, de los cuales tan sólo 1,000 están en Exterior. El parasitismo crematístico es dos veces mayor, que el de la burocracia. Burguesía y funcionarismo vienen á ser, como se ve, los dos grandes parásitos del Estado, que absorben de él una savia de 600 millones de pesetas anuales. La organización de este organismo resulta

tan anormal, que sin quererlo y sin saberlo se convierte en aparato de transformación alimenticia de sus parásitos. Así se cumple la nacional antinomia de que con una organización política, que adjetiva el individuo al Estado, resulta éste económicamente adjetivado á aquél, pero con carácter oligárquico. El individuo es para el Estado; pero el Estado es en realidad para algunos individuos. Oligarquía y despotismo se hermanan. El Estado, al no encarnar en la Nación, se distancia cada vez más de ella; y paralelamente á la organización política artificial, que encarna en Gobierno, hay una organización social más amplia, robusta y duradera, que encarna en Nación, la cual va distando cada vez más del Estado, porque éste no responde ni á su fin inmediato ni á su ideal, sino que se serviliza á tradiciones tiránicas. Pero como no hay nación sin Estado, sin organización social con formas políticas, si este régimen de tiranía periclitata, otro régimen de libertad se anuncia. Cuanto más diste el Estado de la Nación, más pronto se hará posible el Estado nuevo, el *Estado civil*, con traje cortado á la moderna, con hábitos de democracia y criterio igualitario. Por eso la revolución no ha de ser *asonada*, amputación violenta y brutal, sino erupción instauradora. Ha de brotar de *adentro*, porque desde arriba es imposible; ha de ser espiritual y viva para ser fecunda y duradera; ha de conmover las conciencias, ha de mover la voluntad, disciplinando el cuerpo en ascetismo laborioso.

Si el individuo se representa al Estado, unas veces como padre bonachón y otras como tutor sin entrañas, según viva á su sombra ó sea explotado por él, el Es-

tado considera siempre al individuo no como célula social de su organización, no como miembro suyo. Es átomo de cuerpo adherido por cohesión y no elemento vivo, que en unión integral con otros, le constituye y le forma. La conciencia de su personalidad social, no es producto de la integración de personalidades individuales, no es conciencia colectiva de individuales conciencias; es ilusión de superioridad, de jerarquía, auto-sugestión de mando en el individuo mismo, que *proyecta* en el Estado su personalidad dominante, que da valor real á una abstracción, ignorando que dentro de la palabra *Estado*, si algo vivo hay, son los individuos que *están*, que *Estado* en último término es *forma general* de ser y de obrar de individuales formas y substancias. Por eso, se establece en la realidad una separación entre el Estado y el Individuo, como si el Estado pudiese existir sin éste, ó éste pudiese vivir sin aquél. Es en último término, el mal del escolasticismo, el *nómina, numina*, de Max Müller, el convertir en *cosas* los *nombres*, que son signos de otras *cosas*.

Cuando se habla de las relaciones entre el individuo y el Estado, ó se refiere uno á las políticas, á las sociales, ó á las económicas. Las relaciones políticas entre el individuo y el Estado, no es oportuno estudiarlas aquí, en primer lugar, porque ya lo están, y en segundo, porque en un bosquejo de psicología económica y social, el aspecto económico y el social deben siempre prevalecer. Antes, sin embargo, conviene advertir, que cuando políticamente el individuo es para el Estado, ó el Estado es para el individuo, las formas económicas y sociales suelen ser fatal secuela de

esta orientación. Individualismo y socialismo económico y social están caracterizados por la separación artificial establecida por muchos pensadores entre el individuo y el Estado. Si en la realidad no existen individualidades sin Estado, ni Estado sin individuos, es cuestión ociosa plantear nuevamente aquí el viejo debate entre individualistas y socialistas. A mi modo de ver, el Estado es producto de los individuos y es forma sustancial de éstos, como la conciencia individual es producto de los elementos y procesos psíquicos y forma sintética de éstos. Es fuerza integral y diferencial á la vez, respecto de dichos procesos y elementos. Así el Estado es fuerza solidarizante de los individuos, pero no por fusión, sino por integración de elementos diferentes. ¿Hay una distinción real entre la conciencia y dichos procesos y elementos psíquicos? no. Pues tampoco existe esa distinción entre el Estado y el individuo. En último termino el *Estado* es el individuo mismo en *estado*, y no puede decirse nunca sin plantear vanamente una cuestión, si el individuo es para su *estado* social ó viceversa, porque la finalidad de las cosas trasciende siempre á algo distinto de las cosas mismas, toda vez que la finalidad por *inmanencia* es pura potencialidad, que para una *operación* ad extra se determina.

La vieja concepción de este dualismo produjo funestos resultados en el orden social y en el orden económico. Al analizar la estructura psicológica de los estados neolatinos, al estudiar su carácter y principalmente el del pueblo español, se ve patente la dualidad. La *eterna auctoritas* del derecho romano, la fuerza formalista de la ley sustantivada, por la casta de

los legistas, en lucha eterna con la barbarie invasora. La fuerza de la razón que ahoga, contra el instinto de individualidad que se subleva. El proselitismo de civilización legal, plasmando la brutalidad juvenil de los invasores. Los bárbaros ansiosos de instaurar un Estado á imagen y semejanza suya. Codicia de transferirles su propio estado. Después de una lucha en que prevaleció el absolutismo, la democracia que dormía en subconciencia, afloró á las instituciones corporativas de la Edad media, engendrando los nuevos estados por transacción unas veces y otras por revolución y violencia: estados de transición. Aquí en España bien vacunada por el Romanismo, la transacción es teórica y la transición artificial. En régimen de democracia pura, la eterna auctoritas, pervive y hay conatos de atavismos antiparlamentarios, ávidos de desprestigiar el régimen, halagos á la tiranía, burlas á la libertad, desprecios á la prensa, por aquellos mismos que un día encontraron en la tribuna un medio de exhibirse y ascender y en la prensa consagración estrepitosa de sus éxitos.

El individuo en relación con el Estado es su siervo, excepto aquellos individuos en quienes artificialmente encarna, que son señores, ó parásitos del señor. Para el Estado y los estadistas españoles, el individuo es materia de gobierno, gente que hay que guiar ó mantener en orden, masas que obedecen y para quienes arbitrariamente se legisla. En el orden social, el Estado no reconoce en el individuo una naturaleza personal y libre con derechos, sino un súbdito más ó menos libre, con deberes. Y en el orden económico, glándula imprescindible, que segrega ri-

queza para subsistir él y en él, los que por él mangonean.

Muy natural y nada extraño parece, que al establecerse esta polarización entre gobernantes y gobernados, el individuo mire con prevención al Estado y el Estado trate de tiranizar al individuo. De aquí la oposición entre el individuo y el Estado. Fraude de una parte; y de otra, tributación excesiva. Jamás corresponden los ingresos calculados á los efectivos. En otro lugar decíamos, «que aquí en España, los cálculos son puramente teóricos, la distribución se hace con el fin de esterilizar las fuerzas económicas del país impidiendo su desarrollo, y la recaudación escasa, embarazosa, inmoral, con muchísimos intermediarios entre el Estado y el contribuyente, con una pereza inmensa en éste para pagar, con una laxitud enorme ó codicia marroquí en aquél, para exigir...» Todos los años queda de un 20 á un 25 por 100 del presupuesto de ingresos por recaudar. Esto demuestra una de estas cosas, ó que el individuo no quiere ó no puede, ó que el Estado no sabe obligarle á querer ó adaptarse á su poder. Los trabajos catastrales descubrieron, principalmente en el Mediodía de España, grandes fraudes en la tributación territorial. El Estado por su parte no se queda corto. Nuestro *incometax*, el impuesto sobre la Deuda se eleva al 20 por 100, mientras en Italia es de 13, en Austria del 17 y en Inglaterra del 15. La contribución territorial, que en buena economía no debe pasar de un 12 por 100, está recargada en España con un 17, un 20 y un 23 por 100. Si el individuo oculta su riqueza para no tributar con exceso, el Estado le exige con exceso, calculando de antemano,

que el individuo oculta. Prefiere imponer gravámenes excesivos, dando espléndidos corretajes á quien se los perciba, á tomarse el trabajo de fiscalizar el fraude. Esta mutua desconfianza entre el individuo y el Estado, es la rémora principal para todo progreso, el obstáculo más grande, que puede oponerse á una buena administración. La Hacienda pública carecerá siempre de fijeza y el crédito público de garantía. Mientras el individuo no tenga conciencia del deber de contribuir económicamente á la vida del Estado, que debe ser la propia, y el Estado no distribuya equitativamente los recursos que del individuo recibe, no exigiéndole más ingresos que lo preciso, sin derrocharlo nunca en inútiles cosas, es imposible caminar hacia adelante. La imprevisión estará siempre á la orden del día y prohi- jará siempre la prodigalidad y el despilfarro, pues suelen derrochar en un momento los miserables, aque- llos elementos de vida de que carecen de ordinario. Para ellos vale más morir de hartazgo en opulencia, que distribuir para un fácil pasar en medianía hu- milde é ignorada, el resultado de los esfuerzos propios ó extraños.

El Estado, como la suprema personalidad de la Na- ción, no ejerce su acción soberana de un modo igual sobre todas las esferas de su jurisdicción. Coinciden con las afirmaciones colectivas de soberanía política, su despersonamiento económico. El que es capaz de *realizar el Derecho*, como dicen los formulistas, no lo es de recabar por sí recursos, para esta realización. La persona política individual se somete voluntaria- mente á la persona política del Estado. Reconoce en él superioridad. Él le defiende y le orienta. Pero esta

tutoría, este paternalismo jurídico, son incompatibles con la soberanía económica del individuo. El instinto brutal de vivir va por un lado; la inteligencia y la voluntad de convivir por otro. No es de extrañar que si el individuo transfiere espontáneamente su poder político al Estado, no haga lo propio con los recursos económicos que éste necesita para conservarse y progresar. Todos los españoles están convencidos de la necesidad social, que tienen del Estado. Todos se consideran inferiores á él y adoradores de él. Pero si con tanto fervor se le rinde culto, la oración vocal no va acompañada de ofrendas. Y es, que concibiendo el Estado como Padre, siendo Hijo, si hay espíritu (no santo) para pedirle mercedes, no lo hay para otorgarle recursos. Nadie cree en la soberanía económica del Estado español. Es pródigo en otorgar, es negligente en pedir. No rige bien los intereses, aun cuando garantice sobradamente los derechos. El individuo es muy superior al Estado. Y así se da la antinomia esta: el individuo reclama la tutela perpetua del Estado, para los asuntos políticos. El Estado apela á la tutela perpetua del individuo, para los asuntos económicos. El que es tutor para garantir derechos ¿no debe serlo también para administrar bienes? El que es capaz en la esfera moral ¿cómo se le declara incapacitado en la económica, que á la moral se subordina? ¿A qué esa artificiosa separación?

Si el Estado es incapaz de pensar y de querer una administración moral con tendencias colectivas, es que los individuos, en quienes concretamente encarne, también lo son. Transfiriendo la soberanía económica del Estado al espíritu de empresa individual,

ni se logra el fin de la transferencia, ni se capacita al individuo, para que llegue un día en que, convencido de su maldad, la impida. En realidad el *tono* moral del Estado es el mismo que el del individuo, y siéndolo, es absurdo delegar, porque con la delegación nada se mejora. Además, alimentando la codicia del individuo con lucrativos corretajes, éste jamás querrá desprenderse de ellos. Y surgirá un antagonismo perdurable entre el individuo y el Estado; mejor dicho, tomará incremento, después de haber surgido por otras causas.

El individuo se creará siempre con derecho á pedir ración del Estado; pero viviendo siempre de su jago, le será inconcebible el deber, que tiene de sostenerlo con su actividad. A un Estado que abandona los prestigios de su independencia económica y voluntariamente se hace esclavo de individuos codiciosos, éstos explotarán la esclavitud, pero se negarán á hacerla desaparecer. Y sólo entonces, cuando las necesidades del vivir apremien, será cuando el individuo indefenso, el que no pudo fijar sus tentáculos en el organismo nacional, pagará los resultados de descuidar función tan respetable y elevada, como la de la administración económica del Estado.

Detrás de los monopolios del Estado, hay poderosas oligarquías económicas y cacicatos financieros. Dentro del capítulo 3.º del presupuesto de ingresos hay diez artículos, que representan un ingreso de 180 millones de pesetas. El monopolio de tabacos, el de cerillas fosfóricas, el de confección de la *Gaceta*, el de fabricación y venta de explosivos, giro mutuo, están arrendados. En el capítulo de contribuciones

indirectas están arrendados también el timbre del Estado y en muchas localidades, los consumos. Háblase de arrendar nuestro servicio de correos, de telégrafos y de teléfonos; de concertar con la sociedad azucarera y hasta con algún sindicato alcoholero, en connivencia con ella, la tributación de azúcares y alcoholes. Con el impuesto de consumos, que nos da á la forzosa la virtud flácida de la abstinencia, ó de la sobriedad, engordan no pocos codiciosos. Las minas de Almadén y de Linares están azechadas por el semitismo francés, y ya en tiempo de Cánovas se hablaba de un empréstito interior con ellas de garantía, resucitando la especie en el primer Ministerio Villaverde. El gubernamentalismo al uso, más ocupado en contestar cartas de recomendación y en preparar discursos de efecto para el Congreso, ó bostezos de aburrimiento para el Senado, no medita sobre esta paulatina desmembración, sobre este aniquilamiento de soberanía, bajo cuyo pabellón todas las codicias se guarecen, creando una nueva forma de vivir parasitariamente en el Estado, más peligrosa aún que la burocracia y el capitalismo. La falta de espíritu industrial en país, que para vivir precisa de industria y de trabajo, el ansia de enriquecerse pronto, la pérdida de colonias, que purificaban el ambiente de la metrópoli de aventureros parásitos, es lo que principalmente congrega al caciquismo financiero, al que desde Madrid y en Madrid mangonea, haciendo su ambiente en el silencio ó en el descuido y proliferándose en colonias múltiples, con más avidez que un microbio tuberculoso. Dios los cría y ellos se juntan. Nunca falta un periodista arrogante y atrevido, un

buen técnico como ellos dicen, hábil para manejar números y fascinar hábilmente con ellos, para inflar el perro ante los incautos, que tragan mal oliente letra de molde, como incomparable aperitivo de codicia. Y aquel cacicato financiero, donde dos firmas de la banca ó de la bolsa campan por sus respetos, como reyezuelos de aventuras á la larga garantidas, toma cuerpo primero en empresa libre y en empresa protegida por el Estado después. Así se logran enormes subvenciones para nuestra mísera red de ferrocarriles, que costaron al contribuyente español mil millones regalados principalmente á empresas extranjeras, y además tarifas dos veces más caras que las europeas. Así se consigue que una Compañía de navegación, subvencionada con nueve millones de pesetas, siendo el valor de la flota sólo de 25, haya recibido en poco tiempo del Estado protector cerca de cien millones. Así, logran Compañías, como la Arrendataria en 15 años, utilidades por valor de cien millones de pesetas. Así gana el Banco de España cada año, un tercio de su capital ó por lo menos un cuarto. ¿A qué seguir? Desde el gemido doloroso del esfuerzo humano, exhalado en la soledad de nuestros campos depauperados, hasta las alturas de este ambiente de protección y de opulencia, existe hoy tanta distancia, que ni se ve la dilapidación desde abajo, ni desde arriba, nuestros grandes *vivants* y *viveurs*, contemplan compasivos la miseria. Por eso, mientras á Dios rezan palabras de caridad para el prójimo, le asesinan en su corazón con instintos de codicia.

Ya que el capital aventurero tiende á ser ó estar

en función homóloga al capital rentístico, nuestro espíritu industrial debiera al menos contrapesar sus abusos. Y no sucede así desgraciadamente. La industria en España es para los industriales. No son los industriales para la industria. El arancel es una garantía de interés al empresario libre, al productor, no una muralla, que defiende el producto. Por eso se convierte, como decía Marx, en *fábrica de fabricantes* y viene á ser un nuevo monopolio, de carácter marcadamente regional: textil en Cataluña, trigoero en Castilla, siderúrgico en Vizcaya, vinícola en toda España; un monopolio, que si bien produce al Estado una renta segura de 150 millones de pesetas, cuesta al país más del triple. Por él, este Estado y algunos individuos, forman sociedad comanditaria para explotar á los demás, aunque en último término todos se explotan mutuamente.

De todo lo cual resulta, que el Estado español es un órgano del funcionarismo y de la plutocracia; y que los españoles esclavos de éstos, por intermedio de aquél, están obligados á ejercer su actividad política para purificarle, á hacerse glóbulo rojo de su sangre degenerada, para luchar con microorganismos tan peligrosos y pertinaces en su voracidad.

El Estado si quiere defenderse de estos dos enemigos ha de apoyarse en las fuerzas productoras, dándoles facilidades para que intervengan en la vida pública, ya que son las únicas que la sostienen. El impuesto de utilidades, que representa cerca de 130 millones de pesetas de ingresos para el Estado y es de ayer, recae principalmente sobre el trabajo personal. Cuando se transforme en progresivo, como en Suiza,

y como trata de establecerse en Francia, será el único que pueda educar en ascetismo laborioso, nuestra plutocracia indolente, perezosa y sórdida. En conjunción con la mano de obra, mal pagada, pero muy bien explotada, buscará con avidez originales iniciativas; se redimirá de la rutina y del ocio y se hará virilmente progresiva.

Así, el Estado, se orientará hacia un régimen de democracia económica, donde á sus ojos, trabajo y capital sean legalmente iguales, sin privilegio para ninguno. Y así, obligará á orientar al individuo haciéndole forzosamente laborioso y pensador, obligándole á querer la cultura y la educación social para el trabajo, como una necesidad más que como un tópico sociológico de actualidad palpitante. Cuando el individuo persiga el saber tendrá norma propia para vivir; y al poseerla dejará de ser mendigo profesional ó parásito de oficio. Mereciendo la libertad por haberla conquistado, sabrá gustar sus dulzuras y paladear su triunfo.

V

LA VIDA SOCIAL

Consiste la mentira social española en querer aparecer como civilizados ante el mundo civilizado, siendo en realidad salvajes; en aspirar á presentarnos en núcleo de colectividad grande, sin ser más que pueblo formado por pequeños agregados nómadas. Tenemos la cohesión física, que nos da la territorialidad, geográficamente aislada del resto del continente y del planeta. A pesar de una gran rarefacción demográfica, de una orografía heterogénea y de múltiples y opuestos climas, el *regional español*, por muy regional que parezca, es ante todo y sobre todo *peninsular*, diferenciándose de los demás peninsulares de Europa, en tender al aislamiento, en oponer una resistencia sistemática á la convivencia continental.

Esta cohesión física, esta uniformidad aparente, carece en realidad de alma, de conciencia. Hemos llegado á ser solidarios á *presión*, y no por *integración*. Nuestra individualidad está presa en las redes de la conciencia histórica muerta y de la necesidad pre-

sente rudimentaria; vive ahogada por una falsa y miserable herencia de gloria, en *mendicidad perdurable* y en *temor*, sin que en ella pueda arraigar nunca la semilla de la libertad, para tonificarla en saludable fortaleza. Nuestro yo individual es cadavérico; una forma, un receptáculo, una capacidad pasiva ó una masa de fácil plasmabilidad, que por sugestión se disgrega. No es célula de organismo social viviente, que se reproduce antes de morir, sino partícula cristalizada en poliédricas formas, semejante al mineral que integra. Venimos á la existencia con individualidad aplastada, y la conciencia que más tarde adquirimos de ella, nunca nos es propia, aun cuando nos hagamos tal ilusión. Estamos enjaulados en una forma de individualidad, que por selección artificial se ha determinado, donde su crecimiento espontáneo es imposible. En esa forma, que no es nuestra, se contiene una materia mental ajena, y una materia emocional primitiva, que de ella constantemente se desborda.

El *yo* de nuestra infancia lo formamos haciendo gravitar sobre él toda la autoridad romana del *paterfamilias*, superviviente solamente aquí, cuando abandonado á sí mismo, no crece como salvaje arbusto, con exuberancia enorme en su ramaje, pero sin arraigo firme en la tierra que le nutre, que es la sociedad donde vegeta. El cura y el maestro, ó el director del Colegio industrial, asumiendo ambas funciones, toman por su cuenta nuestra primera generación, á ellos entregada por padres perezosos é ignorantes, para ponerle el marchamo de una instrucción palabrera, sin cultivar su alma, depositando en

ella el sagrado fermento de la personalidad futura. La escuela y la Universidad son fábrica de maniqués con instrucción, y no vivero de almas con carácter. Por haberse uniformizado éste, se ha perdido, como la variedad polítona del paisaje de la tarde se pierde en las obscuras monotonías de la noche. Y si la individualidad de nuestra aristocracia intelectual está castrada, ¿qué será del inmenso número de hombres sin instrucción ni cultura? La conciencia psicológica de nuestro yo individual nos revela un conglomerado estático, yacente, de substancia mental y emocional momificada. No hay panoramas interiores ni cambiantes perspectivas. Hoy como ayer, mañana como hoy. Pura identidad numérica, sin viviente renovación psicológica. Vinculamos el personalismo en la memoria. Somos porque sabemos que hemos sido; pero en cuanto actualmente somos, ¿sabemos lo que seremos? ¿Para qué sirve el saber pasado, sino para el vivir futuro? Así, sin carácter y sin personalidad psicológica integral, formada por la conciencia del esfuerzo, de la voluntad y del poder, en conjunción con los recursos mentales para el obrar escogidos, se desliza nuestro vivir individual sin trayectoria fija. Por eso el choque con los demás se hace inevitable.

La constante aspiración de una personalidad normal, es crecer siempre y sin descanso en intensidad y en extensión: *ser más y poder más*; el individuo español no aspira á eso, sino á dominar más. Hemos nacido para ser señores todos, en un pueblo natural y socialmente esclavo, porque dentro de las aspiraciones al dominio, está la esclavitud de la pasión alimentada por la esperanza. Y el que desespera en

dominar comienza á sentir el yugo. Es un vencido en el combate. Los españoles medimos nuestro ser, la intensidad personal de nuestro yo, por el parecer ante otros. Es éste un yo de fachada majestuosa y severa, sobrio en las luces y en la parte ornamental, con fuertes aleros para defensa de la intemperie y del sol, pero inhabitado dentro. Medimos el poder, no por la conciencia personal de nuestro esfuerzo, sino *á posteriori*, por la mayor ó menor masa rebañega que dirigimos. Después de haber sido y dominado, el yo superior se forma, y no viceversa.

Carecemos, como se ve, de mundo interno, amplio y comprensivo de la realidad, que en él se ha de reflejar. Somos interiormente como la caldera de vapor, sujeta á múltiples presiones; pero carecemos del manómetro para determinar su resistencia máxima. Vamos á ciegas hacia el porvenir, sin orientación, á la aventura, pero rastreando. ¿No fué nuestra expansión histórica, aventurera? ¿No es la lotería una aventura económica? Llevamos en nosotros el germen del ritualismo social, vinculándolo todo en puras formas aparentes, hechas ó determinadas por sugestión externa, sin acusar jamás una íntima estructura.

El individuo, como unidad de nuestro grupo social, es un centro inconsciente de acción y de pasión, formado por instintos propios semisalvajes ó feroces, y una instrucción y educación ajena, excesivamente uniforme, que no encarna jamás en aquéllos, para suavizar su indómita acometividad ó su resistencia intolerante. El núcleo de su existencia es el instinto de su personalidad, el *self-feeling* de la psicología inglesa, pero en bruto. Paradoja viviente,

formada por una semiestructura mental del siglo XX, en rebelde asociación con los estados emotivos de un negro del Senegal, es un salvaje con epidermis de hombre civil, un ser falsamente educado, un producto adulterado de la civilización.

Nuestro carácter, y dentro de él toda nuestra vida individual, tienen dos fases: una, que se revela por la conciencia individual; y otra, que se refleja en la conciencia social, en la opinión. La diferenciación de la persona individual no puede precisarse jamás, sin que en ella intervengan estos dos factores. Según que predomine el elemento interno sobre el externo ó social, se constituyen dos tipos de individualidad social: el yo *eyectivo*, que se forma por expansión; el yo centrífugo, con un poder generador interno, y el yo centripeto, ó *conjuntivo*, determinado por el medio social y por las personas individuales ó sociales. Así, este yo social, no es el espíritu colectivo reflejado en la conciencia social, sino el yo individual, representado en el yo individual y social y en interdependencia constante con él. En cuanto mi individualidad se refleja en la conciencia individual de los demás y en la conciencia social de mi pueblo ó de mi raza, suscitando en ellos motivos de repulsión ó simpatía, tiene un aspecto social. Entre el individuo concentrado en su mundo interior y el individuo considerado como célula social, está el yo individual social, por el cual su personalidad se hace tanto más ó mejor sociable, cuanto con más perfección se adapta al espíritu social.

El yo individual social está sometido, por consiguiente, á la ley de todo organismo vivo: se deter-

mina, crece y se extingue. Pocas veces coinciden las fases de este crecimiento con la edad psicofisiológica. Hay celebridades prematuras y seniles.

Pero el crecimiento del yo individual social en nuestro agregado no es normal, ni mucho menos.

El yo centrífugo, el que quiere forjarse por el propio esfuerzo, su propio yo social, está sometido á una violenta lucha, á un batallar rudo y pertinaz, y nunca vence, si no es perseverante. Consagramos la celebridad de nuestros autodidactos, después que dejan de serlo, para convertirse en dogmáticos. Echamos á rodar un nombre, después de haber hecho, con intención mezquina, el vacío en derredor de una personalidad. Entre nuestros contemporáneos, ¡cuántos desalentados, cuántos vencidos en su lucha contra el silencio! Y entre nuestras celebridades, ¡cuántas almas dislocadas por haber dejado superfetar artificialmente un yo social formado de aluvión, sobre su propio y primitivo yo psicológico!

El yo que trata de imponerse en son de lucha, por imperiosa que sea la superioridad, sucumbe. Un agregado social formado de medianías y de tontos, sólo deifica sus héroes cuando éstos se sacrifican primero en aras de la adulación. El primer dios es el que otorga la ofrenda al triunfador. Por eso se adulteran por el convencionalismo, ó envejecen en la obscuridad, tantas individualidades poderosas que sólo viven en la subconsciencia de la raza, como reserva de inestimable valor en sus períodos de crisis, ó de prueba.

Por regla general, prevalece el otro yo, el centrípeto, el que se forma por convención, y generalmente

por conveniencia, de los que jerárquicamente imperan en nuestro mundo social.

Como el animal invertebrado, tiene una masa uniforme de convencionalismo social y una epidermis brillante de mentira. Es el patrón de todas las medianías ilustres: de las celebridades de la cátedra, consagradas por la retórica ó por el servilismo; de los hombres robustos, de las figuras arrogantes, que como caballos de parada, exige el buen parecer en nuestros salones; de los tontos audaces, encaminados hacia la prensa ó la política; de los capitalistas ociosos, que pasan bostezando, sin hastiarse, una vida distribuída con rutinario automatismo.

Siendo interminable la serie y tan conocidos los tipos, ¿á qué seguir?

Nuestra sociedad española no consiente jamás individualidades autócratas: tolera la accesión del luchador honrado, con tal que primero rinda pleito homenaje, inmerecido, á la fatua legión de los consagrados por la cultura de academia ó por la riqueza de patrimonio; pero nunca reconocerá el triunfo por el esfuerzo desalojado, sino por el convencionalismo tácticamente admitido.

Como el elemento mental y el elemento emocional son antagónicos en el yo individual, ese antagonismo se refleja necesariamente en el aspecto social de nuestra individualidad. Sabemos que Fulano vale más que Zutano, pero no queremos reconocerlo, ni menos anunciarlo públicamente, porque no nos conviene. Sabemos que las celebridades consagradas por la prensa son mentira, pero no queremos descubrir en ella las verdaderas celebridades. Presumimos que tal

individuo en tal cargo, lo haría mejor que tal otro, pero procuramos preterirlo cuando se trata de encumbrarlo. Nos repugna todo crecimiento espontáneo y rápido, como á la muchedumbre de uniforme estatura, el gigante que con ella se codea y con su vista la domina.

De todo lo cual resulta, que por ley artificial, hecha ya habitual, el superhombre, ó mejor dicho, el *preterhombre*, es imposible en la vida social latina, y más imposible aún en la vida social española. Como en la conciencia individual se establecen generalmente centros definidos de asociación, según la herencia, el medio, el hábito, etc., así también en la persona social, las individualidades poderosas son otros tantos nodos, que agrupan á su alrededor los elementos gregarios por tendencia, y los encauzan hacia una afirmación, ó hacia un ideal. Aquí, nuestros superhombres, nuestras individualidades más fuertes, la flor de nuestra raza, se devora bárbaramente en fútiles torneos, azuzada por astutas medianías, ávidas del desfallecimiento y muerte prematura de los héroes, para alzarse sobre el pavés y ser espontáneamente aclamada. Por eso, el aspecto social del yo individual no es uniforme y compacto. Semeja más bien á un mosaico raro, de pareceres diversos, que á un extenso panorama con unidad y armonía.

Ha sido necesario un detenido estudio de nuestra individualidad introspectiva y de nuestra individualidad social, para precisar el coeficiente de sociabilidad. Esta puede ser: ó absoluta, cuando se refiere solamente á la cualidad de las relaciones intermentales ó interemocionales y á la cooperación posible

para la acción colectiva; ó relativa, cuando está en función de la herencia social y del medio social y físico. Generalmente, la mayor ó menor sociabilidad de un grupo arranca de la cantidad y calidad de los individuos que le constituyen y de la forma de su concreción demográfica en el territorio en que viven; del esfuerzo que para la existencia han de desalojar; de la ponderación de las propias energías, con la eficacia virtual de la acción. Se puede asegurar, que sin una individualidad poderosa no hay sociabilidad posible. El español, generalmente con más sentimiento de individualidad, que conciencia individual (á diferencia del anglosajón, que con viva conciencia de su yo introspectivo, como dice Martin Hume, lo deja moldear por el medio y lo pone en consonancia con el *alter ó socius* de los demás), es por esto mismo poco sociable. Porque el tono sentimental no acusa, sino que exagera el material psíquico que constituye el yo introspectivo; porque el yo social, en vez de adaptarse y coordinarse al grupo, explota entre él, ó sobre él gravita.

A igualdad numérica de población, la sociabilidad de 20 millones de españoles es menor que la de 20 millones de ingleses, pues la individualidad aislada de un español, es menor que la individualidad aislada de un inglés. El área de esta individualidad en la mente social es más reducida. Un publicista español apenas pasa de 30 ó 40,000 lectores. En cambio, los norteamericanos é ingleses llegan á 300 y 500,000. Entre el mundo interno de la individualidad y su ambiente social hay una continua conjugación de vida, de ideas y sentimientos. El tono social, intensificado

poderosamente por los imperceptibles estímulos de la individualidad radiante, llega á equilibrarse por fin, á formar seguro bloque de conciencia, alimentándole con veneros de renovada y de perenne vida.

En las inmensas llanuras centrales de la península española, más de 250,000 kilómetros cuadrados de suelo territorial, que huye de las brisas de los mares con sus enormes alturas geográficas de 650 metros, para ser constantemente azotado por las inclemencias del cielo, vive miserablemente una población de seis millones y medio de habitantes. Las dos Castillas, parte del reino de Aragón y del de Murcia, el Norte de Andalucía, Extremadura y León, sólo poseen el mismo número de habitantes que Londres, Liverpool, Birmingham y Manchester. Cuatro poblaciones inglesas representan más, cuantitativa y cualitativamente, que veinte provincias españolas en la humanidad. En nuestro centro territorial parece vivir la soledad errante ó vagabunda por las llanuras inmensas de una tierra desolada. El eco de la voz se pierde en la llanura. La visión se abruma en el vacío. La luz, reverberada en el ambiente, nos ofusca y anonada. Desvanécese la noción del tiempo y el estímulo para la acción, en vértigo perdurable y doloroso. La realidad es un sueño, y en él se cobija y atesora toda la verdad. En 150,000 kilómetros de tierra inglesa, y en el país de Gales, vive una población diez y siete veces más numerosa que en Castilla. ¡Y qué diferencia entre estas dos regiones! ¡Si aquélla pudiera capitalizar el sol en energías industriales y percibir su luz tonificadora y gozar de las serenidades de este cielo!...

El hombre alejado del hombre pierde la noción de

sociabilidad humana. La inmensidad del paisaje aplasta la individualidad, la subyuga ó la fascina. Tal vez por sugestión la falsea, agrandándole formalmente, sin nutrirle cualitativamente.

Nuestra población costera, más densa y numerosa, pierde también su personalidad en el litoral. Atada, fuertemente atada al núcleo histórico de la nacionalidad medioeval, si en el mar encuentra el vehículo más fácil de sociabilidad, tras sus espaldas está el amarre, hecho en roca incommovible, de intolerancia y de inacción. Y en las dos Españas, en la de dentro y la de fuera, en la España bañada por el mar y en la del mar alejada, una población rural numerosísima se congrega en imperceptibles grupos, consagrados á cultivar con ignorancia y desamor la tierra, regándola con los sudores del trabajo, para producir el fruto que no ha de alimentarle. En vano pide en la clásica oración al buen Dios, en quien férvidamente cree y con perseverancia espera, el pan de cada día. Bajo la epitelial corteza de tierra vegetal está el tesoro. En el subsuelo se guarda la nueva savia de vida redentora, reservada por Dios para los años penuriosos, y vilmente acaparada por el hombre. Como las individualidades poderosas son centro de asociación para un grupo elemental, las ciudades y las metrópolis son puntos de convergencia é irradiación de una vida social más ó menos intensiva y extensa, según sea su importancia demográfica y económica. Son las ciudades las que suelen imprimir fisonomía á la sociabilidad total de un país. Londres y Glasgow, industriales, determinan en Inglaterra la sociabilidad industrial. Chicago y Nueva York, comerciales é indus-

triales, dan timbre económico especial y estructura de sociabilidad adecuada, á un inmenso territorio formado por importantes elementos agrícolas, que por inducción á su vez se industrializan. París, burocrático y bullanguero, y Berlín, imperialista, en vez de cooperar, contrapesan ó restringen la acción industrial del Havre y de Hamburgo. San Petersburgo y Madrid, encéfalos de un Estado de sociabilidad medioeval, sobre la base de una propiedad agrícola, con población económica servil y con un feudalismo más marcado en su régimen industrial exótico, desvirtúan la solidaridad más intensa, la *sinestesia* más viva de sus grandes puertos comerciales y de sus ciudades fabriles.

Hay ciudades que representan nuestra herencia social. Hay otras que simbolizan y encarnan nuestro porvenir. Entre los elementos arcaicos y atávicos, hoy preponderantes en España, y los elementos novadores; entre lo que pudiera llamarse nuestra mentalidad histórica, vinculada en anales de gloria y de pobreza, y nuestra emotividad social, nuestro estímulo por vivir mejor, se está trabando hoy el más rudo y silencioso de los combates. Los unos confían en el número. Los otros se basan en su poder y en su estrategia. Y esta lucha, que es una verdadera crisis para el alma de nuestro pueblo, determinará la integración ó la muerte del yo colectivo, desdoblado ó dislocado por fuerzas que, en vez de conjugarse, se destruyen.

Esta misma lucha se revela en el orden individual. Sobre unos predomina más la herencia, y son atávicos; en otros prepondera el porvenir, y son activos, especuladores, aventureros.

Tiempo y territorio son condición indispensable para la sociabilidad. El tiempo nos recoge hacia dentro, hacia lo que ha muerto para no volver. El territorio desmesuradamente grande, en vez de congregarnos, nos disgrega. Si alguna solidaridad adquirimos, se hace pronto delicuescente, como el cloruro de sodio, al ponerse en contacto con la susceptibilidad más leve ó con el espionaje solapado. Estamos más unidos á la memoria de nuestros antepasados por las perspectivas del recuerdo vago y frío, que á los prójimos con quien vivimos en lucha desesperada por el pan, ó por la fama, sin amor. Como la fiera en las soledades de la selva, somos propensos á medir nuestra acometividad ó nuestro poder en magnitudes absolutas, agrandadas por el espejismo mental. Tenemos idea clara y viva de los contemporáneos en el espacio y en el tiempo; pero nuestra mentalidad es puramente *representativa*. Poner en conjunción dos representaciones pertenecientes á distintas individualidades, establecer entre ellas una relación intermental, exige en el intelecto de la raza una tendencia al pensar *activo*, *inspectivo*, más que á la percepción puramente *representativa* ó *pasiva*. Todo el calor mental de nuestra alma, que tiende á irradiarse hacia otra ó conjugarse en ella, lo invertimos pródigamente en hogar estúpido de sacrificio *autolátrico*, procurando cerrar herméticamente las válvulas de nuestra personalidad, para asfixiarnos en ella.

Por esta falta de interversión mental en las individualidades, es múltiple su tono, é imposible su consonancia. Siendo cuerdas de la misma calidad, y pudiendo vibrar á igual tensión, no integran nunca

sus acordes. Ahora se explica, cómo á la mente individual de nuestra raza se le hace inconcebible la idea colectiva, *concreta*, formada previamente por representación de acciones intermentales múltiples. Por eso, por ser incapaces de la representación total de la mentalidad de nuestro grupo, se nos resiste el obrar colectivo, ó por mejor decir, cooperativo. En la química social de un grupo sano, las acciones y reacciones mentales que tienen lugar entre los individuos que le constituyen, dan como precipitado la acción ó reacción de una voluntad colectiva, fuerte, unánime, tenaz, perseverante. En los grupos de nuestra raza, el resultado es cero. Si para pensar son intolerantes, mentalmente impenetrables, para obrar son *sinabúlicos*. Sólo se mueven cuando se les arrastra ó cuando se les empuja. Cuando un fuerte peso gravita sobre ellos, no reaccionan. Si por impulsión un elemento subyacente los eleva, se dejan ir á la descuidada para fracasar después en el precipicio. Son parias de una raza degenerada, condenados fatalmente á perpetua servidumbre. Cultivan los campos de la tierra, pero no son para sí; laboran en los mundos de la mente y son asalariados serviles de la ciencia autoritaria, brutalmente autoritaria, de un nombre más ó menos divulgado, ó de efectismos intelectualistas, pasajeros.

Por ser atomista la sociabilidad individual, no se constituyen grupos densos; y por ser atómicos estos grupos, es infinitésima la sociabilidad colectiva.

Si *à priori* y por el estudio psicológico de nuestra individualidad se explica la mentira social, *à posteriori* se comprueba por los datos de la sociometría comparada.

En todo agregado social se dan siempre tres estructuras fundamentales: la del encéfalo, que es la de la capital ó metrópoli de la nación ó del Estado; la del elemento urbano, complemento de éste, y la del rural, base ó sistema muscular del trabajo ó de la producción, cuando se trata de países esencialmente agrícolas como España. La diferencia entre una sociedad normal y una sociedad anormal, consiste en que, mientras en aquélla estos tres elementos están en mutua interdependencia ó en gradual subordinación, en ésta se dan estratificaciones superyacentes de los mismos, sin raigambre viva entre sí. En esto influye también el sistema arterial de nuestra territorialidad: el camino de hierro dió solidaridad estrecha á nuestros grandes agregados urbanos, estimulando su vitalidad cuando de vivir eran dignos, ó esclavizándoles á otros, al no poder resistir con ellos una competencia dentro de la convivencia. Por eso, hay una España urbana más cerca de las poblaciones urbanas del continente europeo, que de la España rural oprimida. Las carreteras y los caminos de hierro ponen en comunicación rápida y constante nuestras villas y nuestras ciudades con la capital de la nación; pero, en cambio, olvidan la enorme masa de población rural sin convivencia actual posible con la población urbana, que ejerce sobre ella una irresistible presión, impidiéndola crecer, ó haciéndola emigrar.

Hay que ver cómo los campos españoles, en labor cruenta y silenciosa, luchan en vano por redimirse, ó creen con esperanza, en la redención del dios Estado. Ellos son los únicos liberadores de ésa deidad estúpida, forjada en la esclavitud y en el temor para tor-

tura interminable de su cuerpo y de su espíritu, condenados ambos á la miseria y al hambre por dar cándidamente el jugo de su vida al parásito, que los explota sin piedad y que creen necesario.

Cuando se asfixia su alma en la desesperación, ó se expatrián con amargura, ó se entregan á la muerte sin consuelo. De ellos brota toda lá vida, todo el verdor y lozanía que hace medrar nuestras ciudades populosas, nutriéndolas con savia joven, dándoles fecundadora simiente, tonificándolas en su cansancio, ó haciéndolas ubérrimas para multiplicarse y crecer. A ellos vuelven los organismos gastados y decrepitos, tuberculosos de alma y cuerpo, para retoñar á nueva vida, después de disipar en sano ambiente sus miserias. Son como timón en la ruta y como ancla en el naufragio.

Allí, en el latifundio inmenso y estéril, ó en el minifundio depauperado, viven quince millones de españoles, amargando todos los pesares de la vida, exacerbados, sin poder jamás gustar ningún deseo, ni cuajar una esperanza, ni forjar una ilusión. Y en sus almas vírgenes como tierra sin roturar, y en su corazón de niños, se guarda todo el tesoro de nuestra raza, toda una inmensa riqueza virtual no valorada ni explotada por los que forjan patria en letras de molde, como el eunuco, que, incapaz de engendrar, remeda perfectamente las actitudes y movimientos del acto genésico. Vientos novadores y tempestades renovadoras podrán tal vez purificar este ambiente lleno de productos miasmáticos, estas mansiones de la ciudad española, donde se enjaula el alma en mentira y el estómago en miseria. ¡Aire, luz y vida de los campos;

alma y corazón de las aldeas y caseríos; sinceridad y fortaleza para retemplar en ellos nuestro organismo social enfermo, y para recrear la patria por él degenerada y oprimida!

Hay que urbanizar el campo y ruralizar la ciudad al mismo tiempo. Hay que dotar de glóbulos rojos la sangre clorótica de nuestras ciudades y roturar el alma de la España rural, para que en ellas germine y viva la idea generadora de la acción libre, personal y solidaria.

Está roto el equilibrio entre el valor sociométrico de nuestra capitalidad, de nuestras grandes ciudades y de nuestros campos. Madrid apenas pasa de medio millón de almas. Las ciudades españolas superiores á cincuenta mil habitantes suman poco más de dos millones. Quedan diez y siete millones y medio para nuestros campos, nuestras villas y nuestras ciudades de último orden. ¿Qué nos dice respecto á esto la estadística de otros países? Veamos el tanto por ciento de la población total, que representa la población de la capital de las grandes ciudades y de los campos en Inglaterra, Alemania, Francia y España en este cuadro comparativo:

	Inglaterra	Francia	Alemania	España
Capital.	11'20%	6'60	3'20	2'69
Ciudades de 50,000 habitantes y mayores de 50,000.	27'00	9'90	14'60	10'67
Población rural y ciudades infe- riores á 50,000 habitantes. . . .	61'80	83'50	82'20	86'64

En Inglaterra, país típico de la sociabilidad y del individualismo, predominan el nervio y el músculo, poseyendo además un gran encéfalo. Las capitales forjan iniciativas; el país, con sus brazos, las plástica. En Francia la subordinación está en razón inversa de la masa. La capitalidad pierde importancia; pero, en cambio, ejercen más influencia las grandes ciudades, donde se cobija toda la industria y el comercio de la nación; y los campos, que sostienen una Francia rural, próspera, rica y laboriosa, sobre la cual, principalmente, gravita la enorme pesadumbre económica de un estado típicamente burocrático. En Alemania, el papel de la capitalidad es menor que en Francia; pero, en cambio, el de las grandes ciudades la supera. En España, la capitalidad de la nación, por su importancia social, es insignificante. Somos un país de encéfalo rudimentario, por no decir atrofiado. Nuestras grandes ciudades son, sociométricamente, superiores; pero todo se subordina, por la masa y por la calidad, al último grupo, al rural. En nuestra estructura social predominan las pequeñas ciudades, las villas, aldeas y caseríos; y el carácter de esta estructura es ser fragmentaria, atómica, incoherente. Es la más apropiada para que el morbo caciquil germine. Divide y triunfarás. Hay dos ó tres millones de españoles que constituyen una *pepinière* de europeísmo. En cambio, hay más de diez y seis, cuya sociabilidad es genuinamente marroquí.

Si se comparan ahora las capitalidades de las tres naciones indicadas, con la de España, vemos que relativamente al grupo respectivo de población, España es la que tiene un encéfalo social más reducido en

cantidad, menos resistente en calidad; por eso se llama ciudad de la muerte, y menos laborioso en acción; por eso se considera como el albergue más hospitalario para mendigos, vagabundos é histriones. Pocos viven en Madrid de su trabajo. Los más, del trabajo de otros, ó explotando la caridad en estudiadas fórmulas impetratorias. Necesita, por lo tanto, crecer en importancia la capital de la nación, para que sirva en toda ella como principal foco radiador de sociabilidad, de patriotismo y de cultura, en vez de ser como la esponja absorbente de todo el jugo nacional.

Pero además, es preciso que las grandes ciudades, grandes, no por su historia, sino por su presente, suban, medren: para eso hay que dotarlas de merecida autonomía; hay que fomentar en ellas la inmigración de la población económica, inactiva por falta de trabajo en los campos; deben estimularse las corporaciones municipales, haciéndolas émulas del robusto municipalismo inglés, que, como nuevo poder, se alza enfrente de las grandes empresas especuladoras con los servicios de las ciudades, ya que amparadas vivieron mucho tiempo á la sombra del poder central por ellas asalariado.

¡Que perezcan en el olvido, que acaben de una vez su agonía esas ciudades moribundas, que, como células atávicas, devoran, en *fagocitosis* perpetua, toda la vitalidad de los que, por sí y por su esfuerzo, ansían redimirse para vivir libres de los sueños de la historia, de la obsesión de la muerte y del feudo de la capitalidad, en un concierto mutuo, perseverante, de amor y de trabajo! Ellas, las encargadas de plasmar la

salvaje virginidad de un pueblo menos indisciplinado que ineducado, podrán mostrar la inesperada aurora de redención al mundo civilizado, que en nuestro descrédito se goza, para mantenernos en crónica convalecencia. Ven en espejismo nuestros pulmones cavernosos, sin darse cuenta del poder asimilador, de la fuerza nutritiva del enfermo. He ahí el único camino posible para lograr la sociabilidad de que carecemos, dotando á España de un sistema neurosocial robusto y poderoso. Estoy por la pedagogía social ortopédica, más que por la quirúrgica.

El malogrado sociólogo francés A. Coste, en sus estimables estudios de sociometría comparada, llega á los siguientes resultados. Tomando á Francia como tipo ó unidad, y que es igual á 100, resulta que el poder sociométrico de Inglaterra es igual á 175, y el de España á 50 solamente. De suerte, que Francia tiene una sociabilidad igual al doble de la nuestra, é Inglaterra una sociabilidad de tres á cuatro veces mayor. Eso depende, en gran parte, de que mientras en Inglaterra la población urbana representa el 77 por 100 de la población total, la rural sólo representa el 23 por 100. Las ciudades están pobladas por 25 millones de habitantes, y los campos por 7.000,000 solamente. En Francia, según el censo de 1891, la población urbana representaba solamente el 37'4 por 100 de la total, y la población rural el 62'60 por 100, teniendo las ciudades de 30,000 habitantes, y las superiores á esta cifra, una población de 8'66 millones. En Alemania la población urbana y la rural están representadas por el 50 por 100. Y en España, donde las poblaciones superiores á 30,000 habitantes sólo ascien-

den á 3'06 millones, según el último censo, podemos considerar, que de los 20.000.000 de población total, quince pertenecen al elemento rural y cinco solamente al elemento urbano. Tendremos, pues, que el elemento urbano representa el 25 por 100, y el rural el 75 de nuestra población total, estando, con relación á Inglaterra, invertidos los términos, y muy distantes de los coeficientes respectivos de Francia y Alemania.

Otra prueba más de nuestra insociabilidad: el falso sentido de la patria territorial, el territorialismo huero, invertebrado, y la deficiencia é imperfección de los medios circulatorios para hombres, cosas é ideas. Hay en Europa cuatro Estados que tienen, aproximadamente, el mismo territorio: España, Francia, Austria y Alemania. Unos más y otros menos, todos exceden de los 500.000 kilómetros cuadrados. En población, Austria y Francia casi se equilibran en densidad; Alemania la tiene mayor. España, por el contrario, tiene un coeficiente demográfico igual á la mitad del de los dos primeros, muy semejante al de Grecia y al de Turquía. Los extremos septentrionales, como los meridionales, de Europa, excepto Italia, son poco hospitalarios para el hombre.

Entre éste y el territorio se establece siempre una correlación. La uniformidad territorial engendra ó determina una sociabilidad homóloga en el hombre que la habita. Los grandes valles, regados por caudalosos ríos, sirvieron de primer asiento á las poblaciones erráticas, que por el hecho de encontrar tierras fácilmente explotables, se hacen sedentarias y agrícolas. Las montañas, albergando una población poco numerosa, austera, sobria y con cierta hosquedad de

carácter, más dada á las faenas del pastoreo y de la caza, que á las empresas agrícolas é industriales, restringen en cierto modo el poder social de un pueblo, ó son una rémora para su adaptación rápida á las formas más progresivas de civilización. Grandes extensiones de tierra sin comunicación con el mar, se estancan en un estado determinado de progreso: ni caminan ni retroceden. Estas tres formas podemos descubrirlas hoy en España. Hay tres tipos nacionales dentro de nuestra territorialidad: el hombre de la montaña, el de la llanura y el de la costa, que pueden combinarse entre sí, en formas más ó menos complejas é inestables. Las rugosidades de la superficie, nuestros sistemas orográficos irregulares, la separación natural por una muralla inmensa del territorio continental, la inestabilidad del suelo en muchos sitios, la impenetrabilidad del subsuelo en otros, la falta de uniformidad en las alturas geográficas, la dificultad de los accesos del mar á su hinterland peninsular, y viceversa, la variedad de producciones y de climas, son otras tantas causas que determinan en España un medio cósmico y telúrico poco adecuado para su sociabilidad rápida, normal y uniforme. La raza que aquí habita, más apta para las luchas con el hombre, que para las conquistas de la naturaleza, rinde con ferviente idolatría culto y tributo al dios Terminus, mientras los que la explotan modulan en coros de resonancia universal, himnos de bendición á Minerva, madre hoy de Mercurio triunfador. Sea por lo que fuere, es lo cierto que la naturaleza, aquí, es más grande que el hombre, que éste interpreta falsamente el espíritu de territorialidad, pues en sus sueños de conquista, en la

embriaguez de soberanía, hizo acotaciones en el mundo para otros. Nuestro imperio se ha disgregado, como todos los grandes imperios de la historia, por falta de *cohesión interna y por exceso de presión externa*. Forjamos una patria ideal, abstracta, en las superficies uniformes é infinitas de la mente soñadora, sin poner en nuestros planes una levadura de vida y humanismo, que en la vida y en la humanidad los encarnara... Eso se ha reflejado dentro.

Hoy mismo, la sed de kilómetros cuadrados, tan científicamente ridiculizada por el eminente sociólogo ruso Novicow, pesa más en nuestra alma, que las ansias de cultura y de riqueza. Tenemos idea clara del territorio amplio y sintético, no conciencia plena del territorio propio y necesario, para nuestro vivir racional y social. De ahí que, amando tanto la patria territorial con estúpido amor abstracto, sea España el pueblo de Europa que en menor cantidad posee economía nacional. La intolerancia religiosa de judíos y católicos españoles, en empresas de proselitismo dogmático para persuadir y sumar conciencias á la causa, conviértese en tolerancia económica en nuestras grandes empresas de ferrocarriles. Un judío de París y un católico de Barcelona son los que principalmente mangonean en la primera de España. En 504,552 kilómetros cuadrados, para circulación de hombres, de mercancías y de pensamientos, sólo hay 115,024 kilómetros de vías férreas, tranvías, carreteras, caminos vecinales, telégrafos, teléfonos y cables submarinos. Francia, con 32,000 kilómetros de territorio más que España, tiene un sistema circulatorio casi seis veces superior al nuestro. Asciede á

663,223 kilómetros, correspondiendo á cada kilómetro de superficie más de un metro lineal de comunicación. En España, en cambio, sólo tenemos por cada cinco kilómetros de territorio uno de vías. Allí, la proporción entre la vía circulatoria y la superficie territorial es de $\frac{1}{4}$; aquí, de $\frac{1}{5}$. Pero como la población de España es casi dos veces menor que la de Francia, resulta que para que hubiese proporción entre la facilidad de los medios circulatorios de los dos países (teniendo en cuenta que la población que vive en territorio poco poblado, necesita más facilidad, que el de población numerosa, para conseguir un mismo *tonus* demográfico), el nuestro habría de tener, por cada kilómetro de superficie, 1'43 de vías de comunicación. A igualdad de población, necesitamos hoy 700,000 kilómetros de vías sobre el territorio español; pero como la población ha de crecer también gradualmente, puede decirse que, en realidad, España, para compararse con Francia en un breve período de cuarenta ó cincuenta años, ha de aumentar sus medios circulatorios en 400,000 kilómetros de vías férreas, teléfonos, telégrafos, carreteras, caminos vecinales y cables submarinos, distribuídos en proporción conveniente. El problema fundamental para acrecentar nuestra sociabilidad, ha de consistir en dotar á España de un sistema vascular de que carece. Hay que hacer patria, no con la imaginación y dando rienda á bélicos instintos de conquista, sino con la mente y con los brazos, moldeando el territorio á imagen y semejanza de nuestras necesidades colectivas, esclavizándolo á nuestro esfuerzo, adaptándolo á un vivir á la europea. Este sistema arterial ha de ser á la mo-

derna, abandonando el rutinario plan de carreteras nacionales y provinciales, supervivencia cara é inexplicable de los medios de comunicación de Roma en nuestra época industrial; dotándole de elementos íntimamente coordinados y no antagónicos; procurando que el camino vecinal sea un afluente de la carretera; la carretera del ferrocarril; y el ferrocarril, de un gran puerto comercial ó de una gran arteria continental. Para que España logre una completa sociabilidad, es preciso que sus 9,000 municipios puedan vibrar al unísono del corazón nacional. Cuando las grandes noticias de que la prensa es mensajera, llegan á los ámbitos rurales de la nación, murieron ya en el olvido en Madrid, Barcelona, Valencia, Bilbao y Sevilla. La vida mental y emocional, que son dos grandes elementos de sociabilidad, se reparten muy desigualmente en España, donde se ven manifestaciones esporádicas de sociabilidad plétórica, pero no un espíritu social uniforme, no un mismo tono de sociabilidad. Los elementos nodales de la cuerda, son más numerosos, que sus puntos vibrátiles. Hay que suprimir los nodos, para que exhale una sola vibración.

La sociología contemporánea ha comprendido perfectamente el gran papel, que los elementos iteradores representan en la sociabilidad de un pueblo. De su cantidad y calidad puede colegirse la perfección de aquélla. En España ha llegado el misoneísmo respecto de los medios de comunicación, á que ciertos pueblos rurales otorgasen fuertes subvenciones para impedir que por ellos se trazasen las vías férreas. Muy recientemente también, en Navarra, han explo-

tado odios contra el maquinismo agrícola, manifestándose el fanatismo en tales términos, que la horda rural destrozó una máquina, que para trillar cereales ensayaba gratuitamente un comisionista de casas alemanas. Inglaterra, en pocos minutos, puede comunicarse con colonias que distan doce ó catorce mil millas de Londres; y España necesita horas y días, para un despacho telegráfico enviado desde la capital de la nación á cualquier pueblo de la Península, que diste de ella algunos centenares de kilómetros solamente. Desde Vigo á Barcelona, el transpeninsular, en un recorrido de 1,400 kilómetros, precisa, por lo menos, dos días. Nueva York, que dista de San Francisco de California cinco veces más, lo hace en la mitad de tiempo, proporcionalmente á la distancia. Los vapores de nuestras grandes Compañías trasatlánticas emplean mucho más tiempo en sus itinerarios, que los de las alemanas, y el precio del flete es dos veces mayor. La velocidad de nuestros trenes es aproximadamente la mitad de la de los europeos. La estructura de nuestras redes y vías de irradiación es más adecuada para un territorio de un millón de kilómetros cuadrados, que para el nuestro, que apenas pasa de la mitad. La prensa de Berlín se lee en Alemania, y la de París en toda Francia, á las pocas horas, y á lo sumo al día de salir de las rotativas de la capitalidad. La prensa madrileña necesita para llegar á pueblos, que no distan de la capital más que 500 kilómetros, cuatro días por lo menos. Nuestra prensa de gran circulación tiene mejor servicio telegráfico internacional, que nacional. El teléfono es entre nosotros todavía un juguete caro, y el automóvil un artículo de *sport*. Tiene ra-

zón Desmoulins, al decir que el camino traza la civilización.

Tal vez sea el ambiente el que más influya en la mentira aquí estudiada. Por eso, sin dedicarle la extensión que exige su trascendencia, hay que analizarlo con algún detenimiento.

En realidad, no poseemos los españoles un medio social uniforme y homogéneo. Hay multiplicidad de medios, que originan diversas adaptaciones. Mirados desde afuera, es decir, desde un medio social completo, presentan un aspecto. Observados desde dentro, es decir, cuando el observador está abismado en ellos, la perspectiva varía. He aquí, pues, dos métodos que mutuamente se completan, pero que un español no puede adoptar.

El que por algún tiempo ha vivido plena vida europea, y de repente se traslada á nuestra sociedad española, escucha dentro de sí el sufrimiento doloroso experimentado por su «yo» social, que, moldeándose por presiones constantes del ambiente libre, se deforma ó se disgrega en un vacío horroroso. Aquí no tenemos un medio integral. El pensador respira atmósfera de cultura en los ambientes franceses, italianos, ingleses ó alemanes. El alma sinceramente religiosa repliégase en sus reconditeces, huyendo del mundo y haciendo en torno suyo un vacío, que mata las relaciones sociales más fuertes. Nuestra vida literaria no ha enraizado todavía en la ciencia, ni ésta se ha tallado ropaje estético, porque el cerebro del pensador y del artista se odian y detestan. La sociedad anónima para las explotaciones industriales, y la sociedad nominativa para juegos y recreos, carecen

de vida de relación. Son pequeños mundos con órbitas propias trazadas á capricho, sin un plan universal que las presida, para impedir choques mortales en su marcha. Cuando uno respira estos distintos ambientes tan próximos y tan distantes á la vez, padece lo indecible. Es como pulmón propenso constantemente á pneumonía, en atmósfera cuyas temperaturas diversas se suceden con brusquedad vertiginosa. De la misma manera, que existe una conciencia colonial en las primeras manifestaciones esporádicas de la vida psíquica del niño, y una sociedad colonial en las ínfimas especies de la escala zoológica, obedeciendo una y otra á medios homogéneos y distintos, yuxtapuestos, pero no integrados, así también en las sociedades anormales, como la española, los grupos que la constituyen viven juntos, sin convivir jamás. Pedid á un comerciante datos acerca de las transacciones y precios de otro del oficio, que tenga su clientela en distinto lugar, y no os responderá; á un universitario sobre los métodos de enseñanza de todos los demás, que profesan la misma materia que él en España, y se encogerá de hombros en una actitud que oscila entre la superioridad y el menosprecio. En cambio, podrá encontrarse al día, sobre el estado de su especialidad en Europa. Para él su proceder tiene explicación; pero no para España, donde la ciencia ha de ser un factor importantísimo de sociabilidad. Tal es la fuerza del medio elemental que, gravitando sobre nuestra individualidad, la tuerce ó la disloca, según sea su estructura. No tenemos suficiente poder de inhibición, para sustraernos á él, ó de reacción, para reobrar sobre él. El intelectual que vive mucho tiempo

entre hombres rurales, ve desvanecerse en su alma un día y otro día, con perezosa inercia, la fábrica potente de mentalidad, que con su esfuerzo construyó. El hombre del campo, de alma sana y corazón entero, al vivir en ciudades que, siendo nuestras, son exóticas porque pertenecen al pasado, ó á un presente ultrafuturo para nuestra población rural, mira con dolor frustrados sus propósitos de laboriosidad, de economía y buen sentido.

Al entrar en Madrid se pierden, como dice un amigo mío, dos nociones fundamentales: la de la *moralidad* y la del *duro*. Y todo esto procede de la gran dificultad que existe, para poder intervertir los medios fundiéndolos en uno superior. Cuanto más disten entre sí en calidad, aun coexistiendo próximos ó juntos, más difícil será la consolidación. El injerto sólo puede hacerse cuando se dan dos savias semejantes, y éstas se logran con voluntad y con poder. De un pueblo como el escocés, que ha vivido tanto tiempo entre rocas abruptas, mirando un cielo siempre gris, tonificado por las brumas del mar y las nieblas de los lagos, ha surgido una ciudad eminentemente industrial como Glasgow, otra genuinamente intelectual como Edimburgo, y una pléyade de precursores de la lírica moderna, que busca dentro del alma, previamente nutrida de ideas y emociones, los profundos reflejos del mundo, producidos antes por lentejuelas y oropeles de insubstantial retórica y de trabajosa rima. Es porque el hombre, al conjugarse con el medio, ó triunfa de él ó se esclaviza á él. Y al querer convivir en medios múltiples, ó los abraza en uno solo, ó no consigue jamás la finalidad deliberada. De la misma ma-

nera que en el suelo territorial hay que establecer vértebras y arterias, abrir caminos y abrazar campos y ciudades, en el suelo y el subsuelo de nuestro espíritu colectivo ha de germinar primero la preciosa semilla de la solidaridad española, abriéndole profundos surcos y fáciles vías, para que en nuestra alma nacional se consolide un ambiente uniforme de convivencia espiritual, de amor y tolerancia, de piedad y de fe. Estas fuerzas, al hacerse conjuntivas, harán irrumpir de la incertidumbre un ideal iterador; del campo de las medianías, la planta del superhombre; del vivero de los odios, la reconciliación fraternal; de nuestro espíritu polémico y dogmático, un estimulante escepticismo; de los campos incultos y de las tierras vírgenes, madres de ubérrima fortaleza, amorosamente fecundadas por el trabajo del hombre, redimido de miserables patrimonios, tristes herencias y presentes dolorosos, y conscientemente restituido á una naturaleza más íntima, más propia, más suya, amándola sin egoísmos, trabajándola con fe en su obra, y descansando en la esperanza de sus dones inacabables.

VI

TENDENCIAS INDIVIDUALES Y SOCIALES

RADICALISMO Y REACCIÓN

Mientras la gran mayoría de los pensadores españoles se engolfan *ingenuamente* en el tráfago diario del vivir fantaseando, bueno es que algunos pretendan pensar viviendo, es decir, dando trascendencia inmediatamente humana, social, nacional, al objeto de sus investigaciones. ¡Es tan difícil que la partícula de arena arrastrada por la corriente se resista á su impulsión y baje al fondo, dejando que resbale impetuosamente por su diminuta superficie y permaneciendo ella inconvencible! ¡Es tan difícil que el individuo, en este marasmo social, tenga el alma serena, para flotar en él sin naufragar! ¡Es tan difícil!

¡Qué pocos son los que poseen serenidad espiritual, perfecto dominio de sí, para descansar al lado del camino, á fin de ver el rumbo que otros transeuntes llevan! Nuestras individualidades son máquinas movidas vertiginosamente por la pasión, máquinas

ciegas, que avanzan al acaso, sin trayectoria. La realidad exterior es un imán, que fatalmente las atrae. El mundo interior rezuma toda su savia, los puros manantiales de la verdadera vida, que al contacto de la realidad exterior se cuaja en fruslerías, en nonadas. Si pobres son los parajes de la tierra, de esta nuestra tierra peninsular, desiertos, sin fauna y flora copiosas; miserables parecen los ambientes del espíritu, estos paisajes, sin fauna de ideas, ni floración de emociones y de acción, sin raíces en el pasado, sin tallos robustos, que hacia el ideal nos yergan, sin alas que hacia el progreso nos lleven.

El fondo real de la conciencia española es pobre, miserable. Es una conciencia sin cultivar, que, como espejo pequeño y desazogado, refleja poco y mal de lo que fuera de sí sucede. El problema de nuestra formación espiritual, la misión de hacer hombres con capital de ideas, con riqueza de emociones, está abandonado. No hay maestros. Si los hay, su espíritu es impotente para despertar espíritus dormidos, ó propinar la eutanasia á los moribundos. A lo sumo, se emplea como estimulante la novedad, la idea que viene de París, de Berlín ó de Nueva York, que nuestros grandes modistos del intelectualismo rehacen, deshacen y adulteran, para tener derecho á ponerle etiqueta personal y cobrar corretaje por la confección.

¿Quién estudia nuestra realidad nacional? ¿Cómo se estudia? ¿Para qué? La estudian unos cuantos profesionales, que sobre ella viven y de ella viven, pero no para ella. Como no la crean, cada día se depaupera más. ¿Cómo la estudian? Atiborrados de letra de

molde, ó hinchados de preocupaciones. ¿Para qué? No para conocerla, sino para distraer con su ignorancia á los que vulgarmente llaman ignorantes y lo son en menor grado que ellos.

Obligación moral muy grande, y al mismo tiempo cívica, es la del escritor, que al transferir á la conciencia social, por medio de la prensa, lo que en la suya se refleja, no se contenta con puras y sinceras espontaneidades mentales, con pensar en alta voz; sino que en alta y al mismo tiempo libre voluntad, aspira á poner remedio á lo que él cree un mal, proponiendo medios prácticos, para que la colectividad logre lo que él en sí, por el esfuerzo propio, ha logrado.

Con disertar filosóficamente sobre nuestras enfermedades morales y sociales, nada se consigue. No puede estar satisfecho el espíritu verdaderamente cristiano, al escribir un comentario á las obras de misericordia, mientras á su puerta hay mil pobres que se mueren de hambre. Dar de comer al hambriento, no es entregarle un tratado de panificación, sino un pedazo de pan. Comulgar en espíritu con nuestro pueblo, es entregarnos por entero á él, no con el entendimiento tan sólo, ni con el corazón á él unidos. Hay que darle lo más precioso, lo más hondo, lo más íntimo: la voluntad... voluntad, para que tenga voluntad. La piedad nos obliga á ello. Debemos revertirnos siempre al manantial que nos vertió en el mundo, para que no se agote jamás.

¡La voluntad! Si este elemento psíquico es el núcleo celular de una individualidad vigorosa y sana, el foco que, en las concavidades de la conciencia,

hace converger hacia sí de un modo sinérgico, la luz y el calor de la mente y el corazón, y divergir de sí, lo que del corazón y de la mente recibe, calentando é iluminando el mundo, que dió luz á nuestros ojos y calor á nuestro cuerpo; es también en la vida social, en la conciencia colectiva, el crucero de todos los caminos de la mente y el manómetro de todas las ansias del corazón del pueblo.

Por falta de voluntad, se nota en nuestra conciencia nacional la polarización de dos estados, de dos elementos de vida psíquica, que deben vivir siempre unidos. Sólo en la vida infantil y en la senectud se divorcian. Una conciencia sana no es ni radical ni reaccionaria; es humanamente viva, que significa solidaridad entre lo que de los muertos vive y lo que de los vivos puede pervivir, es decir, tradición, memoria, é imaginación, facultad creadora, mente y voluntad.

En la conciencia individual española, y en la conciencia social, ó sea la opinión, los elementos psíquico-radicales y los psíquico-reaccionarios viven en perpetua guerra. La ley sociológica de la repetición predomina en unos, en los tradicionalistas reaccionarios; y la de oposición en otros, los progresistas radicales. Unos viven en el pasado. Otros aspiran á vivir en el porvenir. Ambos niegan el presente.

Sustantivar el radicalismo como fuerza predominante, y sustantivar la reacción como única fuerza salvadora, y hacerlo con persistencia, con tenacidad, hasta con fiereza, acusa un estado de salvajismo brutal, ó de civilización gastada, vieja. A los radicales y reaccionarios hay que oponer el grupo de los verda-

deramente progresivos, de los pocos españoles que quieren conquistar el ideal andando hacia él, en el camino del presente al porvenir, después de haber afirmado su individualidad en el presente, con ella y por ella enriquecido. A los que no quieren moverse, y á los que quieren volar sin tener alas, hay que oponer los otros, los que marchan paso á paso con fe, con viva y ferviente fe en su esfuerzo, con la esperanza de que llegarán, ellos ó sus hijos, para descansar en el ideal patrio, denominador común de todos, absolutamente todós los individuales ideales del pueblo español presente.

Mientras las fuerzas individuales y sociales de la comunidad española se encuentren en tensión, por antagonismos sostenida, no hay progreso posible: dos hombres tiran del extremo de una cuerda hacia un lado; otros dos de igual fuerza, á otro contrario; y si ninguno de ellos se cansa, jamás se moverán del mismo sitio.

Pero es que los que tiran hacia atrás, los reaccionarios y los otros, los radicales, ¿tienen en la conciencia social la misma ponderación? No; porque entonces sobrevendría irremisiblemente la muerte en el organismo nacional. Lo que sucede es, que unas veces ganan unos la batalla, y otras recobran los restantes el terreno que han perdido. Así, el progreso de la vida social española se parece, más que al manso correr de un río hacia el mar, que lo absorbe y lo alimenta, á un péndulo de irregulares y no isócronas oscilaciones.

El radicalismo y la reacción, pueden ser socialmente necesarios, cuando como movimientos espas-

módicos, ó instintivos del organismo nacional, ó individual se consideran. Puede ser necesario á un radical bañar su alma en tradición, para hacerse progresivo. Algunos conozco que después de una conversión de esta naturaleza, resultaron ser verdaderos obreros, *pionners* de la civilización española, siendo antes, por el contrario, mendigos vagabundos de las extrañas, que ejercían en la nuestra un apostolado, una predicación sin catecúmenos. Pero radicalismo y reacción, como estados, como enfermedades crónicas y endémicas del espíritu español, lucha bárbara y perpetua entre pasiones iguales, impulsando distintas ideas, pleito estúpido de terquedad y de ceguera, sin resultados para la vida y sobrevida, obcecación, odio, intolerancia; todo eso, sin finalidad moral, por perezoso deporte de codicia, ó por juego salvaje de soberbia; todo eso para vivir abotargados, mordiendo rabiosamente la propia carne, no por ascetismo, sino por hacernos la ilusión de que es extraña; todo eso, para atascarnos en pantano de convenciones, de intriga y de mentira; todo eso sin fe intensa que lo alimente, sin esperanza de triunfar, sin caridad para el vencido, cuando momentáneamente resulta;... todo eso, demuestra un estado de barbarie, del cual sólo hemos de redimirnos haciéndonos salvajes *puros* primero y civilizados después. Sí, es necesario el salvajismo, la redención por el salvajismo.

En la conciencia contemporánea, no solamente española, sino universal, el radicalismo y la reacción son dos afirmaciones capitales. Los bandos están bien definidos. La juventud, que es lo más espontáneo de la humanidad en una época, los refleja perfectamente.

¿Y á qué obedecen? ¿Cómo se explican? ¿Por qué el que es radical piensa y obra como radical y para él es inconcebible, que de otra manera se piense y se obre? ¿Cómo explicar la ceguera del espíritu reaccionario, que, viendo y tocando la realidad del progreso, disfrutando de sus ventajas, reniega, sin embargo, de ellas?

Toda idea radical ó reaccionaria es elaborada por un cerebro radical ó reaccionario; y al serlo, se hace ostensible á los demás, y sobre ellos ejerce sugestibilidad, mayor ó menor: una sugestibilidad proporcional á la ignorancia ó falta de poder de inhibición mental, para elaborarla reflexivamente, con conciencia. Y el cerebro, á su vez, es también un producto, está condicionado por el medio económico y social en que el hombre vive. Un estado industrial progresivo en todas sus formas, un estado genuinamente nuevo, determina un condicionamiento nuevo también de la vida mental. La perspectiva real de las cosas varía, porque el ojo que ve es distinto. Un norteamericano, un neoyorkino, tiene ante sus ojos un mundo real y moral distinto del nuestro: la ciudad es inmensa, su vivir intensísimo, un vivir hijo del esfuerzo personal exclusivo, que supone avispamiento en la mente y tenacidad en la acción, un vivir para almas libres, para personalidades poderosas. El hijo de los campos castellanos tiene una acción soñolienta y perezosa, monótona y rutinaria, y piensa pobremente, sin poseer jamás iniciativas, porque no se le presentan casos nuevos; su pensar es hijo de la experiencia, pero no padre de ella; no puede tener la misma concepción de la vida, ni fijarle la misma trayectoria.

que el anterior. Si el ambiente del primero determina en él un aceleramiento de la acción y el sentido de la existencia es el de la vida intensificada, el del segundo le condiciona para ahorrar acción, para una acción cada vez más lenta, que, comparada con la primera, dada su tendencia, es reacción. Acción y reacción son, por consiguiente, tendencias, dos tendencias distintas, alimentadas por un diverso sentido de la vida, hijo de una diversa estructura mental en las ideas. El hombre creador de ideas tiene que vivir en su mundo de un modo muy distinto del que sólo usa, ó comercia con ellas. Y el que usa ó comercia con ideas nuevas, tiene un tráfico y una forma distinta de negociar ó usar del que sólo se vale de las viejas. La inconcebibilidad del uno respecto á la posibilidad de concebir del otro, nace del distinto ambiente en que ambos conciben. Una vez más, la ley del materialismo histórico pesa sobre la economía de la vida mental, como sobre cualquier otro factor de la social.

Pero, además, la ley de la división del trabajo y la característica fundamental del pensador moderno, son otra causa mental del radicalismo en las ideas, causa que explica el radicalismo mental de los verdaderos intelectuales. El pensador antiguo era un sol que irradiaba luz sobre inteligencias, que de él la recibían y á otras la reverberaban. La escuela y el maestro venían á justificar la autoridad y el dogmatismo, esa fuerza de adhesión á las enseñanzas recibidas, como la teoría heliocéntrica explicaba el sistema planetario antiguamente. Hoy cada pensador es una estrella fija ó móvil, y la mentalidad colectiva de nuestra época, una constelación de pensadores, todos

generadores de luz propia y todos irradiándola mutua y simultáneamente. El que hace una conquista de una verdad nueva, ó el que redime de las tinieblas una inteligencia que ignora, ama con tanto más amor su cosecha de mentalidad, cuanto más pequeña es ésta ó cuanto mayor es el peligro de que otro la presente primero en el mercado. El descubrimiento de una verdad, ó la visión rápida de su contenido, llevan al pensador á una adhesión ciega á su evidencia. Y el efecto producido en los que ignoran, suele ser más de sugestión de aptitudes en afirmar ó negar algo, que el conocimiento de los motivos, que á la afirmación ó negación le han inducido. El público ignorante, y aun el semiesciento, se adaptan más fácilmente á una *pose* imitada, que á una posición mental, que es consecuencia de las premisas mentalmente sentadas por el primero que la adoptó. Cuesta trabajo repetir en sí la serie integral de procesos, que determinaron un resultado, sabiendo de antemano que éste ha sido obtenido por otro. Por eso, las almas perezosas é indolentes propenden más á descansar, con su confianza ó su fe, en las palabras de otro, que alimentar su fe con el propio esfuerzo, para llegar, por él, donde otro llegó. Nueva comprobación de mi aserto, de que radicalismo y reacción en la masa social, son tendencias colectivas, que la sugestión determina y la imitación ó la rutina consolidan y encauzan.

Si éstos son los caracteres generales de toda reacción y de todo radicalismo en el vivir consciente de nuestra época, ¿son los mismos en España? Nuestro radicalismo y nuestra reacción, ¿significan lo mismo que en otros países? No, porque nuestro estado eco-

nómico social no es de tal naturaleza, que nos presente, junto á un agrarismo rudimentario, un industrialismo progresivo, creador. Precisamente en España el radicalismo y la reacción, como afirmaciones vivas y conscientes, sólo se dan en nuestras ciudades más progresivas, de las cuales fluye, como de reflejo, el espíritu de proselitismo bicoloro, al resto de la nación. Los campos, la España rural, es inconsciente á estos movimientos superficiales, y en el fondo son reaccionarios, porque no pueden ser activos, pero no porque no quieran serlo. El radicalismo y la reacción son dos enfermedades al mismo tiempo padecidas por nuestra sociedad, cuyos microbios, ejerciendo aparentemente un falso apostolado de cultura, aspiran á tener campo abonado para su vida y proliferación. No es un radicalismo hondo y serio el radicalismo español, que vive umbilicalmente atado al radicalismo francés, como la reacción española, umbilicalmente atada vive á la reacción italiana. En el fondo, el radicalismo y la reacción en los espíritus latinos, no son más que supervivencias de barbarie, última forma de la invasión de las almas, de almas hambrientas de felicidad y cuerpos necesitados de pan, que irrumpen de la ignorancia, sin redimirse antes de ella, unos hacia el porvenir, que quieren engendrar sin presente y sin pasado, y hacia éste los otros, que son los más, para quienes sobran presente y porvenir. No somos originales, ni en nuestro radicalismo ni en nuestra reacción. Nuestro negativismo es puramente imitativo, y en el fondo negación pura, nada. Los radicales niegan la tradición, que ha vivido y la que pervive en nuestros regímenes

político-sociales, y cuando no la pueden negar, reniegan de ella. Los reaccionarios niegan y reniegan de las ventajas de nuestro presente político y social sobre el pasado; y llaman utopía á lo que aspiran á realizar política ó socialmente en el porvenir los radicales. ¡Cómo conviven bajo un mismo medio social las fuerzas, que debieron emplear para trabajar solidariamente en un presente de todos y para todos; en un presente amplio, de vida robusta; en un presente que, al dejar de serlo, transfiere su paternidad al inmediato; en un presente que deja meditar en sí el genio de la especie, de la humanidad eterna é inmortal, insaciablemente progresiva en su temporal manifestación é incesablemente perfectible en su natural actividad! El radical español no crea ideas: las compra ó las arrienda, no para que vivan en él y en él produzcan la floración de mentalidad serena: son para él proyectiles que lanza sobre el pasado. ¡Su militarismo es el más odioso de todos los militarismos, y conste que todos, á mi ver, lo son! El reaccionario es peor aún, porque, combatiendo con los viejos y gastando su vitalidad en lucha, que le es desfavorable, aminora el capital intelectual de que vive y sin el cual jamás podrá vivir. Son, radicales y reaccionarios, del mismo nivel en su vivir intelectual, que los pueblos pescadores y cazadores, que distan enormemente del industrialismo y del agrarismo, tanto, por lo menos, como estos estados, del *liber-al-ismo*, que después estudiaremos. Se alimentan de lo que cazan y de lo que pescan en el pasado y en la utopía ó en el ideal, pero no lo alimentan con su esfuerzo, único medio de poder vivir personalmente lo que se sueña

y hacer revivir ó despertar lo que en el alma personal ó colectiva duerme.

No puede considerarse como normal la oposición entre estas dos fases, afirmaciones ó factores de afirmación del alma contemporánea. La Naturaleza en sí, ni es radical ni reaccionaria. Las ideas y sentimientos humanos tienen una intensidad gradual en su crecimiento y una disminución gradual en su intensidad. Son formas de vida, pero formas vivas y espontáneas, cuya manifestación jamás hemos de contrariar con determinado *prejuicio*: Hay en toda idea ó proceso mental que vive, materiales viejos de asociación y nuevos materiales de representación, que adecuadamente coordinados en la conciencia individual, nos dan el esquema exacto del progreso mental. Todo progreso encarna, pues, una tradición con carácter adjetivo y un elemento nuevo, que como tendencia se hace ostensible en nosotros, con carácter adjetivo también. Lo substancial, lo fundamentalmente substancial, es el progreso mismo, que en último término no es más que la forma del humano vivir en solidaridad actual con lo presente y lo pasado, y en solidaridad virtual y posible, con el porvenir por medio del ideal, que al porvenir con voluntad y esfuerzo nos ata. El individuo por una parte y la sociedad por otra, reflejan exactamente el carácter normativo del vivir de un grupo dado. El grado de evolución mental y moral del mismo indicará la trayectoria que, consciente ó inconscientemente, sigue con sus esfuerzos. Ó pone la voluntad á contribución del sentimiento, y en este caso la forma del vivir es rutinaria, ó pone el sentimiento y la voluntad á contribución

de la inteligencia, y en este caso su vivir será progresivo. Ó sin voluntad ni inteligencia con imaginación exclusivamente, tiende hacia el ideal, realizando entonces la forma del vivir utópico. Conservatorismo ó reacción, utopismo ó imaginación (mejor dicho, fantasía) y progresismo ó voluntad, razón: he ahí las tres formas del vivir del individuo y del grupo social, considerados en la dirección de sus movimientos vitales.

Psicológicamente analizada la cuestión, claro está que no pueden llevar la mejor parte en ella aquellos cuya fuerza normativa es el sentimiento, ni los otros en que predomina la fantasía, facultad en corto sentido irreal, propensa al ilusionismo y á la alucinación mental.

Sentimiento y fantasía en el individuo y en la masa, carecen de fuerza de coordinación sintética y de diferenciación analítica, que el intelecto y la voluntad poseen. Por eso llamamos vulgarmente desequilibrados á los espíritus utópicos, é impulsivos esclavos del sentimiento ó de la imaginación. Claro está que este desequilibrio, si individualmente puede ser justificado, socialmente no, porque en el grupo ó la masa debe haber siempre equilibrio y ha de ser inestable.

La tradición no puede ser más que un adjetivo, un cofactor de progreso. Si los movimientos del mismo tienen una forma inmanente, una trayectoria helicoidal y no lineal, llevar las energías hacia el pasado es hipotecarle el presente, es hacer un perpetuo presente de una modalidad temporal, circunstancial y pasajera. Hay en toda tradición elementos virtual-

mente eternos, que no mueren jamás, que son como las primeras impresiones y representaciones infantiles, núcleo y centro de todo el mundo de impresiones y representaciones posteriores; y hay también otros, efímeros, circunstanciales, contingentes, de pequeña vitalidad, que en la selección van pereciendo, como bagaje inútil, como secreción ó excreción, dañosa al organismo, que si no la expulsa, está propenso á prematura corrupción. El tino está en distinguir, por un escrupuloso análisis, lo que es contingente y lo que es eterno en la tradición, lo inmortal y lo muerto en ella, lo que hoy aparece para morir mañana, ó para pervivir siempre.

Considerada la tradición en su ser abstracto, no hay más que una, es el interés de un capital creciente, á él acumulado y por él acumulable; que en un momento dado, siendo parte integral de él, represente su poder de crecimiento, su intensidad de producción.

No hay, no puede haber tradiciones redivivas en cuanto éstas no sean natural y espontáneamente producidas: movimientos atávicos del individuo ó de la especie, no para actualizar lo pasado muerto, sino para hacer vivir mejor lo presente, con lo virtualmente vivo en lo pasado. La tradición que tiene fuerza para vivir, no muere jamás; como no muere en la conciencia, lo que subconscientemente en ella vive. A la tradición muerta se le puede galvanizar con vida aparente ó aparatosa, pero es á expensas de las energías vitales de los organismos jóvenes.

¿Y el ideal? ¿Y el utopismo? Ese soñar del alma, ese vivir en las lejanías de un más allá no ultra-

humano, esos hartazgos de fantástico bienestar, ¿qué valor tienen? En sí ninguno, absolutamente ninguno. Son alas con que puede volar el hombre; pero han de mover al hombre mismo. Son las grandes irrupciones del espíritu en el mundo ignorado, buceos en el ideal remoto, juegos de la mente y de la voluntad, para no dejar criar herrumbre de pereza en el alma. Su finalidad es impulsiva y nada más. Sirven para indicarnos que nuestra misión es caminar y sin cansera, no en línea recta, sino trazándonos con el propio esfuerzo la propia ruta. Son los grandes catalejos del espíritu, por los cuales ve el campo de acción, los nuevos campos que con su esfuerzo ha de cultivar. Sueños ideales, que no sirven para idealizar la vida, encarnando primero en ella sugerencias hipnóticas de bienestar, producidas por la letra de molde ó la palabra de un *meneur*, son los que condicionan la existencia de las nuevas sectas, de rebaños apacentados por un pastor astuto en un campo ideal, cuya nutrición, meramente ideal, si primeramente los harta de alimentos ilusorios, los extenua á la larga, haciendo que se devoren á sí mismos; porque si la imaginación fantástica le da sueños, el instinto de vivir les pide pan, y el de pervivir robustez.

En último término, los que de este estado de cosas se aprovechan son los que llevan la masa, actuando en ella y sobre ella de apóstoles, los que la moldean á su gusto, para convertirla en escabel de personales aspiraciones, de encumbramientos rápidos y sin prestigio.

Hemos hecho hasta ahora un prolijo análisis del radicalismo y de la reacción como formas vivas de la



conciencia individual y social contemporánea, que en cuanto imitativamente se reflejan en nuestro individuo y en nuestra masa, toman un carácter anormal, porque anormal es el vivir de este pueblo en esta actualidad, es vivir de inadaptado. Y por ser anormal el radicalismo y la reacción en España, anormales son también sus productos, sus concreciones, sus formas. No todas traducen el estado del espíritu nacional con la misma intensidad, ni por otra parte pueden hacerlo dada su penuria, su pobreza. En realidad, son manifestaciones del instinto, bajo dos formas: bajo la forma económica y bajo la forma religiosa, que en último término, forma económica del instinto de conservación es también. Los radicalismos políticos, puros ó impuros, son convencionales; no responden al estado de alma de quien los predica, ni de quien los aconseja. Muchos espíritus radicales conozco, que como tales militan en este campo y son en realidad reaccionarios. Muchos reaccionarios políticos son, por el contrario, radicales en el orden económico por dentro, aunque por fuera otra cosa aparenten. Es el radicalismo político una fórmula de adaptación de individualidades agregadas, ó congregadas para la conquista del poder, que pone á contribución la virtualidad de ideas que cree radicales, para lograr mejor y más pronto su efecto. No es extraño ver en programas de partidos radicales grandes manifestaciones de reacción política, económica y aun religiosa.

En realidad, donde con algidez se muestra esta enfermedad con manifestaciones dobles, es en el campo religioso y en el económico. En síntesis, todo se reduce, como decía antes, á economía más ó menos in-

dividual, más ó menos hija del instinto de conservación, de proselitismo, ó de procreación. Porque para nuestro pueblo, que carece de conciencia normalmente religiosa, de ideas y sentimientos íntimamente casados con unción, reguladores, normativos y propulsores de la acción religiosa, la religiosidad se concreta en el culto, y el culto, en lo que tiene de social manifestación, ata gregariamente las almas para afirmar exteriormente una creencia, que en las interioridades vive lánguidamente, ó está muerta. La reacción religiosa en España no bucea en la tradición, vive del espíritu religioso de nuestra comunidad, alentado vigorosamente, por el más firme misticismo. La tradición mística duerme, y duerme también la tradición ascética. Lo que pervive y perdura es una organización formidable para la defensa y el ataque, como no se ha visto jamás. El proselitismo persuasivo, que la idea cristiana incuba y cuya realización histórica está aún en evolución, este proselitismo que en las comunidades jóvenes toma una forma ético-social, aquí no existe.

¿Por qué? Porque la religiosidad española no está basada en el amor, sino en el temor. El temor nos hace luchar, no con la confianza en el triunfo, sino con el miedo de perder la propia casa solariega. Suele también acompañar á esta oposición sistemática, á esta negación de progresividad religiosa, un fin trascendentalmente político, una tendencia á dar doble sustantividad á la religiosidad de nuestro pueblo, no para afirmar su primacía jerárquica en sentido social, sino para negar la preponderancia política del Estado en su esfera pública de acción. Es, después de

todo, la reacción religiosa en España, no la aspiración á *instaurare omnia en Christo*, no la cristiana aspiración á la sencillez y sinceridad primitiva, no. Aspira á ostentarse bajo la forma de una milicia eclesiástica, de un militarismo hierático, á organizarse en ejército de creyentes para combatir, no en una grey de almas buenas, para prepararse á vivir la vida eterna. Se afirma la integridad del dogma con el culto; pero se le niega eficacia moral desde el momento en que las enseñanzas de la Iglesia no nos disponen á un vivir mejor. Por eso no es raro ver en las masas eclesiásticamente organizadas, almas empedernidas en el pecado, que hipócritamente confiesan en la publicidad, lo que en la vida privada desmienten con su conducta. Así, estableciendo un muro entre el *ser* y el *aparentar*, no hay repugnancia en admitir en la santa grey los mayores renitentes conocidos. Pero en el fondo de esta reacción religiosa, ¿qué hay? Primeramente una afirmación de la religiosidad innata en nuestro pueblo, religiosidad que no debemos ahogar, sino educar, estableciendo en la conciencia individual y la conciencia social un nexo entre el *dogmatismo* y el *practicismo*, hoy disociados. En segundo lugar, hay también una profunda pereza, una apatía al vivir religioso con carácter dinámico, activo, activo de voluntad y de entendimiento, no simplemente en ritualismo y cultos. Hay también una profunda ignorancia, una falta de cultura científica, en los *meneurs* de estas masas, que ven instrumentos mortíferos donde otros encuentran herramientas de laboriosidad, que facilitan la vida. Así se engendra la intolerancia, que es hermana gemela de la reacción. Es de notar que la reacción reli-

giosa toma estos caracteres en nuestros centros urbanos excesivamente jóvenes, como Bilbao, ó excesivamente viejos, como Cataluña y Valencia, y en los rurales, alguna vez por imitación, lo cual demuestra que, positivamente, la conciencia religiosa del pueblo español progresa y se ensancha, adquiriendo horizontes nuevos, pues hay en ella remoción de vida cuando se la hiere en lo más hondo, en las tendencias de religiosidad hereditaria, que llega á hacerse instintiva. Sólo á fuerza de afirmar nuestra vida religiosa y de negarla, hemos de hacernos verdaderamente religiosos, llenando en espíritu el sentido actualmente ético-social de esta palabra.

En contraposición á la reacción religiosa, hay en nuestro país un radicalismo, no religioso como sería de esperar si aquí tuviésemos espíritu religioso, ni *a-religioso*, si la ciencia, como sustitutivo, viniese á proclamar un agnosticismo en este orden. El radicalismo en el campo religioso no afirma verdades ó principios, contra dogmas y creencias, no, ni critica científicamente sus bases; es simplemente, como antes se decía, una negación de una afirmación, y una afirmación de una negación, que, algebraicamente consideradas, pueden expresarse así: creencia + dogma — (negación de creencia + negación de dogma) = 0. Afirmación de progresismo utópico — (negación de progreso utópico y real) = — progreso, reacción). Como la afirmación de la utopía no va acompañada de esfuerzos para encarnarla en la realidad, es para nosotros una cantidad imaginaria, el infinito matemático, que tiene, sí, valor convencional, pero no real. De la misma manera que la reacción religiosa se fija princi-

palmente en afirmar lo que de cuerpo posee para parecer más ostensible, así también el radicalismo va encaminado á negar prestigio y valor á estas exteriorizaciones y á sus agentes. Mientras en la Facultad de Teología de Berlín Harnack contrapone al dogma católico un escepticismo diligente, investigador, celebrase con fausto solemne en Bilbao el año jubilar por unos, y por otros se dan mueras á la reacción y se vocea abajo los frailes. Sepulcros blanqueados son unos, y cuerpos sin espíritu religioso, otros; creyentes de una fe aprendida y no vivida los primeros, creyentes de una idea no comprendida y vivida los segundos; masa rebañega aquéllos, masa borreguil éstos; fanáticos del pasado los católicos de procesión, fanáticos del porvenir, los radicales del mitin; parásitos de la tradición eterna, aquéllos; obstáculos del progreso temporal, éstos.

Hermandos en la exaltación de una fe, carecen de *piEDAD* para asimilar su espíritu, que ocultamente les dice que las manos son para trabajar y la inteligencia para dirigir las manos; pero no para forjar máquinas de guerra, ni para destrozarse sobre una tierra perzosa, sobre un subsuelo virgen é intensamente rico, que traga sus restos y se atesora con ellos. Hermandos en un mismo punto de partida, que es el amor que los engendró y los dió al mundo, al vivir en él, la ceguera del odio los lleva á estrellarse brutalmente. Y así, la historia de esta pobre patria es tela de Penélope, sin cesar tejida y destejida; tejida con amor para vestir las desnudeces y miserias del espíritu, destejida con odio para mostrar las vergüenzas de un cuerpo feo y asqueroso. ¡Qué vivir este nuestro vivir! ¡Este luchar

nos ofusca y embrutece, no nos permite ver que hay un más allá donde la paz reina y donde el espíritu goza; que el corazón ha de redimirse por la libertad y que la libertad ha de unirnos en el amor! Por ser hombres, somos hijos de la humanidad y padres de ella. Alimentar la humanidad con nuestro espíritu y nuestro esfuerzo, es devolverle con creces lo que ella, como sagrada herencia, nos entrega. Vivir en la humanidad es vivir para la humanidad, y vivir íntegramente para ella es pervivir en ella, sobrevivir en espíritu y en memoria. La sed de inmortalidad, si es codiciosa, nos lleva á atentarse contra la sed de otro hombre, y el exclusivismo en saciarla, podrá engendrar después el hastío y aburrimiento en gozarla. Procurando apagar esta sed en nuestros hermanos, el reino de los espíritus inmortales ha de sernos más sabroso.

Por no pensar hondamente en esta verdad, por no comprender ó querer comprender, que la muerte no puede borrar jamás las huellas del espíritu en el mundo, y que aquél, además de su propia inmortalidad personal, se immortaliza aquí también; que los muertos siguen viviendo en el alma de los vivos, como viajeros que se van hacia lejanías ignoradas, pero que en ellas nos esperan; que la muerte es el tránsito de una vida del espíritu á otra vida, y de una vida del cuerpo á la de otros; que vida y muerte son tesis y antítesis de la existencia, suprema síntesis del ser en permanencia; por ignorar todo esto, devoramos mutuamente nuestras vidas como animales carnívoros, para saciar el apetito de un vivir pasajero y efímero. El hambre de inmortalidad sólo con inmortalidad se apaga; y ¡ay del hombre que no la siente! ¡ese tampoco será capaz de amor!

El radicalismo en el orden religioso es un accidente del radicalismo económico. Adquiere formas exteriores en el alma latina, porque aquí la religiosidad é irreligiosidad, ó mejor dicho, contrarreligiosidad, al exteriorizarse se militarizó con exceso.

Por eso los creyentes del nuevo dogma de la conquista del pan y de la defensa de la propiedad luchan tan encarnizadamente: porque el ultra y el intra de la vida individual se transfirió al extra. El hombre busca una base telúrica á su existencia moral, sin cuya base no puede existir moralmente; sólo que, una vez conquistada esta base, el edificio queda sin terminar. Las tendencias de nuestro pueblo á industrializarse por imitación determinaron la aparición de una burguesía de *arrivistas* sin cultura, y, lo que es peor, sin ansias de ella, y, lo que es peor, con repugnancia y odio á ella. Tienen la cenestesia del poder, de la riqueza, del dinero. Son los nuevos hércules de este nuevo régimen falseado. Miran el saber y los que saben con aire compasivo. El hábito de luchar para enriquecerse ahogó en sus almas los instintos de piedad, de amor y de simpatía. Como no sienten, no pueden resentir el sentimiento extraño. Como no padecen, no pueden compadecer. Como gozan de la opulencia, les es inconcebible la miseria. ¡Pobres espíritus! ¡Esclavos del placer y sin capacidad y fortaleza para el dolor! Su aislamiento de los demás humanos concita los odios contra ellos, odios de la mente y del corazón, ofensas de los brazos.

Así, la doble legión de obreros intelectuales y manuales de este país, unida por el instinto de vivir, los odia con odio muy humano, por instinto de vivir. Los

que trabajan con el entendimiento ven cerrarse poco á poco sus fábricas, porque el producto pensamiento personal apenas se cotiza en el mercado y sólo se solicita á buen precio la literatura con virtud dormitiva ó afrodisiaca; es un aperitivo para el placer ó un calmante como el opio. Los morfinómanos de la letra de molde y los mentómanos págan la mercancía á cualquier precio, con tal de que como específico apetecido obre, y lo logran. El cerebro que libremente piensa está condenado á perecer de asfixia en estas soledades, donde la verdad no brilla, ó brilla desde la ausencia. Una de dos: ó se adapta á la mentira, entregando las armas verdaderas de acero bien templado, para recibir en cambio otras armas de latón, que cual juguete infantil brillan más y cortan menos, ó se redime por sí y para sí y, al redimirse, se revela. Su instinto le induce á mirar con simpatía otra legión de desheredados, como almas sin ambiente espiritual y estómagos sin alimento. La idea entonces al servicio del odio, que el instinto de conservación engendra ó prohija, surge de media docena de cerebros osados, que la predicán y siembran entre la muchedumbre inadaptada. Y ésta, que tiene hambre y está impaciente por satisfacerla, no piensa en organizarse en milicia de resistencia, sino que individualmente aspira á realizar el ideal, el único ideal de redención que sació su espíritu, antes de que su cuerpo perezca de inanición. Los impulsivismos del radicalismo económico en almas sin cultura y en estómagos con hambre, son terribles, ¡tremendos! Para un moribundo desesperado no hay consuelo; el amor huelga. Para un estómago sin pan no hay castigo; la coacción social es inútil.

No hay que defenderse del mal, de lo que se cree sea mal y no es mal ni bien, sino producto social de los elementos sociales presentes, con la mano, contra los que con la mano atacan. El instinto de defensa social debe aspirar á evitar los movimientos impulsivos del desesperado, á quien no mueve otra cosa más que el propio instinto de defensa, ó de simpatía por los indefensos. El espíritu social debe aspirar á evitar estos antagonismos entre el instinto individual y el colectivo. No hay que reprimir con un régimen policiaco los abusos del radicalismo económico, sino prevenir con un régimen de cultura las tendencias á tal radicalismo y aconsejar y obligar á los que tales tendencias fomentan con su ignorancia y su codicia, á que procuren hacerse cargo de lo que piensan y sienten sus contrarios.

Es hecho muy significativo el que nuestros obreros y jóvenes titulados sin nómina alimenten su hambre espiritual en unas mismas traducciones de literatura radical, económica y religiosamente radical, restando á su ínfimo salario, ó á su bolsillo, dinero para comprar pan ó satisfacer otras necesidades. Esa literatura de desesperados, al injertarse en vidas sin porvenir, cunde como gota de aceite en papel de seda.

¿Es el radicalismo y la reacción en las ideas la causa ó razón de ser de nuestros tipos nacionales de *radicales* y *reaccionarios*, ó son éstos los que producen y determinan nuestro radicalismo y nuestra reacción? ¿La razón de ser del radicalismo es originariamente subjetiva ú objetiva? ¿Hace el radical ó el reaccionario las ideas radicales, ó las ideas radicales y reaccionarias moldean, ó plasman á su modo el ce-

rebros en que se vierten? Hay, á mi modo de pensar, una coadaptación. Si el cerebro español, en vez de ser radical ó reaccionario, fuera exclusivamente, genuinamente crítico, críticamente se asimilaría en las ideas su valor objetivo y nada más, eliminando en su aprehensión todo subjetivismo pasional del que primeramente las elaboró. Pero no es eso. El primer movimiento, el espontáneo, es el de creencia. La *doxis* en el cerebro del creyente se hace *dogma*. La enseñanza persuasiva se convierte en geométrico teorema. El segundo movimiento no es el de análisis, de reflexión ó ponderación de las ideas previamente creídas, no; es de negación sistemática, es la pura y vacía afirmación de lo contrario á lo que anteriormente se afirmaba; pero no por vía de antítesis necesaria para llegar á una síntesis, á una integración armónica de contrariedades aparentes, sino para destruir lo anteriormente construído. Cuando la antítesis de la tesis se pone en un cerebro laborioso, es para buscar un denominador común á ambas, una síntesis real, ó por lo menos formal, de convivencia en tolerancia. Cuando es sostenida por un cerebro perezoso, no es para prepararse á un proceso superior de síntesis, sino para descansar en un dogma emotivamente el mismo y mentalmente contrario á otro. Lo que en el primer caso es diligencia científica, ó prudencia al dar valor á predicados contrarios de una proposición, es en el segundo ignorancia terca y estúpida, y en el fondo convencionalismo perezoso y soberbia en concebir.

Analizando los caracteres del tipo reaccionario, se ve que en el orden intelectual su característica es el *misonéismo*. Incapaz de comprender lo nuevo, lo

odia. No sabiendo escoger en él lo que de bondad y verdad existe, reniega de él *à priori*. Es el tipo del vegetariano *à fortiori*, que renuncia al *bisté* inglés, porque no tiene dinero para comprar carne, y no se contenta con renunciar tan sólo, además lo desprecia, ¡lo desprecia hidalgamente! Odiar sistemáticamente la novedad, es odiar el progreso mismo, es renunciar á marchar hacia delante y hacia arriba. Porque el progreso implica novedad, y la novedad progreso; ahora, que no hay que perseguir el progreso por lo que de novedad proporciona, sino por lo que de utilidad tiene; ni la novedad por la satisfacción agradable que implica, sino como signo revelador de progresos efectivos, nada más que efectivos, pues muchas veces, bajo el manto de novedad se ocultan miserias y errores muy viejos.

El odio á lo nuevo implica el amor de su contrario; y el apego excesivo á lo *viejo*, el añejismo, es en el fondo pura conservación de anacronismos, deseos de revelar ostensiblemente en una época lo que en otra ha existido, ignorando que en lo que hoy existe, *subsiste* también aquello que otros quieren revelar, si es que ha tenido vitalidad para subsistir; y si no, su vida artificial resta vida á las realidades vivientes actuales. Suele ser el caudal intelectual del reaccionario pobrísimo en ideas. Lo que pierden éstas en riqueza prolífica, lo ganan en poder de cohesión inorgánica; no son nimbos de aurora, mensajera del sol, que al besar la tierra la fecunda; son bloques de granito, sillares de la misma magnitud, labrados por patrón, artificiosamente superpuestos y exteriormente adheridos por aparente unidad, por unidad formal, no

viva. Así es que las ideas tienen carácter estático en la mente del reaccionario. Se dejan someter á combinaciones múltiples, pero jamás se asocian vivamente. Las contradicciones formales ocultan semejanzas vivas, y las contradicciones vivas subsisten veladas bajo formales unidades. El dogmatismo á presión ahoga la expansión del libre examen. La rigidez férrea en las ideas ahoga los movimientos espontáneos en su inmanencia activa. El dogmatismo á presión brota de la autoridad compresiva, del autoritarismo, de la brutalidad lógica, que mantiene en servidumbre la vida mental por puro instinto de dominación.

La vida emocional del tipo reaccionario carece de complejidad. Predominan en él los instintos egoístas, un sentimiento del yo rudimentario; una tendencia á conservarse defensivamente contra todo elemento extraño, que á su parasitismo negativo en el pasado se oponga. El temperamento y el carácter carecen de originalidad y de riqueza. Los caracteres suelen ser simples, de una pieza, bloques de cuarzo, cantos rodados de tradición, ocultos bajo tierra improductiva para el progreso. El temperamento acusa un linfatismo exagerado. Marchan como buey descuidado por una vía férrea. Cuando la locomotora los amenaza, huyen; después del peligro vuelven á exponerse á él. En el aspecto social, suele ser la intolerancia la nota distintiva de este grupo; intolerancia que consiste en no moverse, ni en dejar mover á los demás.

Su concepción de la ciencia y de la vida, que á remolque los lleva, ó como lastre les obliga á resistir cuando los empujan, y aprisionar el alma de aquel

que, sintiéndose con alas, quiere emprender libre vuelo, es estática, fija.

Suele ser el tipo del radical muy diferente, por más que algunas notas de semejanza tenga con el anterior. Si el reaccionario odia lo nuevo, el radical lo ama con exceso. Si el reaccionario sustantiva el añejismo, el radical sustantiva el filonéismo; y al darle valor absoluto, confunde frivolidades y trivialidades del progreso con sus seriedades más hondas, con sus resultados más decisivos. Es un hombre de imaginación fantástica, un vidente de lontananzas ilusorias, un impresionista é impulsivo de inestable mentalidad, de proteica organización en sus formas representativas, que pasan por el campo de mirada de la conciencia como visión cinematográfica, sin dejar en ella impresiones hondas y duraderas. Por eso el espíritu radical, el verdaderamente radical, es en el fondo anárquico, destructivo. El sentimiento excesivo de la idea de que es instrumento, le lleva á gravitar irreflexivamente sobre el porvenir, del que después se convierte en parásito; así como el reaccionario gravita sobre el pasado y es un parásito de él. Su temperamento es predominantemente sanguíneo; su carácter poliforme, mejor dicho, en formación.

Ambos tipos suelen tener semejanzas fundamentales. Son perezosos ambos, espectadores uno y otro de este vivir laborioso de la humanidad, que se levanta con el día y se acuesta con la noche; aburridos uno y otro de las monotonías íntimas y de las inadapta- ciones al exterior; patronos con distinto capital, pero en igual negocio: en el de explotar la credulidad y la ignorancia de estas masas, que á unos ó á otros

acuden, para hipotecar su libertad en confianza, y pagar crecida renta al hipotecario, que en ignorancia y credulidad los sostiene inicualemente á sabiendas, entreteniéndolo esta noche del espíritu con sueños de la mente ó con rutinas del corazón.

¿Es posible curar esta enfermedad ético-social del pueblo español? Absolutamente, por completo, no. Es enfermedad de la época: como vemos, es europea, más que europea, universal; pero cabe aproximar nuestra alma al alma contemporánea, introducir en ella saludables divisiones, que acusen un radicalismo científico, y no huero, y una tradición sanamente conservadora y no reaccionaria. Han de responder, radicalismo y reacción, á movimientos vivos del alma toda; han de ser desbordamientos de energía, condensados y acumulados en tendencias ricas en espíritu y en acción; han de brotar de lo íntimo, con fervor, con religiosidad, con candor; no han de ser nunca la exaltación del *barbarismo*, que nos tiraniza á un intelectualismo pasional. Si la voluntad, esta potencia formidable que en el alma moderna representa lo íntimo, lo substancial, lo más hondo y sintético entre las energías psíquicas, es la única que puede servir de tejido conjuntivo á una tradición estancada y á un radicalismo utópico, para que ambos cuajen en progreso, para que los sueños, como simiente de nueva vida, germinen en tradición maternal, como en tierra preparada por la labor del hombre; si la falta de voluntad es lo que explica la disociación de estos dos elementos de progreso, causa fundamental de la rutina y de la inestabilidad mental y moral de nuestra época, cultivemos

la voluntad, forjemos voluntad, tengamos fe en ella, en su eficacia, que la fe la agrandaré. ¡Fe! ¡aliento vital, que sin cegar el alma la remueves en su quietud perezosa; entierras los cadáveres de la creencia, y convertidos en gusanera, alimentas con su substancia el espíritu que á ti se ofrece, sacias su sed de saber y le das clave propia para vivir! ¡Fe! ¡Desciende como lluvia vivificante sobre estas almas, almas muertas, arcillosas, resquebrajadas y sedientas! ¡Ven á despertar al dormido, ven á crear voluntad á este pueblo esclavo! ¡Voluntad, voluntad de vivir y pervivir, y no grosero y animal instinto de vegetar! ¡Voluntad, fuerza humanizante, emancipadora, clave de personalidad y fuente de independencia! ¡Voluntad, hogar íntimo donde, como sagrado tesoro, cobija la individualidad ricas energías, para los instantes de prueba, para los fracasos, para las luchas, para la adversidad, para el dolor! ¡Voluntad, encarna y vive en las entrañas de la raza, conmuévelas, á fin de que pára con dolor acción, acción sinérgica, solidaria, fecunda, no reacción aislada, muerta, atómica y estéril!

Eduquemos al individuo en la libertad, para la libertad. Hagamos de ella un medio para vivir independientes y un fin, además, para convivir como hermanos. Forjemos libertad adentro, en el corazón antes de que aflore á los labios su fórmula teórica. Hagamos individuos libres antes de sancionar jurídicamente la fórmula de sus relaciones. Encendamos en el corazón del hombre el fuego sagrado de la independencia, de la dignidad y del honor, con viva lumbre de mentalidad nueva, que tantas veces se apagó por vientos extraños y crueles. Pero para forjar libertad, precisamos

ascetismo y tolerancia; ascetismo moral, fortificador, estoico; ejercicio saludable, labor cotidiana, para conquistar el título de hombres, la *andreia*, la suprema virtud helénica, que plasmó aquellas individualidades en un canon moral aún más hermoso, que el que sirvió de tipo á sus esculturas: ascetismo que nos dé conciencia del propio vigor, confianza en el propio esfuerzo, afecto especial á lo por él conquistado en trabajo. Tolerancia, virtud moderna, que consiste en tener caridad para el que creemos extraviado, en humana ley de reciprocidad para el prójimo que sumidos en error nos vea á nosotros mismos; tolerancia, es decir, prudencia en creer y en afirmar; caridad, paz espiritual para convivir. Ascetismo, propio ambiente de vida interior; tolerancia, ambiente social de convivencia humana.

En este mundo interior ha de guarecerse, basada en autofé, la ultrafé, fundamento de religiosidad y fe exterior; de ella ha de manar, como de fuente que jamás se seque, el mundo exterior, donde nuestra individualidad social se asiente, para echar bases sólidas á la vida social y á la vida económica.

El nuevo liberalismo, que debe consistir en el *making* del *selfman*, no puede acabar con la superioridad íntima del alma, no puede echar raíces en la conciencia, aspirando á consolidar igualitarismos estúpidos, que al carecer de realidad en la vida interior del hombre, se hacen ostensibles al exterior, atacando la estabilidad bienhechora de una igualdad externa, necesaria para convivir en trabajo y en amor. El nuevo liberalismo, al proclamar la democracia como fruto de nuestra autonomía personal y de

nuestra capacidad social para organizar el Estado y determinar sus funciones, no puede cortar de raíz la aristocracia de las almas, su riqueza nativa, su fuerza, su potencia natural, que en el mundo íntimo se manifiesta y obra.

Hay que considerar al hombre moderno como un organismo muscular y pensador, como una máquina psicofísica de trabajo personal y libre, acumulador de riquezas naturales para crear capital social, no como parásito de otros hombres ó de una naturaleza benigna, que si le alimenta con amor de madre, castra su virilidad al tenerle siempre en tutela.

El nuevo sentido de la vida debe ser para nosotros éste: somos personas, que debemos realizar, de una manera consciente y responsable, lo que otros seres naturales, vivos y semejantes á nosotros realizan de un modo fatal y necesario. Nuestra ley de vida es ley de adaptación, pero de adaptación intercurrente, de adaptación de la individualidad externa al medio social, de adaptación del medio social á la individualidad interna.

Para lograrlo hay que sustantivar el presente; hay que considerar la vida como una progresión orgánica, no geométrica, de presentes; hay que estar siempre presentes á nuestra propia vida; hay que ver concienzudamente cómo libremente fluye de nosotros al mundo y en nosotros refluye desde el mundo. El pasado es un presente en la memoria; el presente es un presente á los ojos; el porvenir, un presente en la imaginación y en la voluntad (no en la fantasía). El presente actual, este presente creado por voluntad, debe ser nexo entre el pasado y el porvenir, así

como la voluntad debe serlo entre la imaginación que sueña y la inteligencia que concibe. Así, sustantivado el presente, la tesis de la reacción y la antítesis del radicalismo se fundirán en viva síntesis, se integrarán. Los que guerrearán hoy como enemigos, serán mañana (deben ser, quiero decir) hermanos, obreros mancomunados y solidarios en la causa del progreso. ¿Acaso será ventajosa esta tenaz diferenciación de dos ambientes, para mejor integrarlos? ¿Habrá una juventud que, alimentándose en dos savias, podrá nutrir en su alma la nueva planta de la libertad, para gozar de sus frutos? Sembremos con fe y con amor, aunque la muerte nos impida ver nuestras mieses y recoger nuestras cosechas. Sembremos...

VII

NUESTROS IDEALES VIVOS

FUERZA Y CULTURA

Hay en la vida contemporánea un conjunto de factores, que hacen dudar al pensador de la verdad de nuestra civilización. La cultura y la barbarie reinan simultáneamente en las almas europeas; y nadie puede decir, si una máquina que concibe el genio hoy para la paz, será mañana un motivo de justificación para la guerra.

El imperialismo brutal lo avasalla todo. La tradición de los tiempos bárbaros parece renacer. Unos centenares de almas predicán el reinado de paz, de amor y tolerancia, y muchos centenares de millones de hombres se asocian á los guerreros, para ser esclavos de la última superstición.

En la escuela enseñamos á la infancia, con los deberes sociales primordiales del hombre para el hombre y para la colectividad humana, los deberes históricos para con la pequeña colectividad. Y, casi siempre, la contradicción entre unos y otros no puede ser

más patente. En la Universidad y en el taller unos luchan por sí, y de ellos, los más, para sí y para otros. En las grandes manifestaciones de la vida, hay muy pocos hombres sustantivos, muy pocos, que respondan á la idea kantiana de la personalidad moral. Una reducida minoría son fines en sí. En general, son adjetivos ó medios de los demás.

En el hombre moderno no procuramos desenvolver simultáneamente la fuerza y la cultura. La cultura falsa engendra la debilidad de carácter, la versatilidad; la fuerza, que defiende y no fortalece, la debilidad de inteligencia y la falta de carácter, la barbarie. Los hijos de nuestra burguesía desdeñan el trabajo manual, porque no lo aprendieron en las escuelas, y los ejercicios físicos, por su debilidad fisiológica, la pobreza de medio, la imitación, etc. Los del proletariado no desdeñan, pero no pueden desear, la educación intelectual y moral, porque esa aspiración los redimiría del yugo en que viven. Así, en el régimen social moderno, las necesidades de la civilización producen unas veces cerebros sin brazos y otras brazos sin cerebros, para los que de cerebro y brazos no usan.

Dar á los hombres una fortaleza heterónoma, hacerles creer que por ser ingleses son más fuertes que por ser españoles, engañarles con la superstición, que no con la creencia, del patriotismo, es torcer su desenvolvimiento normal castrándoles la mente ó atrofiándoles los músculos. Y darles una cultura de remedo, un igual pensar y un común sentir, es ahogar en ellos la individualidad germinal, núcleo de su futuro personalismo social. El educador y el instruc

tor moderno no son cultivadores de almas; son intelecto-factureros de convencionalismos y rutinas. La inteligencia y el alma están generalmente revocadas por gruesa capa de cemento civilizador, que todo lo uniformiza y allana, dando á unos, lo que quita á otros. Tenemos una concepción demasiado geométrica del vivir social, y por eso, cuando de vivir socialmente se trata, nos amedrentamos de dar á la comunidad nuestro mundo de sinceridades, nuestra característica, para rehacer el mundo á imagen nuestra, soportando, ó contentándonos, ser contrahechos por él, según la suya.

Fuerza y cultura tienen en el orden de la educación del individuo una regular ponderación. Fuerza y cultura, han de equilibrarse también en el progreso social de una nacionalidad. El ideal sería hacer un pueblo de almas cultas, si las almas pudieran vivir libres de pasiones y codicias. El ideal sería desarrollar nuestra cultura estética, moral y religiosa, si no hubiésemos de convivir con gentes de ella desprovistas, ó si conviviésemos con pueblos, que como nosotros, la poseyeran. Pero no es así, desgraciadamente. Hay individuos de fortaleza física y fortaleza económica, que carecen de cultura; otros tienen cultura y carecen de fortaleza; y otros, ni cultura ni fortaleza poseen, y éstos son los más. La fortaleza sin cultura es brutalidad en el individuo, barbarie en la colectividad; la cultura sin fortaleza es esclavitud en el individuo y esclavitud en la comunidad. La muchedumbre inculta y débil, doblemente depauperada, es por eso mismo doblemente sierva de la inteligencia y del capital.

Tanto extensiva como intensivamente, hay que desarrollar estas fuerzas en las individualidades y en las comunidades, para evitar diferencias, que dan lugar al nacimiento de castas de opresores y oprimidos. Cuando todos tengan una conciencia individual y social de la propia fuerza y de la ajena, la ponderación se hará más fácilmente, pues las colisiones por ignorancia desaparecerán, y la audacia también, á medida que el cálculo va eliminando el acaso, padre ó tutor del espíritu aventurero. Y cuando todos tengan una inteligencia suficientemente desarrollada para ser miembros de la humanidad, no por la estructura orgánica, sino por el conjunto de ideas, creencias y actos propios de una sociedad progresiva, el ideal de la fuerza bruta será ideal de fortaleza, pues éste es á aquélla, lo que el acto instintivo al juicio razonado.

Pero hay dos maneras de entender la fortaleza: la que yo tengo y la que por mí y para mí tienen los demás. Cuando la división en el trabajo social llegue á establecer instituciones encargadas de velar por la fuerza de un grupo, es tanto más difícil conseguir su finalidad, cuanto menor es la fuerza moral y fiscalizadora de dicho grupo. La nación española tiene un gran sentimiento de independencia en sus individuos, y esto, llevado al exceso, es causa principal de la falta de solidaridad de los mismos para obras colectivas; pero esa misma nación tiene una ignorancia completa de su convivencia social con otras y una confianza absoluta en los que regulan hoy nuestras formas de convivencia. Por eso es optimista y arrogante, cuando debiera ser prudente y retraída. Y por

eso dan pábulo á sus sentimientos individuales de independencia, los que justifican su existir basándose en tales sentimientos, atrofiando á sabiendas la formación de los colectivos.

De la misma manera que la cenestesia acusa, pero no crea, el estado general de un individuo, así también las instituciones de defensa y de ataque determinan la situación general de la colectividad. Sería absurdo querer desarrollar solamente el esfuerzo muscular en un organismo, por ser este desarrollo exclusivo, perjudicial al mental. En eso no reparan aquellos regeneradores españoles, que quieren hacer una España fuerte con un ejército numeroso, sin otra misión, que la de procurar defender un territorio inculto, habitado por hambrientos solamente. El militarismo en general, aun en los países esencialmente imperialistas como Inglaterra, no es un fin en sí, una institución superior á las demás instituciones. Jerárquicamente considerada es inferior, pues el patriotismo lo hacen ó fomentan maestros de patriotismo en la escuela de la vida; y sustantivamente, también, pues hoy, las instituciones económicas, de hecho se imponen al organismo militar. No hay militarismo sin dinero y sin riqueza. En cambio, puede darse nación rica sin militarismo, y aun á pesar del militarismo, como Suiza.

El mal está en dar carácter de corporativa independencia á la institución esclava de las demás instituciones; y esclava, para garantir su independencia.

La concepción moderna del Estado, considerado como persona social, con una finalidad también en sí,

va cercenando fueros, archivando leyendas y adjetivando á su soberanía, en forma de servidumbre, al que ayer era su señor. El advenimiento del nuevo régimen, donde las instituciones democráticas tienen solar legislativo, para que las fuerzas sociales edifiquen su obra, va levantando el civismo de las nacionalidades al alto rango que deben ocupar y llevando á la conciencia de las masas la creencia de que el militarismo de hoy es una forma del funcionarismo burocrático, debiendo ser una capacidad de defensa, que todo ciudadano debe poseer, sin otorgarla jamás á ninguna corporación, como no entrega tampoco su individualidad.

Así se presentan los grandes ideales de la fuerza y de la cultura. España, que como nación carece hoy de ambos, aspira sin embargo á ellos. Si es esperanza de niño, ó recuerdo de viejo, no es del caso averiguarlo. Existe, es un hecho. La misión de todo español es convertir esto en fuente de fe, de fe personal y propia, de fe en que, queriendo, habremos de poder hacer todo lo que queremos; de fe que engendra, no de fe que bautiza.

Perseguir la fortaleza sin cultura y sin prosperidad económica, es querer engañar á los demás, siendo á la postre los únicos engañados, nosotros.

Perseguir la cultura por mera delectación, por rutina de la novedad, es cambiar de traje, pero no de hábitos.

Fuerza y cultura han de ser el firme basamento de nuestro edificio social, el suelo y el subsuelo de nuestra espiritualidad nacional, para que en ellos arraigue la tradición viviente, españolizadora, y de

ella brote, al calor de otro sol y de otras auras, floración de progreso y cosecha de paz y bienestar. Fuerza y cultura, han de tener finalidad correlativa, no exclusiva.

El militarismo hará de España un pueblo estático, si no engrana en el mecanismo del Estado civil, subordinándose á él. Y el cultismo sin finalidad engendrará pedantes. Pedantes y vagabundos: atenienses de la decadencia, ó romanos del bajo imperio, almas sin soberanía, células de extraña nacionalidad.

Aunque en España no hay aún una opinión económica ni una opinión política de carácter nacional, existen tendencias, que al fin son generadoras de opinión, más fuertes que la opinión misma. Y estas tendencias están bien definidas: de una parte, los que quieren el *making of spanish people*, con el ideal de la fuerza; de otra, los que aspiran á hacer país por medio de la cultura. Esto mismo se refleja en el espíritu gubernamental de los prohombres políticos. Los representantes, ó por mejor decir, guardianes de la «leyenda dorada», son militaristas. Y este grupo de reaccionarios, si no más numeroso, es, por lo menos, más peligroso que el otro. Los forjadores de sueños, los que miran hacia el porvenir, piden reconstitución económica y cultura, y aun hay quien quiere abrazar en su alma, persiguiendo á un mismo tiempo, ambos ideales. Pero, siendo escasos los recursos, ó se está con unos ó con otros; ó se mira hacia el porvenir, haciendo historia y porvenir en el presente, ó se guarda la tradición mirando hacia el pasado.

Yo pregunto: ¿qué es más fácil, convertir la cultura en generador y regulador de fuerza física y mo-

ral, ó aspirar á que la fuerza brutal sea base de cultura? En la educación individual y social del pueblo español, ¿qué es primero, el desarrollo mental y el desarrollo muscular, ó el parasitismo de fuerzas de ostentación sobre estos dos factores?

La ciencia en España, por no decir española, no existe, porque no hay un cerebro científico español. La riqueza y la prosperidad económica, capitalizables por todos los españoles laboriosos y para todos y solos los españoles laboriosos, son una aspiración y no una realidad, porque sobre el sistema muscular de la nación gravitan dos parasitismos, el rentístico y el burocrático en sus diversas formas, que obligan á emigrar cada año del territorio patrio un ejército de sesenta mil obreros á buscar trabajo, mientras otro ejército de ochenta mil se recluta en nuestros campos y ciudades entre la clase trabajadora, para que se acostumbre á holgar y pueda reprimir las reivindicaciones, justas ó injustas, de nuestra población económica.

El pensar, el sentir y el querer de nuestros políticos no es civil, ni mucho menos. Antes que civilizar el ejército (digo civilizar en el sentido de subordinar lo militar á lo civil) se militarizan ellos, impidiendo tal vez, que nuestras clases militares obren con independencia, al pretender restaurar lo que á ellas está encomendado. Por ahí andan pregonando servicio militar obligatorio muchos que se llaman demócratas, á quienes no cabe en la cabeza que un pueblo pobre como España, podría educarse militarmente desde la escuela, pero en la escuela y en los campos sólo. Jamás se logrará militarizarle por la instrucción en los

cuarteles, aquí donde la diferenciación de castas tan briosamente se mantiene, y donde para hacerla ostensible, se burla la ley, á sabiendas, por aquellos mismos que la han promulgado draconianamente y con sanción restringida, cuando el ciudadano es tonto, ó débil para dejar de obedecerla. Señoras hay, que constatan á los hombres civiles militarizantes, amenazando con desnacionalizar á sus hijos, para que no vistan el uniforme de soldado. Son las mismas que darían un ojo de la cara, si el muchacho pudiese ostentar á las primeras de cambio estrellas de oficial.

Los dos grandes ideales, antes analizados, no tienen igual ponderación en la mente de nuestros prohombres. Ellos se comprometen á hacer una España nueva, con un ejército numeroso, con muchas escuelas y muchos maestros de escuela, á condición de que el español les dé dinero en abundancia. Su lógica es la lógica del que siendo inútil y además fracasado, trata de justificar su inutilidad y de hacerla necesaria. ¡Es el instinto de vivir, ó la codicia de poder, lo que los mueve! Cuando las teorías de la generación espontánea se han declarado en bancarrota, gracias á los esfuerzos de Pasteur, éstos todavía creen en regeneraciones espontáneas, que, después de todo, generaciones son. No tienen espíritu, son políticamente despersonados, porque sus almas vivían atadas con ligaduras de esclavitud á las grandes almas de la Restauración y de la Revolución, que viven en nosotros, pero con nosotros no. Hábiles músicos en la gran orquesta burocrática, el tiempo les arrebató sus naturales directores, y la fuerza de la rutina les impuso no el mejor, sino el más hábil ó soberbio. Ellos, que

no tienen espíritu individual, quieren hacer con dinero espíritu social, atribulando el espíritu de nuestro pueblo, al gravitar tan despiadadamente sobre él. ¡El dinero! Podréis comprar con dinero de otros, á la civilización moderna, comodidades. Así os civilizareis á lo marroquí: muchos cañones, telégrafo, teléfono, escuelas técnicas, industrias químicas... todo eso servirá para engordar al gran Sancho, á Sancho, ídolo de esta mesocracia, que ha crucificado el quijotismo, por no entender su espíritu. Viajando en burro hacia el porvenir, no quieren esforzarse en cambiar los sistemas de locomoción, mientras el cambio cueste caro ó exija esfuerzo. Tarde ó temprano se llega, dicen. Y después de todo, si el tiempo sobra, ¿qué más da? Mirando hacia los muertos y hacia los vivos, aquéllos los sugestionan para mantenerlos en *yacenticismo*; éstos, desde lejana delantera, los llaman. Como moribundos, tienen ansias de paz; pero el horror nativo á la muerte los hace prorrumpir en espasmos de invalidez, en movimientos imposibles de hacer cambiar su masa carnal, del lecho en que agonizan, al arroyo donde se vive y se trabaja... ¡El espíritu! El espíritu se engendra solamente con espíritu: *omne vivum ex ovo*.

Uno de los grandes argumentos á que se apela para justificar el militarismo, es á la estadística de los gastos, que naciones á nuestro entender civilizadas, dedican á la defensa del territorio. Y una de ellas es el Japón. Pero O. Eltzbacher, que hizo un estudio muy documentado del progreso económico de esta nación en *The Nineteenth Century*, se encarga de rectificar la especie. De dicho estudio tomamos los siguien-

tes datos respecto al incremento de los gastos en el último decenio (1893-1903).

INCREMENTO DE LOS GASTOS CON RELACIÓN AL PRESUPUESTO
DE 1893-94.

Ejército	187 por 100
Marina	260 »
Justicia	215 »
Educación	524 »
Agricultura y Comercio	632 »
Comunicaciones	562 »

El Ejército y la Marina tuvieron un aumento de 48.546,091 yens durante la última década, mientras que los otros departamentos vieron aumentar su respectivo presupuesto en 60.772,057. Hoy mismo, la proporción entre los gastos militares y los de la cultura se equilibra. Representan aquéllos, para el presupuesto 1903-1904, 71.368,238 yens. Ascenden los de la cultura, los de nuestro antiguo Ministerio de Fomento, á 62.553,267. La diferencia es de 8'81 millones solamente.

Por lo que á España respecta, tenemos: gastos militares para el año de 1904, 218'99 millones (Guerra y Marina); gastos de Fomento (Agricultura, Obras públicas é Instrucción), 132'92. La diferencia es de 83'07 millones. Pero teniendo en cuenta que del presupuesto de Guerra se ha segregado el de Guardia civil, que asciende á 26.481,239 pesetas y se va á elevar á 29'50, y al de Instrucción se le añadieron las cargas municipales de primera enseñanza, limitándose el Es-

tado á percibir y distribuir una partida, antes cobrable por los Municipios y no satisfecha, la proporción varía mucho. Los gastos de Guerra y Marina son, en realidad, para el año de 1904, de 245 millones; y los de Fomento, de 106'45. La diferencia real será, por lo tanto, de 138'55 millones de pesetas. De donde resulta: 1.º, que no hay equilibrio entre los gastos reproductivos, ó de Fomento, y los improductivos, ó militares; 2.º, que las naciones progresivas, como el Japón en Asia y Méjico en América, á pesar de estar amenazadas en su existencia, por naciones imperialistas como Rusia y los Estados Unidos, procuran ponderar los gastos militares con los de fomento de la cultura. En el presupuesto que Méjico confeccionaba en 1904, los gastos militares ascendían á 16'39 millones de pesos, y los de Fomento á 15'14. Francia, en 1903, dedicó á gastos militares 1,000 millones de francos, y 800 á los de cultura. Italia gastó en lo primero 400 millones de liras, y en lo segundo 230.

Después de la *débacle* del 98, ha seguido imperando la política militarista en el Presupuesto del Estado, á pesar de haber reconocido todos que la victoria de los Estados Unidos, pueblo sin tradiciones militares, se debió principalmente á la superioridad de sus recursos económicos y de su cultura, base de su religiosidad patriótica, expansiva, impositiva. En el cuadro adjunto pueden apreciarse comparativamente los gastos líquidos, ordinarios y extraordinarios, verificados en el quinquenio posterior á la guerra, en los Ministerios de nuestra defensa nacional, de una parte, y de otra en los de la cultura:

AÑOS	Gastos de Guerra y Marina	Gastos de Fomento
	<i>Pesetas</i>	<i>Pesetas</i>
1899. . . .	293.911,720'70	88.775,366'38
1900. . . .	214.257,223'03	84.293,560'76
1901. . . .	223.199,735'15	88.321,877'32
1902. . . .	221.495.230'04	88.671,164'56
1903. . . .	204.406,142'46	87.307,450'15

Como el promedio de los gastos del primer grupo es de 217'47 millones por año, y el de los del segundo de 87'53, la diferencia en cada presupuesto es de 129'94 millones, poco menos, de lo que representa para el año de 1904. El equilibrio está roto por la íntima estructura, por la conformación intrínseca de nuestra nacionalidad. Pueblo donde el agrarismo arcaico perdura, es esclavo de dos elementos parasitarios que sobre él se asientan y viven. Hieratismo y militarismo, son hipertrofias del poder oligárquico, son manifestaciones del espíritu de casta aristocrática, siempre revelado, donde la individualidad de la masa duerme perezosa, ó ha muerto por no haberse ejercitado. Militarismo y hieratismo, son dos formas de autoridad y de poder falsamente interpretados. La herencia psíquica de nuestro vivir colectivo es esa. La función habitual de la guerra creó el órgano profesional de la guerra. Y este órgano no desaparece, aunque la función deje de cumplirse. Es una supervivencia inamputable, como otras dolorosas supervivencias. El mal está en la sangre y en la conformación del sistema arterial que la distribuye. Los cana-

les que riegan el cerebro y los músculos se han estrechado en su diámetro. Hay inapetencia de saber y de gozar. Sobrios los españoles en las necesidades del cuerpo y del espíritu, en las necesidades naturales, son pródigos en las suntuarias, que ya se les han hecho naturales, por rutina. Por eso gastan para cultivarse á sí mismos y la tierra que los sustenta, un 40·20 por 100 de lo que á gastos militares dedican. Sienten menos la necesidad de saber para vivir bien, y la de vivir bien para saber, que la de parecer fuertes ante el mundo, *para que no digan...* Y he aquí el resultado de nuestro discurrir filosófico sobre la derrota. Seremos derrotados mil veces, mientras instituciones viejas y envejecidas, no arraiguen en ideales, y en ideales jóvenes, no en ideas que pueden remedarse y aprenderse, en ideas que, á lo sumo, nos convertirán en monos del gran continente europeo; pero no en poetas, en mentes y voluntades creadoras de una acción personal, inmanente, capaz de asimilar lo nuevo para casarlo con lo viejo, y de sepultar lo viejo en nuestro subsuelo espiritual y territorial, para que nutra las raicillas de la nueva planta, en amplios y soleados surcos guardada. ¿Cómo convencernos de que necesitamos saber para vivir, si estamos convencidos íntimamente de que podemos vivir sin saber? ¿Cómo persuadirnos de la necesidad de desarraigar creencias y tendencias, si el alma no se nos ensancha ni remoja, para que en ella se infiltren otras, que la hagan despertar?

Después de la guerra con los Estados Unidos, hemos gastado en nuestro Ejército y en nuestra Marina, desde fines de 1898 hasta principios de 1904, 1,087'36

millones, y en Fomento 437'36. A pesar de dedicar al presupuesto de la fuerza 650 millones más que al de la cultura, el Ejército y la Marina están como en vísperas de la guerra. En cambio, la cultura y la riqueza han progresado, no con la cooperación del Estado, sino á pesar de los obstáculos por él creados para su desarrollo. La lección de la derrota ha producido en el país una verdadera revolución económica, tumultuosa, si se quiere, con crisis dolorosas, tal vez por exceso de vitalidad; y esta revolución está fraguando otra, no contra el régimen, sino de transubstanciación del régimen, de purificación.

La misión del Estado, ya que hoy sea incapaz de crear cultura, á pesar de la fuerza, no ha de consistir en convertir la fuerza, la fuerza que él cree insustituible, en organismo parasitario de la cultura. Hemos de ser cultos por voluntad, ó por necesidad. Sin ser ni europeos ni africanos, vivimos ya más cerca de Europa, que de África. El poder triunfal de la cultura nos ha atado ya al continente, más para explotarnos que para aleccionarnos. La cultura es, pues, para nosotros, política y socialmente considerada, un arma de defensa. Si las recientes lecciones no han bastado á despertarnos, golpes más brutales habremos de soportar.

Sólo el trabajo y la riqueza es único ideal próximo, inmediatamente posible y asequible, y germen de otros ideales. El apetito de vivir y pervivir como pueblos, puede convertir estos hidalgos pordioseros en ciudadanos viriles, capaces de engendrar una España nueva, una España sin ayer y sin leyendas, una España presente y futura, con organismo robusto y vi-

goroso para la lucha honrada por la existencia, no un rebaño de miserables borregos sin pastor, ó una muchedumbre de codiciosos pastores sin rebaño.

La fuerza es, para el hombre contemporáneo, condición fundamental de lucha y de triunfo. La cultura, aspiración, finalidad inmanente de toda lucha, ó proceso racional. En la colectividad, las cosas cambian: la fuerza y la cultura son dos finalidades correlativas. Se es más fuerte, para ser más culto, y se es más culto, para ser más fuerte. Y ¿cómo desarrolla una colectividad determinada la fuerza y la cultura individual? ¿Cómo concretamente, en el pueblo español, fuerza y cultura se hacen ostensibles en la conciencia individual y en la conciencia social?

La fuerza en la individualidad española es puramente emotiva, ó brutal manifestación de esta emotividad. El fuerte aquí es el que impone su sentir, no su querer. Héroe de esta raza son esos impulsivos, que conciben con fácil ideación un plan, y sin madurarlo se lanzan ardentemente á él, ó los bárbaros poseedores de la fuerza física, que actúa generalmente á ciegas, imponiendo el pánico y el acatamiento en las demás individualidades. La fuerza en nuestra individualidad es generalmente nativa. El débil no se esfuerza jamás por hacerse fuerte. Y el fuerte jamás cree que podrá dejar de serlo. Así, el uno se resigna al yugo, y el otro prodiga su poder. Siendo tan reducido el número de los que luchan, y tan enorme el de los vencidos, es muy difícil conseguir la emancipación moral de estos siervos, condenados á serlo, porque creen serlo, y, por creerlo, lo son. Pero, ¿se puede dar fuerza moral al que no la

tiene? ¿Se puede crear la voluntad? Sí. ¿Cómo? ¿Cre-
yendo, como dice un insigne maestro, creyendo en
ella. Pero para que las muchedumbres crean, hacen
falta apóstoles de la fe, de esta nueva fe en el es-
fuerzo propio, de la firme convicción de que seremos
siempre lo que queremos ser. Hay que aprender á
creer, para tener facultad de querer. La educación
individual no podrá nunca ahogar instintos de indó-
mita individualidad; pero puede encauzarlos, ponién-
dolos á contribución de una voluntad fuerte. Y la vo-
luntad, como la inteligencia, aunque pertenencia de
todos, es propiedad de muy pocos.

Sucedé en este orden como en el de la riqueza. Vir-
tualmente, nativamente, nadie es rico ni pobre. Pobre-
za y riqueza son adaptación ó inadaptación, para el vi-
vir social. Y como son condición económica del vivir
colectivo y de la independendencia en la colectividad, los
que más energía desarrollan, mejor condicionados
están para el acaparamiento. La supresión de la es-
clavitud en Rusia, acabó *legalmente* con la abyección
moral del agricultor ruso; pero creó realmente la ser-
vidumbre económica, concentrando el proletariado de
los campos en las grandes fábricas, establecidas en
las ciudades con el capital acaparado en Bélgica y
en Francia. Suprimiendo teóricamente nombres, no
se forjan prácticamente realidades. El parlamentarismo
en Inglaterra fué un corolario del lento proceso
de la vida social inglesa, cuyo postulado principal
descansaba en la individualidad del pueblo inglés. El
libre examen en Alemania se promulgó por Lutero;
pero antes, en realidad, existía el libre examen. Así
como en los países latinos, que es donde más se vo-

cea, no arraiga jamás, porque su apostolado intelectual no es siempre desinteresado para que la multitud recoja cosechas, sino que, cual lluvia caudalosa, suele arrastrarle al aplauso primero, y al encumbramiento propio después. ¿Que cómo se acaba el mal? Haciendo sencillamente lo que creemos ser un bien, y haciéndolo para nosotros, en nosotros. Si consigo fortaleza para mí, y si con mi fortaleza espiritual logro derrocar estos héroes del viejo régimen, ellos no, pero sus herederos sí, lucharán conmigo con la misma arma. Pero no basta que mi ideal sea hacerme fuerte. Es preciso que mi fortaleza sea agresiva, moralmente agresiva. No he de ser un buen rumiante, de energías mansamente ofrecidas por otro, para convertirme, más tarde ó más temprano, en carne de su matadero; he de ser fiera, que merezca la presa antes de comérmela. Para mí, el ideal de los que quieren hacer *país* tolerando que el *paisano* coma mal y piense peor, es absurdo. Y el paisano, que aspira á que otros le hagan país, dándole de comer *gratis et amore* y siendo locomotoras de su mentalidad, convertida en mercancía, está también equivocado. Y el intelectual, que escribe para lamentar el mal de las multitudes, contentándose con ser humilde *superhombre* de boardilla, merece conmiseración primero y desprecio después. Es muy difícil que el que no tiene timón para la propia nave, pueda ostentar el título de piloto, para conducir las ajenas, título que no existiría, si todos supiesen marchar por su camino y con su esfuerzo.

Como se ve, el problema de la fuerza está mal planteado por los de arriba, por los de abajo y por

los de en medio. Los de arriba quieren hacer una España fuerte, sin españoles fuertes: metafísica-política, con corretaje gubernamental. Los de abajo quieren ser prósperos y dichosos, á condición de que los demás, tales los hagan. Pagando el cupón más crecido del bienestar social, los contribuyentes españoles ignoran, que los mil millones que cada año entregan al fisco, se distribuyen así: un 50 por 100, para obligaciones generales, para lo que yo llamaría deuda parcial con el pasado; 270 millones, para la vida militar y religiosa; y el resto, para el presente y el porvenir. Pueblo que tanto derrocha para conservar sus muertos, muy poco puede hacer por los vivos, y así sucede; pues de los 400,000 niños que abren sus ojos á la luz de nuestro sol, á los diez meses la mitad los cierran, para no verlo jamás. ¡Angelitos al cielo!, dicen los padres que tan escuálida prole engendran!

Los de en medio, los intelectuales, los regeneradores del mal ajeno, enfermos incurables del propio, predicán una buena nueva, tomando como bueno lo imitado, por ser imitado, y como nuevo lo extraño, por ser tal. Miran con ajenos cristales llagas españolas, que no pueden curar, porque son nuestras, porque desconocen su proceso, porque el enfermo es personalísimamente enfermo. El mal y la necesidad los mueve á compasión ó á queja, nunca á caridad. Lloran con el afligido. Su don de lágrimas no les arranca jamás á la acción. En el sufrir son pasivos, irredentos como el esclavo, como la muchedumbre, que quieren redimir. Cuando su voz no es elegiaca, adopta entonaciones de epopeya. La vieja alma del pueblo los envuelve y los arrastra... del pueblo, ese enfermo,

que aspiran á curar ellos. El malestar arrebató su pasión, pero no espolea la mente para calmarlo. Trinan contra el régimen que ven, y no se meten en él para convertirlo en el que aman y prevén. Los espasmos del hambriento, este crónico malestar, este apetito inordenado, lo sacian ellos con letra de molde de afuera, que unas veces les hace ver en espejismo fórmulas ultrarradicales de reivindicación, y otras les aconseja, con falso espíritu cristiano, resignación y paciencia. O sombra ó sol: no hay penumbra.

El problema de la fuerza, en España, no puede ser otro que el de la cultura. La cultura ha de servir para hacernos artificialmente fuertes, ya que naturalmente no lo somos, por haber prodigado nuestros mayores este capital inestimable en pasionales aventuras: *puebricultura, viricultura, agricultura*. He aquí los tres generadores de nuestra fuerza social. Cultivemos la infancia, cultivemos la juventud y cultivemos la tierra.

Hay una distancia inmensa entre el concepto individual y colectivo que este pueblo tiene de la cultura y el que fuera de aquí corre como moneda sana, con el cuño brillante y reciente de la ciencia. Una vez más, ésta ha revertido sus conclusiones á su fuente inagotable de vida y renovación: al conocimiento vulgar. Cultura es trabajo ó resultado de trabajo, es trabajo con finalidad propia, ó trascendente. Todo hombre que trabaja, cultiva algo; y además cultiva su propia personalidad. Y no puede haber nunca una separación sustancial entre un trabajo y otro, sino especializaciones, determinadas por el hecho de su división.

Ha de ser, por lo tanto, el trabajo del hombre, corporativo y cooperativo. Y para lograr que éste sea

un individuo integral, todas las actividades y formas del trabajo han de moldear su personalidad, su cuerpo y su espíritu. El trabajo tiene una finalidad individual y una finalidad social. Si socialmente considerado debe producir utilidad, individualmente mirado, ha de ser útil para quien lo ejecute. Ha de tener, por lo tanto, una misión educadora: ha de hacernos cada día más dignos del medio social en que vivamos, para aumentar su dignificación, y de nosotros mismos también, colaborando al propio progreso, en forma armónica. No hay una separación profunda entre el juego, actividad superfina, y el trabajo, actividad útil, porque para el niño que juega, es tan útil y necesario el juego, como para el hombre normal el trabajo. El progreso en la concepción individual y social del trabajo, está en hermanarlo con el juego, en hacer que, por evolución, el niño que derrocha actividad sin fin, la encauce á un fin propio primero, y humano, ó colectivo, después. Pero jamás hemos de consentir, que en nosotros se borren las ansias de jugar, esa levadura de infancia, que aduermen las seriedades de un vivir forzado, y que revive después, naturalmente, al cerrar los ojos á la vida.

Debemos ser siempre niños, en nuestra labor de hombres, para que el trabajo sea juego del cuerpo y del espíritu.

Y debemos siempre habituarnos á jugar así, por vocación más que por codicia. Un niño, cualquier niño de nuestra raza, al encontrarse con otros de su edad, se concierta con ellos espontáneamente para el juego. Cuando un español se encuentra en la vida con otros españoles, es para restarle energías, que ha de sumar

á sus ocios, ó para ser esclavo de su pereza. ¿Por qué los hombres no han de obrar como grandes niños? La concepción que tenemos del Estado y de la sociedad en que vivimos es hospiciaria, y la del trabajo expiatoria. No es de extrañar, que todos tratemos de evadirnos de éste, encasillándonos en aquél.

La selección artificial y la herencia han establecido en nuestro grupo social dos bandos: hombres laboriosos con exceso y hombres perezosos por completo; primera forma de la división del trabajo, que inhibe de él á unos, para que huelguen, y obliga á los que restan á desempeñar su propia misión y la de aquellos; forma bárbara, la de los pueblos pastores y agrícolas, donde el trabajo manual, el que responde á la «voluntad de vivir», está degradado por los astutos poseedores del suelo, á quienes está vinculada la energía de los que lo trabajan en degradante servilismo ó esclavitud. Dice Höffding, que «es un hecho muy interesante bajo el punto de vista moral ver cómo la cultura material (el trabajo), á medida que se desenvuelve, hace posibles y aumenta más y más las relaciones de hombre á hombre y el espíritu de asociación, tendiendo al mismo tiempo á la cultura ideal, en que á la postre se convierte. En este doble carácter es donde hay que buscar el criterio para el desenvolvimiento de la cultura material, y en especial de la perfección de formas que reviste en su evolución. Tanto más elevado será el trabajo material, cuanto mejor sirva para preparar y arraigar la cultura (ó el trabajo) ideal». ¡Cuánto distan de estas sabias reflexiones del profesor de Copenhague, las ideas que andan por ahí rodando entre obreros manuales y obre-

ros intelectuales, respecto al trabajo de unos y de otros! Es patente el fenómeno en España: no cabe mayor antagonismo entre nuestro proletariado intelectual y manual. Se esquivan y se odian tanto más, cuanto menos se conocen. ¿Quién tiene la culpa? No lo sé; pero afirmo, que el sistema muscular, el elemento obrero de España, hace más por el país, que nuestros intelectuales. Hacen aquéllos la conquista diaria del pan y lo cosechan. Estos recogen, merodeando, el fruto de exóticas culturas; son espigadores tempraneros del predio ajeno, y se dedican á panificar á la española.

Aquéllos crean, siembran y recogen; éstos comercian; ¡y qué manera de comerciar! También en esto hay sociedades nominativas, encargadas, no de cultivar el país, sino de darnos cultura hecha en otros países, haciendo balances imaginarios, donde los dividendos de la gloria son más numerosos, que el capital de ideas, que es su causa ocasional.

Si preguntáis á un campesino de cualquier aldea cuál es el mejor agricultor de su comarca, os dirá: aquel que con mejor semilla y menor esfuerzo recoge más y mejor cosecha; el que dispone de mejores terrenos y el que los cultiva mejor. Si en una región industrial tratáis de inquirir cuál es el mejor industrial, veréis que todo el mundo señalará á aquel que, con poca masa de capital, ha emprendido grandes negocios, capitalizando su actividad creadora, para ellos.

Y en la vida comercial pasa lo propio: el mejor comerciante es aquel que, con el menor numerario posible, hace el mayor número posible de transacciones.

Entra, pues, en todo trabajo técnico, un capital de actividad, que se hace ostensible sin intermitencias, que no se duerme jamás, que acelera el ritmo de los goces y de las necesidades con el de las ganancias hechas, con la voluntad siempre en tensión, en la gran feria de la vida, abierta para todos.

Cambia la decoración cuando de intelectuales se habla. El intelectual superior en España es el hombre depósito de ideas, con las cuales comercia, ó no comercia. Agazapado en su biblioteca, se dedica á rumiar y mascullar lo ajeno para vomitarlo adulterado, ó prestar un servicio automático al país con lo leído. Aquí, el leer, entre muchos intelectuales, es un fin y no un medio, así como el hablar es otro, estando generalmente el pensar ausente en ambos. La idea que este grupo tiene de su cultura es distinta de la que agricultores, industriales y comerciantes poseen. Cultura é ilustración suelen confundirse por nuestra aristocracia intelectual. Es hombre culto, no el hombre cultivado, el sabido, no; es culto, el acaparador de lo por otros cultivado. Son nuestros cultos, corredores (y pido perdón por el término bursátil), corredores de cultura, que viven del corretaje que la ignorancia les paga. Y cuanto más vivas y más puras son las ansias de saber que los obreros manuales sienten, más afirma el otro bando su espíritu jerárquico, su aristocracia profesional, constituida, generalmente, por un proletariado de vagabundos, por una legión de aburridos, ó por un enjambre de ociosos. Ignoran que si el colectivismo puede defenderse, no con la fuerza de razones, sino con las razones de la fuerza, en el orden material, no así en el mundo de las ideas, donde todo es colec-

tivo y propio á la vez, á pesar de las protestas de quien, creyéndose inventor, se ensoberbece con su hallazgo.

La letra de molde y la palabra son hoy los grandes elementos de socialización del capital ideas de un país, de la humanidad. Pero, por eso mismo, no exigen del trabajo mental á nadie, desde el momento en que, teóricamente, los privilegios han desaparecido y la libertad protege y defiende toda idea. ¿Vamos á convertirnos, pues, en piratas de ideas, en nombre de la libertad?...

Si tenemos libertad para hacer nuestras las ideas de otro, esa misma libertad nos obliga á forjarnos otras, para que él se las apropie ó las combata. Siendo la idea gran elemento solidarizador, el que no la elabora y la acapara, tiende por su astucia á consolidar el régimen de barbarie mental en que vivimos, en el cual también hay acotaciones, hechas por grandes señores feudales, cuyo poder tradicional y autoritario es un privilegio, uno más, de pergamino.

El cultismo intelectual en España carece de finalidad propia y social. Es un parásito, que se nutre de dos savias: un anfibio, cuyos tentáculos agarran fuertemente, ó servilmente, el pan en una parte; y las ideas, ese otro pan que ellos recuecen, en otra.

«La cultura ideal, escribe Höffding, aparece cuando surgen fines superiores y distintos de la conservación de la vida. Si es verdad que unas mismas formas actúan aquí y en la cultura material, sin embargo, aquí se emplean por sí mismas, por la satisfacción que producen inmediatamente, unida ésta á su empleo...

»El hombre no hace solamente esfuerzo para vivir,

vive también para hacer esfuerzo. Entonces es cuando nacen el arte y la ciencia, los sentimientos estéticos y religiosos».

Mientras el capitalismo mental de nuestra nación carezca de inmanencias y trascendencias humanizadoras; mientras vivamos soñando, creyendo que soñamos viviendo y para mejorar nuestro vivir, este capital decrecerá sensiblemente, pues las necesidades crecen más que nuestro potencial de ahorro, que la imitación nos proporciona, sin que jamás puedan nivelarse no apelando á la fuerza de invención. Necesitamos, pues, hacer una raza mentalmente creadora. Y para crear poco, hay que asimilar mucho.

La vida intelectual de un país, ha de arraigar firmemente en las entrañas de su cultura material. Ha de ser copiosa floración y fecunda semilla, no aditamento pegajoso, no morbosa excrecencia. De las necesidades más hondas, de los sentimientos más sinceros de nuestro pueblo, ha de surgir un ideal, que ha de encarnar en ideas, en actos y en estímulos; y para encauzar ese ideal, para trazar la trayectoria, está el cerebro que ha de pensar, orientándose por propias excitaciones, no por hipnótica sugestión convertido en órgano imitador de otros. Todo intelectual está obligado á mirar hacia el horizonte inmenso de su comunidad, hacia el paisaje indefinido de nuestra espiritualidad, clavando en él la mente escrutadora, y proclamando alta y sinceramente la verdad, para que la verdad nos sirva de «camino y vida». Y la verdad, es aquella verdad, que en el silencio de las cosas, arrancamos buceando en el océano inmenso de la existencia. La verdad es nuestra verdad, la que alimenta nuestra

voluntad de vivir y la satisface, la que nos abre el camino y nos conduce por él.

Lo más fundamental en la cultura no es la finalidad social que llena, sino la aspiración individual, á que debe responder. La cultura debe ser labor constante, labor perfectible de nuestra personalidad, y no labor de construcción geométrica, ó arquitectónica, no; sino viviente crecimiento mental y corporal, intususcepción de energías para personalizar y humanizar en nosotros lo que no es nuestro, para apropiarnos el mundo, penetrando cada día, con las raíces de nuestra sustantividad, en sus fuerzas y en sus procesos, único medio de conseguir el arraigo de nuestra personalidad en la Naturaleza. Hay que restituírnos á ella para humanizarla; y la mejor manera de humanizar el Universo, es aquella que, primeramente, universaliza al hombre. Somos la planta más preciada de la creación, que hemos de cultivar con esmero y perseverancia, para que sus flores y sus frutos tengan una fecundidad perdurable. Nuestro mundo interior no es solamente una legión de ideas, artificiosamente casadas por la lógica ó la conveniencia. Es luz y calor y fuerza al mismo tiempo. Si la cultura no ha de servir más que de velo á las miserias morales, ó de freno imaginario á la bestia que en nosotros duerme; si la cultura no ha de dulcificar sentimientos feroces y domesticar la voluntad, haciéndola consistente y firme, será prenda de lujo; pero prenda de bazar, no manantial que brote de las entrañas del alma, para tonificar el cuerpo en la lucha, ó perfume espiritual, que del trabajo se exhale para robustecernos en tenacidad y perseverancia.

En este sentido, la cultura humanizante no es privilegio, ni función exclusiva, de una generación. Viejos, niños y hombres han de cultivarse, respondiendo al ideal de perfectibilidad que en sí llevan, haciéndolo girar en propia órbita, dando libre juego de tolerancia y consonancia á todos ellos. Desde la función de educar niños, á la labor de conservar la ancianidad y su espíritu en la raza, hay una cadena inmensa de procesos, que en la raza se dan y en la individualidad se repiten. Cada español debe reflejarla en todas sus etapas. Para eso ha de servirle la cultura. Y ha de acaudalarla, además, multiplicando aquélla, é intensificando la riqueza, de su contenido. ¡Qué pocos españoles responden á este ideal! ¡Cuántos, con la mente nutrida de ideas, no han conseguido, con la seudocultura que poseen, purificar su corazón y templar su voluntad! ¡Cuántos conozco, que en el pensar son autómatas del germanismo, ó del anglosajonismo más refinado, y en el sentir y en el gozar, berberiscos, ó marroquíes!

¿Qué han cultivado éstos? ¿Su cuerpo? No, que el sedentarismo, el ocio disfrazado con formas de lectura laboriosa, los ha desprovisto de varonil agilidad, deformado su hermosura masculina con grosera capa de adiposis. ¿Su espíritu? ¡Su espíritu! Es una fortaleza de soberbia, modernamente armada para el combate de crítica pasional y destructiva, cuando no para la maledicencia sistemática. Su espíritu es el *sancta sanctorum* de un ideal individual muerto, que no la ha podido cuajar en obras vivas: es aliento que empaña los más hermosos ideales de la realidad juvenil, esa floración de ilusiones, que hielan estos *ratés* de nues-

tra mentalidad, con sus chistes mefistofélicos, con su silencio envidioso, con la granizada olímpica de un profesionalismo, que los convierte en pitonisas, para aquellos adeptos que rinden tributo á su deidad impura; y en esfinges, que devoran la acometividad, el arrojo, de quien pretende ir más allá del límite por ellos puesto á la investigación, desentrañando sus enigmas.

¡Y aun hay muchos sacerdotes, muchos viejos sacerdotes del viejo cultismo español, que predicán nuevas cruzadas, para reñir más combates, en nombre de una deidad por ellos mismos sepultada! La guerra, en este caso, no es para la paz, sino para los guerreros, que con su ocasión viven y médran. La guerra no es prólogo de tolerancia, sino motivo y razón de los que, codiciosos de condecoraciones, é impacientes con su estado, quieren remover el escalafón y subir de prisa. Guerra en mí, en mis interioridades, en mi mundo, para conquistar la atracción, para lograr mi integración con mis humanos allegados, con los miembros de la gran comunidad española, con quienes he de colaborar en tolerancia y en amor; guerra para domesticar una fiereza secular y caprichosa; guerra á mi ignorancia y á la de mi pueblo, porque la libertad que gane hoy, he de reconquistarla mañana; guerra laboriosa y fecunda, no guerra mortífera y cruel; guerra por la cultura, un nuevo *Kulturkampf*, sin espíritu confesional ni anticonfesional, que acabe con la vieja concepción del Estado máquina, donde las individualidades, al engranar, se dislocan; guerra, para revertir nuestro hombre á la Naturaleza, que le envuelve y que le nutre, con ánimo de naturalizarse en ella, y humanizarla á la vez.

Hay que despertar, una vez más, el culto á Minerva, endomingando la vieja diosa latina con el espíritu eternamente joven de Atenea, la de los ojos brillantes, que brota del cerebro vigoroso y pensador, íntegramente armada, para luchar y vivir en las artes de la paz. Ella habrá de arrebatarse, tarde ó temprano, el cetro brutal á Marte redivivo. Atenea Poliada ha de velar por el nuevo espíritu urbano de la España joven, para difundir en él los frutos de la paz, la prosperidad y la riqueza, forjando en nuestras ciudades rejuvenecidas, no el programa, la clave de una democracia social, educadora de los campos y humanizadora de las fábricas.

En el corazón de cada español hay que hacer germinar el culto de Palas-Atenea, fuerte y culta, en el de nuestra juventud, sobre todo, único factor immaculado y virgen, virgen y puro como la deidad que ha de adorar, fortificando alma y cuerpo en la oración del trabajo. Cultura y fortaleza, serán los dones de la vieja diosa, que en la Acrópolis de nuestros destinos vela por lo más sagrado y hermoso de la raza, para transfundir el espíritu del helenismo humanizante en nuestra infancia, desgastada por el autoritarismo de los viejos, y mal cultivada por los falsos jóvenes.

FIN

ÍNDICE

	<u>PÁG.</u>
INTRODUCCIÓN. — <i>El régimen de la mentira.</i>	5
I. — LA MENTIRA ECONÓMICA	23
Fase individual de nuestra mentira económica. — Carácter negativo de nuestro espíritu económico. — Pereza y hedonismo. — Sobriedad, ahorro é imprevisión. — Romanticismo económico. — La ética y la economía. — Fase social de nuestra mentira económica. — El capitalismo español. — La mano de obra. — El mecanismo de la producción. — La acción del Estado en nuestra vida económica.	
II. — LA MENTIRA POLÍTICA	49
Cómo es la política y cómo se entiende en España. — Sus formas. — Carácter teratológico de la política contemporánea: despotismo y anarquía; capitalismo y militarismo. — Antagonismos políticos. — Progreso y tradición política. — Carencia de solidaridad invidual. — Psicología de la opinión política. — El político. — El rotativo. — Los círculos políticos. — El parlamento. — Nuestra muchedumbre. — Psicología de la acción política. — Instinto colectivo; rutina; móviles: lo español, lo humano y lo político. — Factores: fuerza y cultura. — El	



ritmo y la naturaleza de la acción política. — Fuerzas económicas y morales. — Carácter de la acción política. — Resultados negativos.

III. — LOS ÓRGANOS POLÍTICOS. — *Psicología social del Municipio español*. 85

Del absolutismo á la democracia. — Democracia intelectualista y democracia experimental. — La antigua y la nueva revolución. — El régimen municipal y su evolución en España. — Oligarquía, caciquismo y neutralidad. — El mecanismo electoral. — Sentimiento municipal y espíritu municipal. — Psicología descriptiva del municipio español. — La vida municipal. — Variedad de formas de la misma. — El nuevo municipalismo y su función económica y política. — Caracteres comunes á las tres variedades municipales. — Sociogeografía de nuestra vida municipal — Estadismo, provincialismo y municipalismo.

IV. — LOS ÓRGANOS POLÍTICOS. — *Bosquejo de una Psicología económica del Estado español*. 115

Del Estado histórico-político al Estado económico. — La vida económica del país. — Las necesidades y recursos del Estado. — Las necesidades y recursos del individuo dentro del Estado. — Funcionarismo y capitalismo. — Las relaciones entre el individuo y el Estado. — Paradojas político-económicas.

V. — LA VIDA SOCIAL. 157

Valor social de nuestra individualidad. — El individuo en sí y el individuo social. — Coeficiente de la sociabilidad española en el individuo y en la masa. — El territorio. — Nuestra estructura demográfica: urbanismo y ruralismo. — El tiempo y el espacio como obstáculos á la solidaridad. — Datos sociométricos. — La concepción de la territorialidad española y su acción sobre la sociabilidad. — Las vías de comunicación. — El ambiente social.

VI.— TENDENCIAS INDIVIDUALES Y SOCIALES.— *Radicalismo y reacción* 187

Caracteres de este estado de la conciencia nacional.
 —¿Es normal la oposición?—Tradición y progreso.
 —Determinación psicológica de estas dos tendencias en el individuo y en la masa social.—Formas que adoptan el radicalismo y la reacción en las diferentes esferas de nuestra vida nacional.—Tipos.
 —El tratamiento de esta enfermedad moral.

VII.— NUESTROS IDEALES VIVOS.— *Fuerza y cultura* . . . 221

Imperialismo, fuerza, cultura y fortaleza.—El ideal militarista en España.—Ponderación de los ideales fuerza y cultura en nuestra psicología nacional.—Significación de la fuerza y la cultura en la mentalidad contemporánea.—Cultura material, cultura mental y cultura moral.—Finalidad social é individual de la cultura.—Cultura y humanismo
 —Guerra y paz.—Minerva rediviva.



Biblioteca de Escritores Contemporáneos

OBRAS PUBLICADAS

- URBANO GONZÁLEZ SERRANO. — *La literatura del día*. Un volumen en 8.º mayor, 3 pesetas.
EMILIO BOBADILLA (Fray Candil). — *Al través de mis nervios*.
RAFAEL ALTAMIRA. — *Psicología y Literatura*.
E. GÓMEZ DE BAQUERO. — *Letras é ideas*.
ELOY LUIS ANDRÉ. — *El histrionismo español*.

EN PRENSA

- J. BETANCORT (ÁNGEL GUERRA). — *Arte de batalla*.

EN PREPARACIÓN

- RAMIRO DE MAEZTU. — *Crítica militante*.
ADOLFO PÓSADA. — *La filosofía de Leopoldo Atlas (Clarín)*.
R. D. PERÉS. — *Apuntes y pareceres*.

Biblioteca de Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publicarán sucesivamente novelas de insignes literatos españoles.

NOVELAS PUBLICADAS

- MIGUEL DE UNAMUNO. — *Amor y Pedagogía*.
J. MARTÍNEZ RUIZ. — *La Voluntad*.
ANTONIO ZOZAYA. — *La Dictadora*.
TIMOTEO ORBE. — *Guzmán el Malo*.
DIONISIO PÉREZ. — *La Juncalera*.
RAFAEL ALTAMIRA. — *Reposo*.
PÍO BAROJA. — *El Mayorazgo de Labraz*.
EMILIO BOBADILLA (Fray Candil). — *A fuego lento*.
PEDRO MATA. — *Ganarás el pan...* (Primer premio del Concurso).
MARIANO TURMO BASELGA. — *Miguelón* (2.º premio).
RAFAEL PAMPLONA ESCUDERO. — *Cuartel de Inválidos* (3.º premio).
RICARDO CARRERAS. — *Doña Abulia* (recomendada en primer lugar por el Jurado).
GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA. — *La Humilde Verdad* (recomendada en segundo lugar).
MAGDALENA SANTIAGO FUENTES. — *Emprendamos nueva vida* (recomendada en tercer lugar).
J. MENÉNDEZ AGUSTY. — *Marin de Abreda* (cuarta recomendación).
JOSÉ SEGARRA. — *Vocación* (recomendada en último término).

EN PRENSA

- BERTA DE SUTTNER. — *¡Abajo las armas!* — Novela laureada con el premio Nobel.

EN PREPARACIÓN

- J. BETANCORT (ÁNGEL GUERRA). — *Ñann*.

De venta en las principales librerías de España y América.
Para los pedidos: Barcelona: HENRICH Y C.ª, editores.